

G. KROL
H. C. TEN BERGE
J. F. VOELLAAR
L. BERT
B. SCHIBEEK



D. ROBBERECHTS
J. HAMELINK
H. RAES
J. GEERAERTS
R. KOPLAND

REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD DE MEXICO

PROSA Y POESIA NEERLANDESA

SUMARIO

Volumen XXIX, número 4 / diciembre de 1974

- Daniël Robberechts,**
Escribir a Praga, 2
- Jacques Hamelink**
Horror vacui, 13
- Hugo Raes**
Explosión, 15
- Jef Geevaerts**
Tercera carta en torno
al amor y a la muerte,
dirigida a Hugo Raes, 20
-

I Poesía neerlandesa

- Gerrit Krol**
El chofer se aburre, 25
(fragmento)
- H. C. ten Berge**
La autoestrada, 31
- Jacq Vogelaar**
Se solicita enemigo, 40
(fragmento)

COMEDIA

- Erasmus de Rotterdam**
Elogio de la locura
(3a. de forros)

Portada:

Domela Relieve redondo

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General: Lic. Sergio Domínguez Vargas

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organó de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Diego Valadés / Jefe de Redacción: Carlos Montemayor / Secretario de Redacción: Manuel Núñez Nava

Editores: Armida de la Vara y Joana Gutiérrez / Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Torre de la Rectoría, 10o. piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124
Franquicia postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año.
Precio del ejemplar: \$ 10.00 Publicación mensual.
Suscripción anual: \$ 100.00 Extranjero Dls. 12.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello
Patrocinadores:
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados [ICA]
Nacional Financiera, S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social
INFONAVIT

POESIA Y PROSA NEERLANDESA



La *Revista de la Universidad de México* busca entregar, con esta Antología de poesía y prosa neerlandesa, el panorama de una literatura escasamente difundida en nuestro idioma y la demora en algunas partes de ella. Las publicaciones antológicas no pueden pontificar sobre la situación literaria de un país o de una época; sólo se concentran en el afortunado esfuerzo de compartir lecturas, de compartir descubrimientos. Unas de esas sorpresas, unas de esas lecturas, podrá conducirnos, como lectores, a buscar otras. En la elaboración de esta compilación intervinieron, de distintas maneras, las siguientes personas: Joost de Wit, Director de la Fundación para la Promoción de las Traducciones de Obras literarias Neerlandesas (*Stichting voor de Bevoordering van Vertalingen van Nederlandse Letterkundige Werken*); Gijs van Tuyl; Homero Aridjis; Aart van Berneveld y Liesbeth Ransdorp, y Ulises Carrión, que fue el traductor de todo el material aquí presentado.

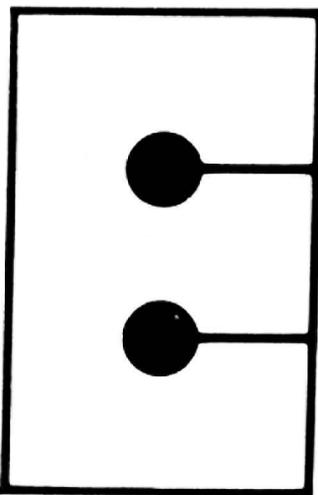
La Redacción.



Ulises Carrión (1941) ■ Estudió literatura en la UNAM, la Sorbona y la Universidad de Leeds, Inglaterra. Ha publicado en México dos libros de narraciones: *La muerte de Miss O* (1966) y *De Alemania* (1970), así como cuentos, obras de teatro y crítica en la mayoría de las revistas literarias del país. Desde 1965 radica en Europa y, desde hace 4 años, en Holanda, país al que considera su patria de elección. En los últimos años ha intervenido activamente en un movimiento renovador de la teoría y la práctica literarias. Usando estructuras lingüísticas abstractas desprovistas de todo carácter

referencial y fabricando él mismo sus propios libros en talleres domésticos, ha producido más de una decena de títulos en Inglaterra y Holanda. De sus libros y textos recientes se han realizado exposiciones en Amsterdam, Maastricht (Holanda) y Lieja (Bélgica). Tradujo del holandés el material incluido en este volumen por encargo de la *Bevoordering van Vertalingen van Nederlandse Letterkundige Werken*. Su domicilio actual es: Nicolaas Maesstr 71, Amsterdam, Holanda.

**DANIËL
ROBBERECHTS**



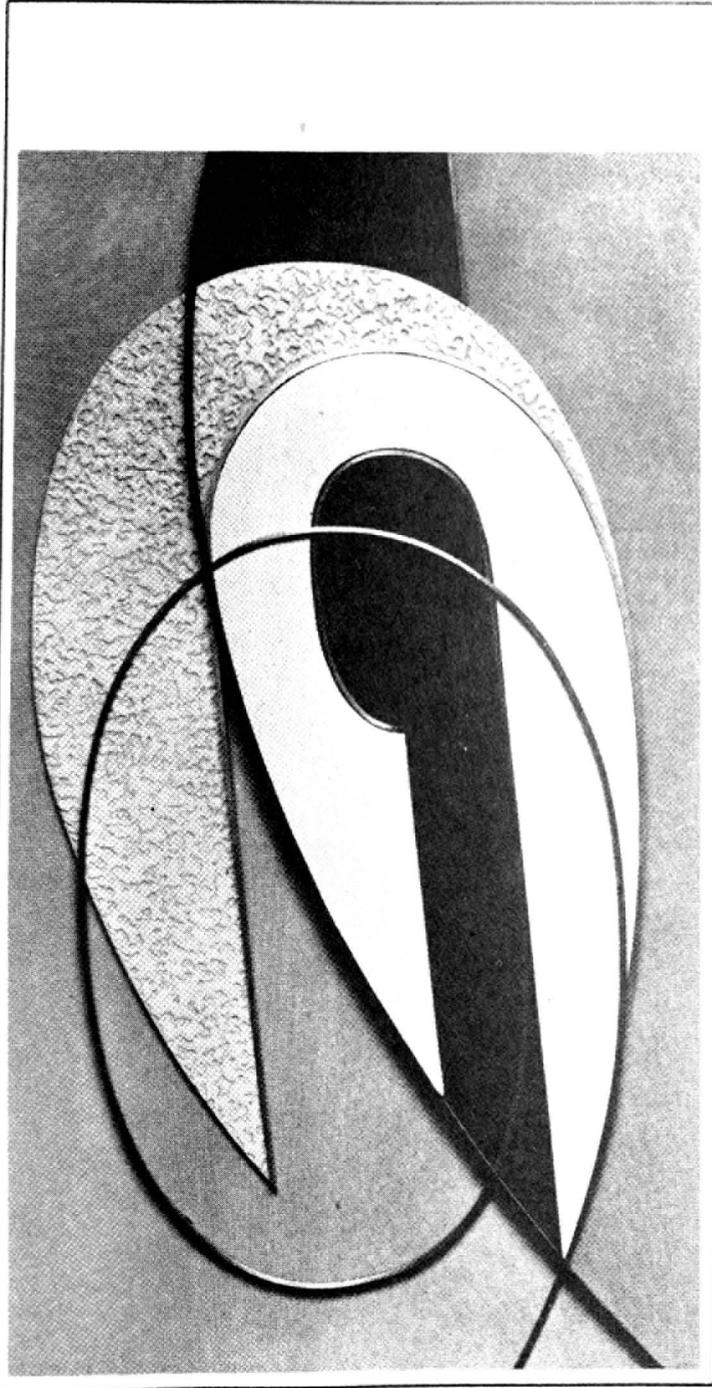
**SCRIBIR
A
PRAGA**

El veintitrés de octubre de mil novecientos setenta, Josef Grösser, ministro checoslovaco del interior, de tendencia conservadora, es reemplazado por Josef Jung.

Ese mismo mes se pospone el proceso contra los firmantes del segundo manifiesto de 2 000 palabras debido a la mala salud del acusado Lud. Pachman, el campeón de ajedrez.

1970, octubre. Desconocidos de Praga, yo quería expresamente hacer algo que no fuera lamentaros, y por eso esta carta amenaza ahora con parecer tan impudicamente frívola como la tarjeta postal que en 1940 un rentista enviaría desde Tahití a su familia en Europa. ¿Qué puedo hacer para no agraviaros? ¿Ha de pareceros necesariamente barata cualquier cosa que escriba? Me figuro que vosotros, que todos, lo que ahora necesitamos es más sangre fría que lágrimas de cocodrilo —y aquí ya las han derramado de sobra, eso podréis verlo vosotros mismos. Desconfío de las lamentaciones, y del quedarse callado de aturdimiento. En mi opinión vosotros no estáis acabados, ojalá que tampoco en vuestra propia opinión estéis acabados. ¿Os pareceré un cínico en política si procuro ser aquí sumamente realista? ¿Pero qué otra cosa podemos hacer ahora, y algo más urgente que examinar realistamente los hechos? Este verano pasaba yo por la plaza del Dam en Amsterdam, y con toda la simpatía superficial por quienes van al Dam a sentarse, acostarse, cantar y dormir, sentí también una gran inquietud. Pero es que todo era tan terriblemente equívoco: el muchacho que comía en la fonda muy formalito sentado entre Pa y Ma en la mesa vecina podía por la tarde unirse tranquilamente a los ocupantes del Dam; el mismo muchacho (o la misma muchacha) que estaba ahora sentado(a) frente al monumento del Dam, podía hoy en la noche tanto verse forzado(a) a mendigar para aplacar el hambre como a regresar en el Mercedes de Papá a la villa en Wassenaar. Me molestó que quienes arriesgaban salud y vida en aras de una libertad sin trabas, no pudieran distinguirse en nada de los que no corrían riesgos en absoluto, se permitían nada más una forma extrema de emplear su ocio. Y este equívoco no era además sino una faceta del equívoco profundo que aquí todo lo satura, más aún que allá donde vosotros, me figuro. El equívoco de una manifestación contra la agresión norteamericana en Vietnam en la que se dejan ver cientos de personas más que en una manifestación pro Angola o Rodesia. El malestar calaba también más hondo: yo venía de estas colinas pobladas de bosques desde donde os escribo ahora, primero habíamos hecho escala en la ciudad jardín de La Haya, después entramos en la densa gran ciudad, tan a ojos vistas volviéndose inhabitable o inhumanamente habitable que cada habitante buscaba una propiedad en el campo en cuanto podía agenciarse el dinero —y allí, en medio de la ciudad, se encontraba uno a un enjambre de jóvenes que reaccionaban exactamente al contrario, en vez de despoblar la colmena ellos aumentaban su densidad, se

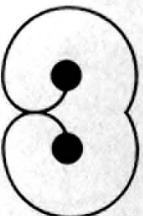
apretujaban allí unos contra, sobre y junto a los otros como crías de ratones presas de pánico. ¿Así que tan mal la estábamos pasando todos? Más tarde vinieron los fusileros de la marina a repartir golpes, y aún más que su violencia terrorista me parece hoy peligrosa su violenta renuencia, de ellos y de quienes los protegen, a ver de frente hechos alarmantes, a captar su mensaje: que esta sociedad no a todos ofrece posibilidades aceptables de vida, pero sí segrega heréticos a los que no es posible desechar de un simple escobazo como a un mojón de caca del frente de una tienda. Permitted ahora que me atreva a leer fríamente los acontecimientos que vosotros vivisteis. Y en primer lugar: ¿no os ha llamado la atención qué mal preparados estaban todos? O más precisamente: qué inadecuados eran los modos de vida más usuales para las exigencias que las circunstancias planteaban ahora a todos. El manifiesto de 2 000 palabras prevenía contra “las vacaciones veraniegas y los días feriados en que, fieles a la costumbre, queremos dejar todo por la paz”, y contra los enemigos que “olvidarán los deportes de verano”. Y sin embargo parecen ser muy numerosos aquéllos que fueron sorprendidos lejos del hogar por las noticias de la intervención, a menudo la información les llegó por pura casualidad. Muy bien puede ser que de todos aquéllos que en los últimos meses se sentían responsables (y quién no se sentía responsable) se requiriera el máximo de vigilancia, de comunicación, de iniciativa, y por eso las vacaciones de verano fueran más necesarias que nunca para cobrar aliento. Y ante las noticias sobre la intervención la tentación de no regresar, de alargar las vacaciones por un tiempo al parecer indefinido, debe haber sido fuerte para muchos en el extranjero. Pero la cuestión es, entonces, si la primavera de Praga se había quedado o no sin aliento. Ya en enero muchos de los estudiantes más activos estaban físicamente exhaustos. Y el lunes 18 de marzo de 1968 Pavel Kohout escribía en su diario: “Promedio semanal: tres horas de sueño al día.” Como si el no dormir pudiera reparar los años de somnolencia obligatoria. Hasta en la vida amorosa se echaba de ver la sobreexcitación: las parejas se separaban los enamorados se encontraban por vez primera, las parejas se reconciliaban apasionadamente, palabras de amor largo tiempo reprimidas eran pronunciadas por primera vez —todo de prisa, de pasada, al margen de los acontecimientos que exigían la mayor atención. Como si los acontecimientos liberaran a todos de una carga que pesara sobre la vida personal de cada individuo en particular. Al maestro de escuela lo llamaban al corredor, y entonces los párvulos se atrevían por primera vez a ver quién estaba sentado en el banco vecino. Pero aquí también cabe, ¿iba a resistir largo tiempo esta exaltación agotadora? Así pues, la liberación parece ser algo con lo que uno debe poder, de lo que uno debe ser capaz. Los escritores comunistas que la mañana del 29 de junio de 1967 votaron en el cuarto congreso de escritores por el compromiso de Van Hendrych

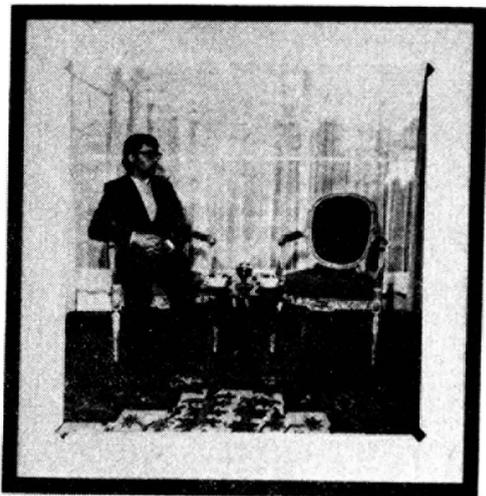


Relieve

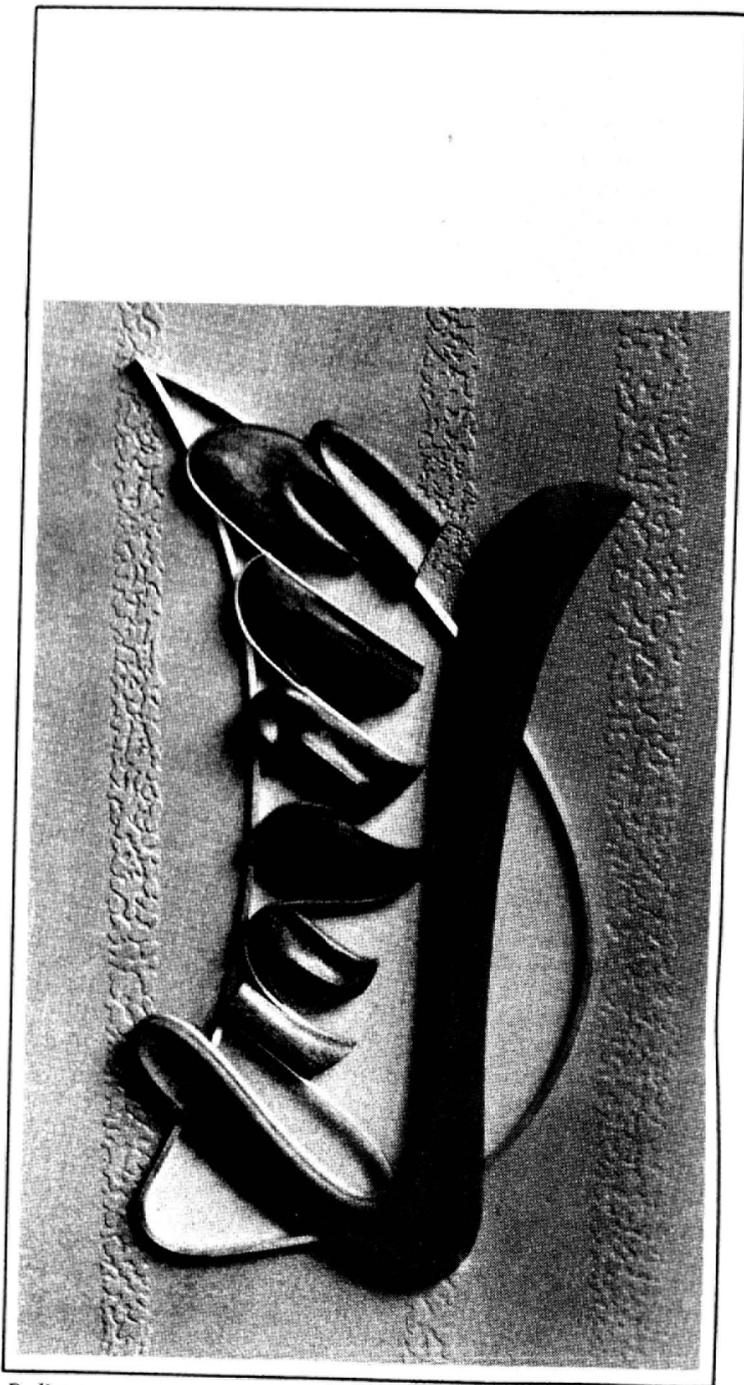
(dejando así que las candidaturas de Vaculik, Klima, Havel y Kohout fueran reemplazadas por las de Skala, Hanzlik, Norbert y Sulér), con el solo fin de "salvar la organización, su editorial, el periódico y el fondo literario", ellos acaso no estaban capacitados para la liberación. Así que debe ser una necesidad apremiante, para mantener uno su vida aun dentro del ambiente más enajenante y represivo en todo momento dispuesto a lanzarse a una carrera agotadora hacia la liberación; para aún en las circunstancias más desfavorables reservarse un espacio autónomo e incorruptible donde un amor permanezca lúcido, y la sexualidad abrumadora, donde el dormir esté infaliblemente asegurado, donde las vacaciones de verano no sean imprescindibles para sobrevivir. —Desconocidos de Praga, si esto os suena barato e injurioso, considerad que es autocrítica tanto como autoamonestación, que esto equivale a aprender de vosotros. Agosto del 68 trajo desconcierto y abatimiento, pero seguidos de cerca por recelo. Debíais de haber visto con cuánto descaro y mojigatería se guardaba aquí duelo por vosotros, era tan obvio que algunos indignados andaban íntimamente jubilosos, una reflexión crítica era sumamente necesaria. En la versión de una contrarrevolución yo no creo, las señales son demasiado vagas y fragmentarias. Claro está que, cuando un presidente del banco nacional alemán occidental viene a Praga, no es como para dar un paseo en lancha por el Vltava; y el que estudiantes le presenten sus excusas al representante de los Estados Unidos porque durante una manifestación pro Vietnam la bandera de su embajada haya sido arrancada, nos parece aquí asombrosamente cortés; tampoco cabe duda de que viejos contrarrevolucionarios rabiosos querían aprovechar vuestra primavera como una feliz ocasión, y que también aquí en occidente se quería explotar el asunto —cuán significativas las insistentes invitaciones de la Universidad del Estado de Iowa al comunista Pavel Kohout el 22 de agosto del 68, cuando se considera que a un comunista como el belga Ernest Mandel se le niega la entrada a los Estados Unidos. Todo esto da qué pensar, pero no hay que concluir nada definitivo. Más importante que estas componendas desde el exterior, que por lo demás vosotros habéis denunciado, son las internas. Muy bien, era inevitable que se cometieran errores individuales, pero basta con analizarlos para que cada quien saque provecho de ellos. El 29 de junio del 67 dijo Ludvik Vaculik en la asamblea extraordinaria del grupo de la organización de escritores perteneciente al partido: "Yo no he hecho un llamamiento a la destrucción del estado, sino a la reflexión, a la honestidad. He dicho claramente que entiendo la especial situación de las personas que deben ejercer la fuerza. Toda sociedad ejerce la fuerza. No atribuí estas cosas al socialismo, pues para mí éste equivale al gobierno de la sociedad de una manera científica. . ."

A mi juicio, nada puede alegarse contra tal argumento. Pero estas palabras iban precedidas por la aclaración: "He tomado la



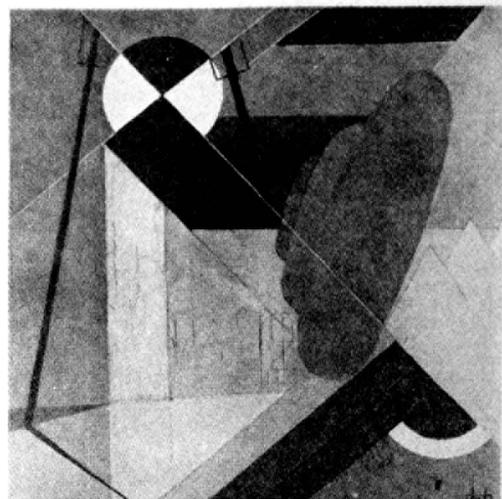


palabra para finalmente ponerme de acuerdo conmigo mismo... Lo he apostado todo a una carta..." —Y aquí falla algo, parece de verdad como si Vaculik utilizara el congreso para expresar una emoción personal; esto lo hubiera hecho mejor por escrito, desde su soledad. ¿O era acaso su malestar tan grave que no podía ser expresado en seguridad sino a la improvisada, y sólo ante el grupo del partido? De cualquier modo, poco después Vaculik es nuevamente comprometido por el escritor que explica que "Vaculik es en primer lugar el autor de *El Hacha*, libro extraordinariamente poético e interesante...", que "el comité central de la organización de escritores se compone de personas a quienes yo aprecio como escritores" y que "lo que determina mi postura es su obra, no casuales desahogos emocionales" —como si las apreciaciones estéticas pudieran ser intachables, como si un buen escritor fuera también necesariamente un miembro útil de un comité central. Y véase entonces el manifiesto de 2 000 palabras: "La mayoría del pueblo confía en los postulados del socialismo, pero la dirección cayó en manos de personas inadecuadas." Es verdad que a esto sigue una aclaración: "No habría sido tan grave que ellos no dispusieran de experiencia política, competencia y formación filosófica satisfactorias, si al menos hubieran tenido la sensatez y la decencia de escuchar las opiniones ajenas, de aceptar el ser reemplazados progresivamente por personas más competentes." Pero la alusión a "personas inadecuadas" era poco menos que criminalmente simplista mientras no se plantearan y respondieran otras preguntas: ¿en qué consistía intrínsecamente la inadecuación de esas personas? , ¿cómo es que esas personas inadecuadas habían subido al poder? , ¿cómo es que podían usar su poder de un modo inadecuado? Sin tales datos la afirmación del manifiesto "2 000 palabras" era gratuita, arbitraria, una expresión de malestar impulsiva e improductiva, y, en este sentido y dentro del contexto político dado: pequeñoburguesa. Ojalá podáis con esto comprender por qué no me parece inaceptable la reacción que tuvo entonces el presidium del partido: a mi juicio el presidium, con su decisión, todavía no rebasaba la frontera entre el plano en que los sentimientos personales e incluso la conciencia son suspendidos en favor del bienestar general, y aquel otro plano donde dicha suspensión se convierte en un crimen. Por lo mismo me inclino a aprobar la respuesta de Frantisek Kriegel, cuando en marzo del 68 se le preguntó por qué todavía en septiembre del 67 había votado por el castigo a los escritores y la liquidación de "Literarni Noviny": "Yo sabía que la agrupación progresista en el comité central todavía no era bastante fuerte. Una intervención de los que no estaban de acuerdo con ella habría puesto en manos de Novotny nuevos argumentos, y habría provocado que el vacilante centro de nuevo tomara partido por él. Si yo volviera a encontrarme en una situación semejante, volvería a votar así. Por lo demás, sabía también que vosotros podáis resistir el golpe." Como no me



Relieve

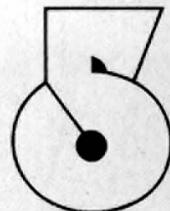
indigna leer el texto del reproche que formuló el ortodoxo diplomático del partido ante Pavel Kohout el 22 de agosto de 1968 en Roma: "Cada vez más la *intelligentzia* abandona las posturas revolucionarias, en cuanto estalla el primer conflicto con su propia conciencia, que ronda como un espectro entre las categorías del humanismo burgués." Endiabladamente simple no lo es. Quiere decir que hechos inspirados en la honestidad individual y el valor personal no siempre ayudan necesariamente al progreso mundial. Puede ser que el Literarni Listy del 8 de agosto del 68 no llevara intenciones provocativas, pero en ese momento fue una bravata por parte de escritores (¿acaso el éxito obtenido les había hecho perder la cabeza?) que habían estimado erróneamente las relaciones de fuerza. La táctica se convierte en delito cuando es contraria a la estrategia apropiada. El delito no se halla en algún punto entre conciencia y realismo, sino entre el realismo fructífero y el realismo que no produce otra cosa sino autojustificaciones. También sobre otros realistas quiero hablaros, pues me temo que han aparecido también entre vosotros, y me pregunto si no son ellos quienes más gravemente os han comprometido. Aquí en este país aparecen siempre como tipos modernos, muchachos y muchachas a la moda. Algunos estudian todavía, muchos trabajan, por lo general a la *free-lance* pero siempre conservando la mayor libertad posible: en los grandes diarios, en radio y televisión, en agencias de publicidad, en los únicos trabajos artísticos donde todavía se puede ganar algo de dinero (el joven artista fotógrafo describió circunstanciado qué difíciles las pasa un debutante, hoy en día, y cuando me hubo obligado así a encargarme que me tomara unas fotos, se alejó en su coche, un Triumph deportivo). Conocen siempre una cantidad asombrosa de gentes importantes, con lo que nunca corren peligro de padecer hambre y así tampoco los ata el miedo a sus patrones. En su tiempo libre son terriblemente radicales, os cuentan con todo detalle a qué presiones y manipulaciones son sometidos por los de arriba y cómo son explotados y cómo les toman el pelo a sus colegas. Un profesor os demostrará reglamento en mano que no dispone de ninguna posibilidad de hacer interesantes sus clases, otro os contará que a cada intento de renovación es amenazado por su superior. Todo esto en círculos cerrados, no es para ellos cosa de denunciar o de traicionar la sociedad capitalista de la que se quejan, de la que y en la que viven —a veces dicen que se debe destruir el sistema agudizando al máximo sus contradicciones internas. Son tan radicalmente revolucionarios que cuando visitan a los obreros se apoderan de las huelgas de éstos. Durante el verano de 1968 muchos hicieron su viaje a Cuba, y los cubanos se enteraron por algunos de ellos de que en realidad estaban haciendo una revolución pequeñoburguesa, y cuando se les llevó a los campos de caña de azúcar, rehusaron cortar caña durante un día simbólico, las muchachas fueron a tenderse al sol, los muchachos celebraron una asamblea libre. —No



Composición

puedo concebir que vuestra situación sea así de grave. Sin embargo, en los documentos veo huellas de ideas y comportamientos semejantes: el escritor Kohout que ridiculiza el hotel-para-checoslovacos en Roma ("Por regla general gasto una gran parte de mis honorarios procedentes del extranjero en buenos hoteles, porque me repugna poner de manifiesto nuestra pobreza"), tal muchacha que maldice a los líderes políticos porque no le han inculcado orgullo nacional (los reyes de Bohemia, Kafka...), los culturomaníacos en el Café Viola —en una palabra, difícilmente puedo desechar la idea de que vuestra primavera está parcialmente teñida por gentes acaso con las mejores intenciones, pero que, por sus posiciones favorables de excepción, por su contacto directo con fuentes de información, por experiencias en el extranjero, estaban de hecho apartadas del pueblo "común y corriente". No puedo superar este sentimiento —quién soy y dónde vivo yo para recitaros a vosotros la lección, en mi país todavía no se han cumplido las condiciones necesarias para una sociedad digna del hombre. A vosotros os resta la confianza, la pequeña esperanza "que ya existía cuando el diluvio, el aprovechamiento del tiempo con paciencia tenaz, el ejemplo de Jerónimo de Praga que se negó rotundamente a ser mártir, pero sobre todo intelecto del que disponéis en tal abundancia, el pensamiento científico revolucionario —reunir y seleccionar datos, pensar eficazmente, proceder racionalmente, todo esto se vuelve tan necesario como respirar, comer y beber.

(1970, noviembre. Por lo que a mí respecta, en este soleado día de otoño, me veo obligado, escritor independiente, a justificar mi manera de trabajar y de vivir. No sólo para los estudiantes que impertinentemente quieren determinar de qué lado me encuentro en la lucha de clases. También para mí mismo, si por azar compruebo (qué significativo que esto deba suceder por azar) que aquellos que divulgan mis escritos, y también muchos de quienes aprecian mis escritos, están al servicio precisamente de la ideología a la que yo quiero oponerme: una ideología de la opresión. ¿Soy un burgués o soy un obrero? Desde el punto de vista económico no puedo responder a esta pregunta. Según la legislación social ejerzo una profesión libre, como un tendero o un médico. Este año de 1970 he ganado un promedio mensual de 3 400 francos, eso es menos de un cuarto del salario mensual medio de la categoría peor pagada de empleados masculinos en 1968, así pues, ¿soy un subproleta? Económicamente dependo de Cee (¿un gigoló es un subproleta?) que goza de un sueldo mensual de profesora, de manera que llevamos una vida de pequeña clase media. De vez en cuando recibimos dinero de mi madre, cuyo origen es claramente burgués. Cabe muy bien preguntarse si yo me habría arriesgado a ser un escritor independiente de tiempo completo, si no tuviera ningún refugio en caso de urgencia. ¿Soy pues un burgués? ¿Estoy en posesión de mis propios medios de produc-

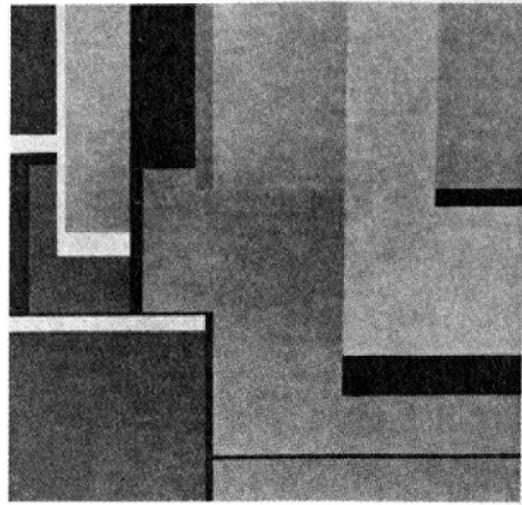




Relieve redondo

ción? La cuestión es qué produzco en realidad: para producir escritos no necesito en último caso más que papel y bolígrafos; sin Cee me sería muy difícil conseguir las revistas, obras de consulta y libros que forman el contexto de mis textos; con ayuda de Cee me sería posible incluso reproducir mis escritos; de medios de distribución claro es que no dispongo. ¿No podría afirmarse, al contrario de Marx, que un escritor es un trabajador productivo?, en la medida en que debo ceder contractualmente los derechos exclusivos de publicación de mis escritos a los editores, y si no para la publicación sí para la distribución de cualquier escrito necesito de un editor, mi producción está indudablemente sometida de antemano al capital y sirve sólo al acrecentamiento de éste. Sucede también que el editor no necesita precisamente de mis textos, para él no son otra cosa que el pretexto para una publicación, comparables con el diseño para un papel tapiz. ¿Y cómo hay que clasificarme mentalmente? Claro que no como un trabajador manual (aunque no cabe duda de que escribo en primer lugar con las manos) o habrá que aceptar que alguien que nunca ha experimentado en carne propia la venta efectiva de su fuerza de trabajo, puede identificarse cabalmente con esa clase de trabajadores. ¿Soy pues un artesano superviviente?, ¿y por lo mismo un burgués? Sin embargo, mis escritos no son exclusivamente para burgueses ni para ser leídos de una manera burguesa. 'Marginal' es la palabra clave y la muletilla. Pero para describir esa función marginal debo usar una imagen, un modelo. Imaginaos una sociedad como una red de líneas de transmisión y comunicación, de agrupaciones de dichas líneas. Limitad provisionalmente la red a las líneas que transportan el lenguaje humano. A casi cada una de las líneas se puede asignar un propósito previamente determinado que va más allá que la línea misma: entretener, informar, conmover, convocar, vender, evaluar, etc. Cada una de las líneas exige un examen constante y doble. En primer lugar: ¿Se cumple el propósito establecido? En segundo lugar: ¿Funciona la línea con

toda eficacia y sin la menor desviación? Ahora bien, toda la lucha de las comunicaciones consiste en lo siguiente: las líneas al servicio de la opresión, se ponen al descubierto e inutilizan, las líneas al servicio de la liberación, se hacen más eficaces, más rectas. Pero existen algunas líneas que proceden de individuos y a las que no se puede asignar un propósito tan simplemente; líneas cuyo propósito previamente determinado no va más allá de la línea misma; líneas dispuestas de manera que al fin de cuentas su efecto es determinado con la mayor libertad posible por cada receptor en particular. Espontáneamente se tendería a desconectar estas líneas si se comprueba que en realidad los opresores las utilizan, no sólo para mantener ocupado a los oprimidos, dándoles largas, sino también para acostumbrarlos a una recepción resignada, dizque cultural. Yo creo que eso sería un error. Precisamente por ser relativamente libres, individuales y 'sin propósito establecido', se pueden usar esas líneas de tal manera que sean indispensables: sólo se puede poner a prueba y comprender correctamente una línea con propósito establecido si es comparada a una línea que sea completamente diferente; puede compararse el poder de la eficacia de un emisor con la falta de poder de un individuo; juntas todas las líneas autónomas, 'curvas', forman otra red, una reserva de mensajes inencontrables en la red con propósito establecido, una reserva de propósitos que son superfluos o negados o aun no percibidos. La cuestión es, hasta qué punto se desea cambiar la realidad actual. No será posible conformarse con liberarse de la opresión: todas las necesidades reprimidas serán igualmente reveladas, expresadas y algún día satisfechas. Imaginaos entonces un conflicto. La confrontación verbal con la opresión desemboca en un choque directo de fuerzas: resistencia pasiva, huelga, una guerrilla, una revolución. Ahora la opresión hará funcionar las líneas de transmisión a los oprimidos aún con mayor intensidad, con el propósito de entre otras cosas darles miedo. Imaginad que los oprimidos desconectan las líneas. De la comunicación por la palabra pasan a la comunica-



Composición abstracta

ción por la violencia. Ahora que ya no puede dar largas directamente a los oprimidos, la opresión usará con el mismo fin a los emisores libres y autónomos por medio de Arte y Cultura, Asueto y Recreo. Y la cuestión es entonces qué harán los emisores autónomos. Imaginaos: agitación en la parte baja de la ciudad, agrupamiento en la plaza del mercado; detrás de las murallas del castillo se aprestan los soldados en silencio, a rastras los espías suben y bajan la colina; la corte envía ahora sobornadores que enrolan a artistas y atletas para distraer a los peligrosos grupos tumultuarios: prestidigitadores, comediantes, corredores, conferenciantes, cantantes y músicos, narradores, futbolistas y luchadores, adivinadores y eruditos, funcionarios culturales y acróbatas. Algunos no se dejan convencer, algunos se imaginan que al fin después de tantos años llegó la hora del reconocimiento, otros no están en casa. ¿Y qué es de los que escriben? En la plaza del mercado su escribir no es utilizable, pero lo que escriben sí: mercachifles alquilados abordan a los pasantes, irrumpen en los hogares: “¡No olvidéis leer!”, “¡Los libros nuevos se leen mejor!”, “¡Qué sabroso y descansado es echarse a leer!”, “¡Leed para tener éxito!” Y los escritos más radicales son también afanosamente promovidos: quien lee sobre la revolución, al menos aplaza entre tanto la revolución. También los escritores pueden prestarse a este juego, pero en realidad no como escritores. Y para mí de esto es de lo que se trata: que cada escrito, que todo escribir es un decir aplazado, e infinitamente aplazable. Hay un tiempo de leer, hay un tiempo de parlamentar y hay un tiempo de actuar. Para cada escrito el lector puede decidir por sí mismo si su lectura es oportuna en un instante determinado. Y llega un momento en que los escritores mismos deben incitar a los lectores a aplazar la lectura. Pero no logro imaginar ninguna circunstancia en que sea deseable que todos los escritores autónomos depongan la pluma voluntariamente. Aun cuando su escribir no venga al caso, sea inoportuno e improductivo, puede ser irremplazable. Pues alguna vez deberán leerse los sucesos, las convulsiones, las represiones y las liberaciones, con las formas nuevas y los significados latentes que se han formado entre tanto. Los escritores autónomos deben ocuparse igualmente en establecer esta legibilidad, por más que el pasado deforme sus concepciones eso deberá decidirlo la lectura. Sólo la masa puede conquistar la liberación, pero ésta no está destinada en definitiva a una verdadera masa, sino a una masa de individuos vivos.

1971. *Recapitulación de Praga*. Escribir los datos. Praga está situada (Praga está situada en un meridiano diferente al de esta casa, de modo que allá el mediodía es una hora más temprano).

El obispo Juan de Drazice permanece en Aviñón de 1318 a 1329.

Tycho Brahe está enterrado en la iglesia de Tyn.

Sangre contra la pared.

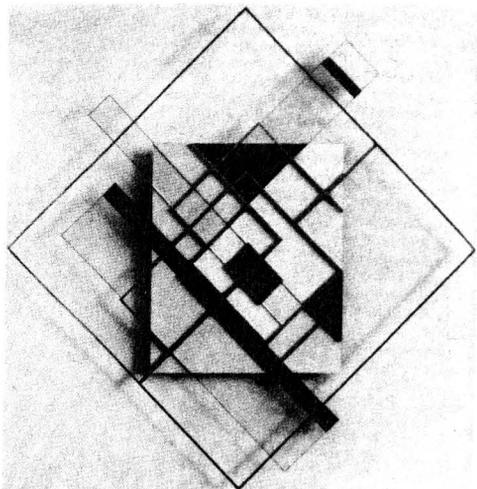
Las cenizas en el Rhin, cenizas de cadáveres de herejes en el

Rhin, y no en el Elba y no en el Vltava: así como Juan Amos Comenius no murió en Praga, sino en Amsterdam.

Prague, 11 septembre 1854. Si je suis mieux demain matin, je partirai pour Vienne, où je serai dans la soirée. Hier, j'ai couru trois ou quatre jardins et concerts publics, où j'ai vu danser des danses nationales et des valse, le tout avec décence et sang-froid; pourtant, rien de plus entraînant qu'un orchestre bohémien. Les figures ici sont très-différentes de celles que j'avais encore vues en Allemagne: de très-grosses têtes, de larges épaules, très-peu de hanches et pas du tout de jambes, voilà la description d'une beauté bohémienne. Hier, nous employions inutilement notre savoir en anatomie, pour comprendre comment ces femmes-là marchent. A cela près, elles ont de fort beaux yeux et quelquefois de cheveux noirs très-longs et très-fins, mais des pieds et des mains d'une longueur, d'une grosseur et d'une largeur qui surprennent les voyageurs plus habitués aux choses extraordinaires. La crinoline leur est inconnue. Le soir, elles boivent, dans les jardins publics, une carafe de bière, et prennent après une tasse de café au lait, ce qui les dispose à manger trois cotelettes de veau avec du jambon, et c'est à peine s'il leur reste de la place pour quelques pâtisseries légères, de la nature de nos babas. Telles sont mes observations sur les mœurs et les coutumes. Je viens de voir des autographes de Ziska et de Jean Hus. Ils avaient une très-belle écriture pour des hérésiarques.¹

Rilke nació en la casa número 19 de Heinrichgasse. (Tomar nota de que las dos residencias praguenses de René Rilke han sido destruidas, tanto la casa donde nació como la barroca casa señorial de su abuela, en Herrengasse 8, que estaba habitada por un espíritu golpeador. De manera que Praga quizás ya no contenga ninguna huella de Rainer Maria Rilke. Quizás esto no lo hubiera agraviado, tal vez así lo hubiera preferido él.)

Una casa antigua en Praga: “The house in Loretanska had, like its neighbours, a vast front door with a smaller everyday door cut into it, which opened into a low vaulted hall. This hall adjoined a courtyard overlooking Uvoz, where a lot of domestic activity, beginning with the ancient rite of carpetbeating, went on every day. The original house had been built in the fifteenth century and must have been austere (and freezing). But at the time about two hundred years later when the nobility brought Italian architects to Vienna and Prague and their country castles, or invoked Fischer von Erlach or Hildebrandt, to turn their old properties into baroque beauty, this house had the best of many alterations. Its exterior was the tender butter-yellow stucco of all houses of the period and of that street, some embellished with frescoes and some with beautiful white plasterwork. From the vaulted hall a very wide staircase of scrubbed pale wood with extremely shallow steps worn down at the centre by centuries of climbing feet led in a graceful curve to the first floor—the *piano nobile*. The western



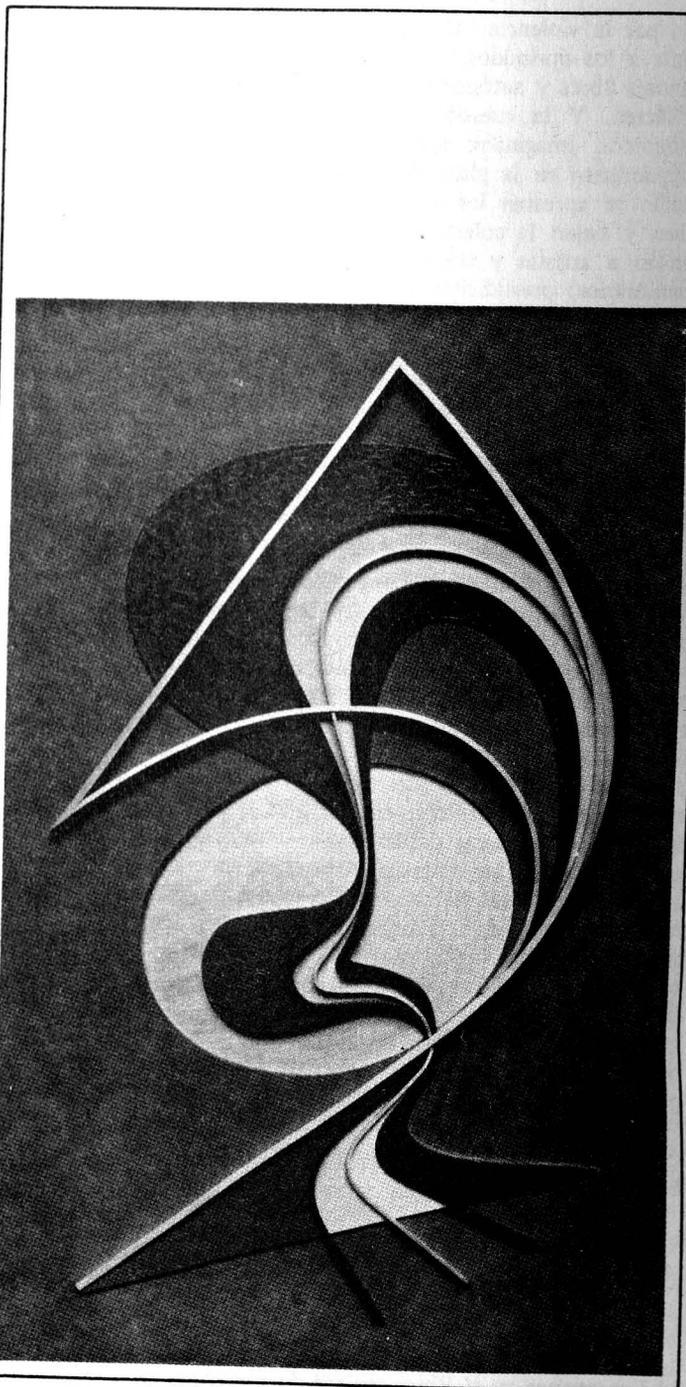
*Composición
neoplástica*

half of this was my flat, with windows looking north and south. It had a beautiful drawingroom, a small library, and my bedroom overlooking Uvoz, the great open side. The bedroom was a finely-proportioned room whose southern side was set into a square tower, clearly a relic of the Gothic origin of the house. This made a graceful alcove with windows on three sides, furnished as a sitting-room; beautiful –painfully beautiful– inside and out. The west windows overlooked the baroque splendor of the Strahov Monastery with its gleaming onion towers. The south windows overlooked the Lobkowitz Gardens and the high hill called Petvin. The east windows commanded the vista of Prague, with the river Vltava winding beneath its bridges. I could see the river and the Charles Bridge from those windows, the nearer domes and spires of Mala Strana, the farther beauty of the Old Town and the Gothic needles of the Tyn Spires, and in the dim distance, the misty countryside.

“The Loretanská side of the flat held the remaining rooms –the kitchen and an enormous dining-room on which I made some structural alterations (joy for me! shades of my mother!) in order to carve out comfortable space for Louise. The flat was beautiful architecturally beyond my dreams, but it was also in appalling disrepair. The widowed sister of the lady whose children were the owners of the house under an entail had not had the means for twenty years to keep the place up and that was why she had decided to lease it to me. There were no built-in closets, the plumbing was archaic, and there were hundreds of square feet of wasted place which would lend themselves to my purposes. . .

The ceilings of the rooms were fourteen feet high. They did justice to wonderful chandeliers, laden with drops and prisms of old Bohemian glass; there was a rare one in my bedroom, like a great cluster of morning-glories, their bells blown in paper-thin glass in delicate blossom colors. The doors and the panelled walls and cornices had beautiful carved mouldings. The handles and hinges of the doors and windows were fine pale bronze with exuberant baroque curves. The doors were so high that the handles were four feet from the floor. It used to amuse me to see Louise open those doors, looking like a dwarf –which she is not’.²

Ventanas en una casa vieja de Praga: “The windows were perhaps the most beautiful feature of the house. The walls were at least two feet thick and there were two sets of casements. The outer ones opened out; then there was the deep sill (often full of potted plants in such houses), then the inner casement opening in. I was told that these double windows had been installed in the eighteenth century. All the panes were hand-made Bohemian glass. The famous hand-made glass in Beacon Hill houses in Boston is not to be compared with the glass in Prague. It had faint ripples and irregularities which seemed to catch the sunlight as if in a web. To look through those windows at the beauty outside was one of the



Relieve

great experiences of my life”³

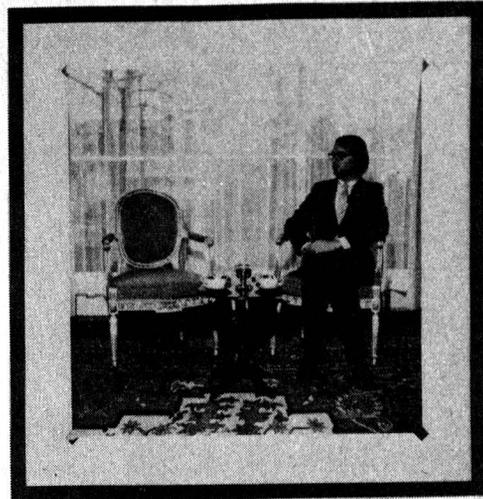
Una cama en Praga: “Mon lit se compose d’une couverture des couleurs les plus jolies, d’un mètre de long, à laquelle est boutonnée une serviette qui me sert de drap. Quand j’ai mis cela en équilibre sur moi, mon domestique dépose sur le tout un édredon que je passe toutes les nuits à culbuter et à replacer”.⁴

El doctor K habitaba

Y qué es una “Pawlastche” donde Frans Kafka de niño fue castigado a pasar una noche: “Das aus dem Tschechischen stammende Wort bezeichnet einen langen Balkon, der in vielen älteren Prager Häusern an der Hof-innenseite hinlief, –meist für mehrere Wohnungen gemeinsam”⁵

Acerca de Praga: procurar grabarse en la memoria que un viajero que llegara a esta ciudad en agosto de 1922 no tenía idea de lo que veinte años después pasaría en Lidice, y en la estación de transbordo de Terezin: “El Caudillo regala una ciudad a los judíos”, abrir bien los ojos para mirar a las gentes que dos días después serán llevadas a Auschwitz, verlos sonreír y reír, tejer, leer y trabajar en el jardín, apreciar la atmósfera de orden, pulcritud y respetabilidad, escuchar el concierto, mirar el partido de fútbol de estos moribundos inconscientes. Juan Emanuel no podía saber nada ni tenía que saber ahora si el noticiario de televisión de esta noche no será, como la película sobre Terezin, un último documento vivo (la única incógnita es si después existirán todavía seres humanos para ver cómo *nosotros* sonreíamos, leemos (leíamos), tejemos (tejíamos), (trabaja(ba)mos en el jardín, juga(ba)mos fútbol, y toca(ba)mos conciertos). Sólo del doctor K podrías suponer que sabía algo entonces, que él había olido a quemado –pero qué podía hacer él con tal saber extravagante.

Respecto a Praga, en 1947: “Les événements vont d’ailleurs se précipiter. Pendant que les autres partis, y compris les sociaux démocrates, palabrent, se disputent les prérogatives, préparent les élections de 1948, avec une foi inébranlable dans la force des institutions parlementaires, le tout dans une atmosphère qui n’est pas sans rapeler les derniers temps de notre IV République, les communistes passent à l’action. Ils s’y sont minutieusement préparés, en se répartissant les tâches. Avec Klement Gottwald au gouvernement et Richard Slansky, le secrétaire général du P. C. comme chef d’orchestre, Antonin Zopoteky, qui dirige les syndicats, mobilise la classe ouvrière, Julius Duris, ministre de l’agriculture, s’occupe de la paysannerie, Vaclav Kopecky, ministre de l’information, se charge de la propagande, Josef Smrkovsky prépare les milices ouvrières et distribue des armes dans les usines. Enfin, Vaclav Nosek, le ministre de l’intérieur, se débarrasse des gêneurs et place des hommes du parti aux postes-clés de la police”. “Le 31 octobre, le président du conseil des commissaires slovaques, le communiste Gustav Husak, destitue le gouvernement slovaque. La C. G. T. slovaque agit la menace d’une grève générale. En fin



de compte l’extrême gauche obtient le complet contrôle de la police slovaque”⁶

Concerniente a Praga: “Jusqu’à preuve du contraire, et malgré tout, il semble que le salutaire mouvement tchèque ait le vent en poupe. Ses adversaires du dehors et du dedans peuvent s’en exaspérer, on voit mal ce qu’ils pourraient faire, si ce n’est intervenir directement, ce qui serait folie pure et suicide. Ce n’est pas l’ennemi qui va décider de l’avenir du socialisme à la Dubcek, ce sont ses partisans et lui-même”⁷ J. F. Held en *Le Nouvel Observateur* del 29 de julio de 1968, sí, dije veintinueve de julio de mil novecientos sesenta y ocho.

Referente a Praga en febrero de 1971: ‘Por la presente Amnesty International hace un llamado a todas las personas para que por medio de tarjetas postales y cartas protesten ante el gobierno checo contra esta violación de los derechos del hombre. Dichas protestas –en alemán o francés– pueden enviarse a:

Dr. Husak
Praha – Mala Strana
Nabrezi -- kpt Jarose 4
Prague
Czechoslovaquia.

‘Checoslovaquia.

‘Documento de identidad:
pasaporte válido, con visa.

‘Obtención de una visa:

por intermedio de su agencia de viajes o directamente en los Servicios Consulares de la Embajada, 152 Adolphe Buyllan, Bruselas.

‘Documentos para un automóvil:

–licencia internacional de conducir

–tarjeta verde de seguro, válida para Checoslovaquia, o compra de un seguro temporal en la frontera

–bonos de gasolina a precio rebajado

‘Moneda:

la corona checoslovaca Kcs = 100 heller

‘Cambio:

–importación: de moneda nacional prohibida

de moneda extranjera y otros medios de pago: ilimitada, pero declarar en la aduana con vistas a una posible exportación.

–cambio mínimo en el país: 150 francos belgas por día y por persona mayor de 15 años de edad.

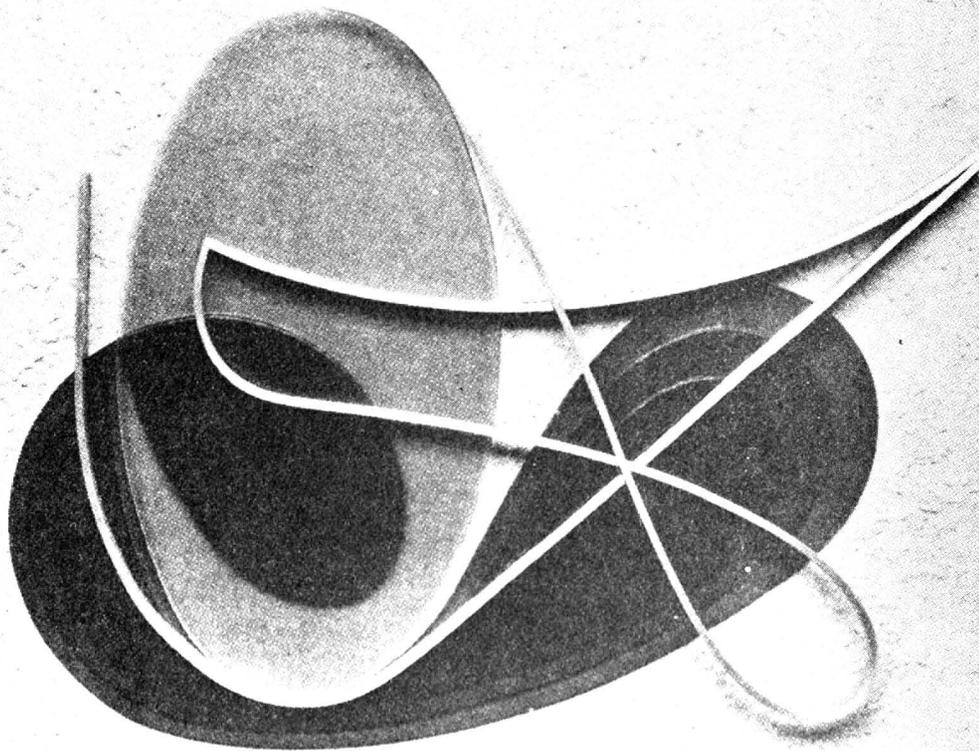
–exportación: de moneda nacional prohibida

de moneda extranjera y otros medios de pago: las sumas declaradas que no fueron utilizadas.

‘Correspondencia con Bélgica:



Relieve



—cartas 20 gr máx: Kcs 1.00
—tarjetas postales con máx palabras Kcs 0.60 texto 0.80
'Embajada de Bélgica: Valstejska 6, Praga III
'Oficina Checoslovaca de Turismo (CEDOK):
Keizerinlaan 60
Bruselas I
tel. 11-34-12 o 13-43-18.'

Tocante a Praga: que todas las noches sale un tren de Ostende, a las siete menos nueve minutos; a las ocho menos cuatro llega a la estación de Bruselas Sur, parte de la estación Norte a las ocho y veinte, llega a Lieja a las nueve dieciocho; sale dos minutos después, y a las diez y cuatro entra en la estación de Aquisgrán; tres minutos más tarde parte hacia Colonia donde llega a las once menos siete. Allí será preciso transbordar al tren en dirección a Nuremberg, salida a la medianoche y trece minutos; vía Bonn y Wiesbaden llega a Frankfurt a las tres dieciséis, y a Nuremberg a las siete once. Allí no parece ser necesario transbordar, tres horas más tarde, a las once diez, continúa su marcha el tren de Nuremberg, llega a Marktredwitz a la una y dos minutos, a Schirnding a la una diecioscho, a Cheb a las dos y dos, a Pilsen a las cinco menos once, y entra a las siete menos diez de la noche, o sea un minuto y veinticuatro horas después de su salida de Ostende, en la estación de Praga.

Por avión es más rápido, hay por lo menos un servicio aéreo MA 346 de Amsterdam al cuarto para las dos de la tarde, que aterriza una hora y tres cuartos después, o sea a las tres y media, en Praga. Pero también hay vuelos desde Bruselas y París.

Relativo a Praga: pensar también en la casa de Schubert, en los solistas de Praga, en la sinfonía de Praga, en la orquesta de cámara de Praga, en el simposium musicum, en los musici Prahensis, y en los madrigalistas de Praga. Recapitulación de Praga, escribir a los

desconocidos. Un millón de habitantes: mujeres, hombres, niños, adolescentes, y para ti el millón entero totalmente desconocido. Y tú no sabes a qué altura se halla la ciudad sobre el nivel del mar. Y tampoco el viento dominante en Praga. Y a qué hora comen sus habitantes, en la noche, por ejemplo, etcétera. Que alguien tartamudee no quiere decir que esté en éxtasis ya. Dónde queda Melantrichgasse. Dónde está Bubeneč-Holíšovice. Dónde Tvrz Sedlec. Dónde el Palacio Schönborn, etcétera. Qué significa Most Svatopluka Cecha, etcétera. Praga esto es umbral pero vamos di: umbral desde dónde, umbral hacia dónde, etcétera. Responde Praga responde. Maestro del ciclo de Vyssi Brod, maestro del retablo de Trebon: de dónde las aves, para qué todo el oro, etcétera. Praga Vysehrad Visceral. Por ejemplo la llave o el lápiz o el florero o el libro sobre la mesa contra la pared enfrente de la ventana del cuarto o el libro sobre el piso arriba de la carnicería frente a la oficina de correos detrás de la iglesia en la calle hacia el puente sobre el Vltava. Praga no responde. Praga Mesto Miasto miasma. En Praga hay un puente sobre el Vltava, una calle, una oficina de correos detrás de dicha iglesia, una carnicería frente a dicha oficina de correos, un primer piso sobre dicha carnicería, un cuarto en dicho piso, una ventana en dicho cuarto, una pared enfrente de dicha ventana, una mesa contra dicha pared, una llave o un lápiz o un florero o un libro sobre dicha mesa. Praga Minuta Milena Medusa. Praga ya no responde. Ir hacia el Vltava y atravesar el puente y seguir por la calle hasta la iglesia, buscar la oficina de correos tras la iglesia y cruzar hacia la carnicería y subir la escalera hacia el primer piso, buscar el cuarto con una ventana y una mesa contra la pared enfrente de esa ventana, la mesa sobre la que se halla una llave o un lápiz o un florero o un libro —y ahora qué hecho. Carne hierro sangre. Praga sí responde, pero ya no es audible. Praga fecal ciudad de oro. Praga sí responde, pero no viene al caso. Praga la última palabra praga.

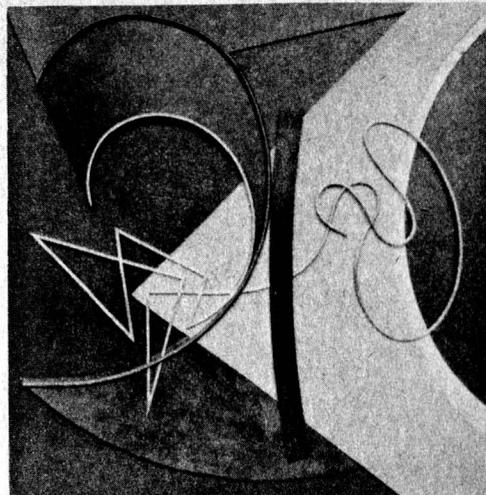
Notas

1

"Praga, 11 de septiembre de 1954. Si estoy mejor mañana en la mañana, me iré a Viena, adonde llegaré en la noche. Ayer, he recorrido tres o cuatro jardines y conciertos públicos, donde he visto bailar danzas nacionales y valsos, siempre con decencia y sangre fría, sin embargo, nada es más excitante que una orquesta bohemia. Las figuras son aquí muy diferentes de las que había visto todavía en Alemania: cabezas muy grandes, hombros anchos, muy poco de caderas, y nada en absoluto de piernas, tal es la descripción de una belleza bohemia. Ayer usamos en vano nuestros conocimientos en anatomía para tratar de comprender cómo caminan estas mujeres. Aparte de eso, tienen ojos muy hermosos, y a veces cabellos negros muy largos y finos, pero con pies y manos de una longitud, un espesor y una anchura que sorprenden a los viajeros más acostumbrados a las cosas extraordinarias. Desconocen la crinolina. Por la tarde beben en los jardines públicos, una garrafa de cerveza, y toman luego una taza de café con leche, lo que las deja dispuestas a comer tres chuletas de carnero con jamón, y apenas si les sobra espacio para algunos pastelillos, del tipo de nuestros "babas". Tales son mis observaciones sobre los usos y costumbres. Acabo de ver autógrafos de Ziska y de Juan Hus. Ambos tenían una letra muy bella para ser heresiarcas."

2

"La casa de Loretanska tenía, como sus vecinas, una amplia puerta delantera con una puertecilla para el uso cotidiano cortada en ella, que daba a un vestíbulo de bóveda baja. Este vestíbulo estaba adjunto a un patio desde el que se veía Uvoz y donde se efectuaban numerosas actividades domésticas cada día, empezando por el antiguo rito de sacudir los tapetes. La casa original había sido construida en el siglo XV y debió de haber sido austera (y helada). Pero cuando unos doscientos años más tarde la nobleza trajo arquitectos italianos a Viena y a Praga y a sus castillos de campo o invocó a Fischer von Erlach o a Hildebrandt, para sufrir ya numerosas alteraciones. El exterior tenía el suave estuco amarillo crema de todas las casas de la época y de esa calle, algunas adornadas con frescos y otras con bellos enlucidos blancos. Del vestíbulo abovedado una amplísima escalera de madera blanca pulida con escalones sumamente bajos gastados en el medio por siglos de pisadas en ascenso llevaba en una curva grácil al primer piso —el *piano nobile*. La mitad occidental de éste era mi apartamento, con ventanas hacia el norte y hacia el sur. Tenía una hermosa estancia, una pequeña biblioteca, y mi recámara mirando hacia Uvoz, el lado grande y abierto. La recámara era una



Relieve

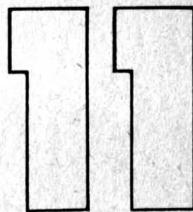
habitación bien proporcionada cuyo lado sur encajaba en una torre cuadrada, reliquia evidente del origen gótico de la casa. Esto formaba una bonita alcoba con ventanas en tres lados, amueblada como un gabinete; bello —dolorosamente bello— por fuera y por dentro. Las ventanas al oeste dominaban el esplendor barroco del Convento de Strahov con los espigados bulbos de sus torres. Las ventanas al sur daban sobre los jardines Lobkowics y la alta colina llamada Petvin. Las ventanas al este dominaban la vista de Praga, con el río Vltava serpenteando bajo sus puentes. Yo podía ver el río y el Puente Carlos desde esas ventanas, más acá las cúpulas y agujas de Mala Strana, más allá la belleza de la ciudad vieja y las agujas góticas de los chapiteles de Tyn, y en la distancia borrosa, los nublados campos.

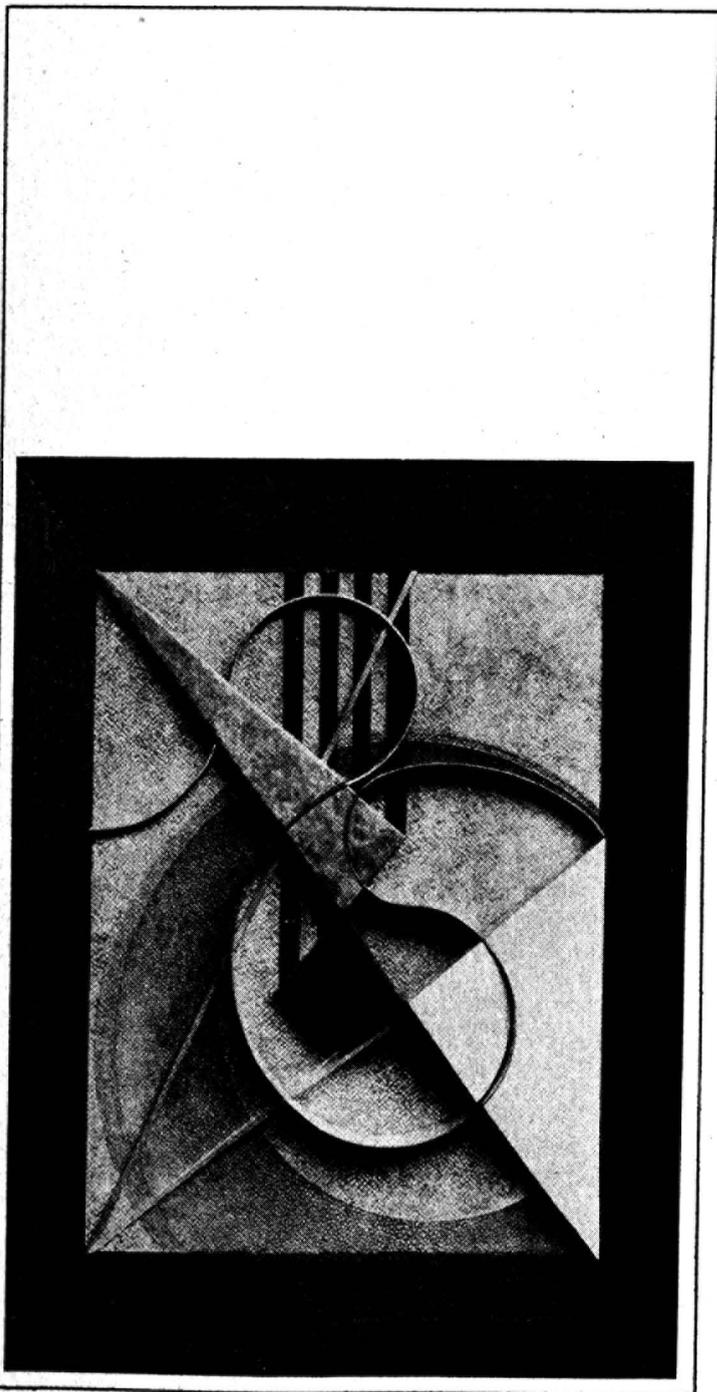
"Los cuartos restantes ocupaban el lado Loretanska del apartamento —la cocina y un comedor enorme en el que hice algunos cambios estructurales (¡qué dicha la mía! , ¡qué pena la de mi madre!) con el fin de modelar un espacio cómodo para Louise. Arquitecturalmente el apartamento superaba todos mis sueños de belleza, pero su estado de deterioro era pavoroso. La viuda hermana de la dama cuyos hijos eran por herencia los propietarios de la casa no había dispuesto durante veinte años de los medios necesarios para mantener el lugar y es por esta razón que había decidido alquilármelo. No había closets, las tuberías eran arcaicas, y había cientos de pies cuadrados de espacio desperdiciado que se prestarían a mis propósitos. . . ,

"Los cielos rasos de los cuartos estaban a catorce pies de altura. Dignos de ellos eran los candelabros espléndidos, cargados de prismas y perlas de antiguo cristal de Bohemia; había uno precioso en mi recámara, como un enorme racimo de dondiegos, las corolas de vidrio soplado delgado como una hoja de papel y con tiernos colores de capullos. Las puertas y las paredes y comisas artesonadas tenían hermosas molduras talladas. Los picaportes y bisagras de puertas y ventanas eran de un fino bronce pálido con exuberantes curvas barrocas. Las puertas eran tan altas que los picaportes estaban a cuatro pies del piso. Yo me divertía viendo a Louise abrir esas puertas, que parecía una enana —y no lo es."

3

"Las ventanas eran tal vez el detalle más bonito de la casa. Las paredes tenían por lo menos dos pies de espesor y había dos juegos de contraventanas. Las exteriores se abrían hacia afuera; luego había la profunda solera (en esas casas a menudo llena de macetas con plantas), luego la contraventana que se abría hacia adentro. Según me dijeron esas ventanas habían sido instaladas en el siglo XVIII. Todas las hojas eran de cristal de Bohemia hecho a mano. El famoso cristal hecho a mano de las casas en Beacon Hill, en Boston, no es comparable con el cristal de Praga. Tenía ligeras





Relieve

arrugas e irregularidades que parecían atrapar la luz solar como en una tela de araña. Mirar a través de esas ventanas hacia la belleza de afuera fue una de las grandes experiencias de mi vida.”

4

“Mi cama se compone de una colcha de los más bellos colores, de un metro de largo, a la cual esta abotonada una toalla que me sirve de sábana. Cuando la he puesto en equilibrio sobre mí, mi criado coloca sobre el conjunto un edredón que me paso las noches dejando caer y volviendo a poner.”

5

“La palabra, de procedencia checa, designa un balcón largo que daba hacia el patio interior de muchas casas viejas de Praga, casi siempre común a varios apartamentos.”

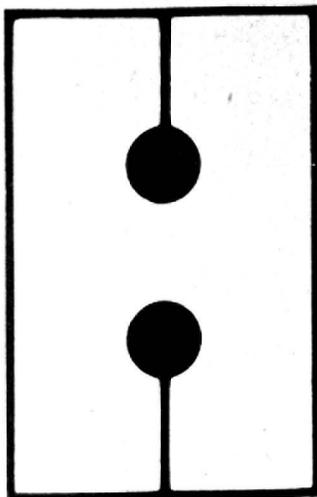
6

“Por otra parte, los acontecimientos van a precipitarse. Mientras los otros partidos, inclusive los socialdemócratas, ergotizan, se disputan las prerrogativas, preparan las elecciones de 1948, con una fe inquebrantable en la fuerza de las instituciones parlamentarias, todo esto en una atmósfera que algo tiene de los últimos tiempos de nuestra IV república, los comunistas pasan a la acción. Para ello se han preparado minuciosamente, repartiéndose las tareas. Con Klement Gottwald en el gobierno y Richard Slansky, secretario general del P. C., como director de orquesta; Antonin Zopotky, que dirige los sindicatos, moviliza a la clase obrera, Julius Duris, ministro de Agricultura, se ocupa del campesinado; Vaclav Kopecky, ministro de la Información, se encarga de la propaganda; Josef Smrkovsky prepara las milicias obreras y distribuye armas en las fábricas. Por último, Vaclav Nosek, ministro del Interior, se deshace de los estorbos y coloca a hombres del partido en los puestos clave de la policía.” “El 31 de octubre el presidente del consejo de comisarios eslovacos, el comunista Gustav Husak, destituye al gobierno eslovaco. La central general de trabajadores eslovacos lanza la amenaza de una huelga general. Finalmente la extrema izquierda obtiene el control total de la policía eslovaca.”

7

“Mientras no se pruebe lo contrario, y a pesar de todo, parece que el saludable movimiento checo va viento en popa. Por más que sus adversarios del interior y del exterior se exasperen, no es fácil imaginar qué podrían hacer, como no sea intervenir directamente, lo que sería locura pura y suicidio. No es el enemigo quien va a determinar el porvenir del socialismo a la Dubcek, sino sus partidarios y él mismo.”

JACQUES
HAMELINK



ORROR
VACUI

Cuánto tiempo llevamos aquí no lo sé, calculo que ha transcurrido un lapso de un mes. Su reloj y el mío se detuvieron después de la caída y él no ha podido repararlos. Tampoco era necesario. Disponemos de un compás y un catalejo, dos instrumentos que han hecho mi confianza en mí misma más grande que al principio, aunque no veo la utilidad que tiene aquí el saber dónde queda el norte y aunque yo no use el catalejo. —Aquí no hay nada que ver como no sea nieve y cielo, ambas del mismo aciago color blanco.

Al principio él pisoteó la nieve en un sitio despejado para dibujar un gigantesco s.o.s. y una flecha apuntando hacia la pendiente boscosa donde la avioneta vino a dar. No porque esperáramos ser descubiertos, sino porque al fin y al cabo hay que cumplir todas las condiciones y no queríamos excluir la posibilidad de salvación.

En un principio yo tenía constantemente un hambre feroz, que por las noches no me dejaba siquiera adormilarme en el casco retorcido del avión, del que habíamos construido un refugio con fragmentos de lona y con nieve.

En vista de que al caer él había sufrido una fractura en la quijada y de que yo le había colocado alrededor de la cabeza una venda elástica de lona, él era incapaz de tomar alimento. De manera que yo dispuse de las dos latas de fruta y la caja de galletas que, junto con un martillo, una lata de aceite, un hacha y algunos otros utensilios, habíamos encontrado entre los restos. En las latas vacías derretí nieve con una pequeña lumbre de ramas rociadas de aceite. Por fortuna traía fósforos en mi equipaje.

Los últimos días estoy durmiendo considerablemente mejor. La aguda sensación de hambre ha desaparecido. Me ha invadido una especie de tranquilidad inhumana, la tranquilidad de la nieve cuando ningún viento la turba. Hay un silencio sordo aquí. No hay pájaros, no hay huellas de animales en la nieve. Ignoro a qué altura nos encontramos sobre la superficie del mar.

El bosque, la alfombrada cima de una colina, que cubre la pendiente y se inclina hacia un hondo barranco, está formado de un tipo de conífera azulosa, no se cuál. Estos fueron los árboles que atraparón la avioneta y la azotaron como una hoja de lata. El se elevó por sobre los velos de neblina para mejorar la visión. Hacía tiempo que ya no hablaba, sólo miraba atento hacia enfrente, con los labios apretados, el mentón adelantado, su mentón puntiagudo con la pequeña ranura en el centro. De pronto el bosque surgió ante nosotros en una línea oblicua. Y alambradas de púas, una empalizada de hielo, corriendo atrocemente a nuestro encuentro.

El choque no fue inmediato. Primero fueron los arañazos contra el vientre de la máquina, el rechinar violento de tenaces ramas.

Cubos, barriles de nieve llovieron sobre las ventanas de la cabina de control.

Por un momento no vi nada más. La caída tardaba en terminar. Caíamos con alas que se rompían como cajas de cigarrillos y vigas

quebrándose por los desvanes del bosque y dimos al fin contra el suelo de nieve.

El tiempo transcurre extrañamente, arrastrando los segundos, los estira, corre de pronto como un perro que ha olfateado una huella, vuelve sobre sus pasos. Así pasa siempre, no es un suceso de mi vida, toda mi vida es este suceso único. Como una explosión, somos la doble bomba que cae a plomo. Penetramos a varios metros de profundidad en la capa de ramas que tensas nos rechazan. En nuestro derredor todo ofrece resistencia, se dilata ésta en círculos cada vez más amplios como ondas de radio. Al fin lo engloba todo. Por sí misma. Con su radar, con su sonda, él no ha podido lograr esto. Reparó el radio de a bordo cuando todavía no llevábamos mucho tiempo aquí, instaló una antena en un árbol. Entonces todavía venían aviones a buscarnos. Hace mucho que esto ya no sucede, se han dado por vencidos.

Cuando quiso entrar en contacto con uno de los aviones estalló una bombilla en el radio. Tuvo que desistir de su intento. Tampoco con señales de humo logró nada: el humo se quedó enroscado entre los árboles y no lo notaron allá arriba. Se hizo el silencio.

Al principio no podía acostumbrarme al silencio, causado al parecer por la capa de nieve que amortiguaba los sonidos y por la casi ausencia de viento. Esta situación continúa todavía. Tampoco la temperatura ha sufrido ningún cambio: el termómetro en nuestra cabaña indica -45° C.— Sin embargo, es más fácil protegerse contra este adversario, que a primera vista parece más peligroso que el blanco silencio de la nieve.

Con lona y con ropas procedentes de mis maletas, que desgarramos en tiras, hemos confeccionado zapatos para la nieve, lo que por otra parte nos proporcionó distracción. Luego rodamos bloques de nieve y los amontonamos, después de haberlos picado con el hacha en trozos cuadrados, contra las paredes exteriores de nuestra cabaña. Yo me rompí en la caída la pierna izquierda y él me hizo una tablilla de una de las vigas rotas del avión, tallándola con el hacha del ancho y el largo exactos. No me parece que la pierna, que además tiene serias magulladuras, se me esté curando. Me salen manchas azul oscuro, negruscas, bajo la piel. Hinchazones. No sé lo que es.

El ha vagado alrededor de la barraca durante días enteros, en círculos cada vez más grandes, con el compás y el catalejo a cuestas. No le ayudaron gran cosa.

Cuando él no estaba aquí el silencio se volvía total e insoportable. Era como si la nieve me vigilara con su glacial aliento contenido y de pronto quisiera apoderarse de mí, enterrarme. La luz temblaba entre los troncos blancuzcos por el musgo, como cuchillas de una máquina que pudiera de repente empezar a girar entre los montones de nieve y pulverizarme.

Hablaba en voz alta para resistir el miedo, notaba que las palabras de mi idioma me salían difíciles y deformadas de la boca,

Jacques Hamelink (1939) ■ Traductor, poeta y novelista. En 1964 recibió el Premio Vijverberg y el Premio Van der Hoogt por su libro de cuentos *El reino vegetal*. Autor, entre otras obras, de *El día eterno* (poesía, 1964) y *El hombre rudimentario* (cuento, 1968).



si bien las heridas en los labios, que me había hecho al caer, estaban ya casi curadas. Me oía hablar a mí misma como se oye a alguien totalmente extraño, alguien por quien no se siente la menor simpatía.

Todavía podía pensar, pero a tropezones, en fragmentos separados por grandes manchas negras, o mejor de un blanco pálido, tal vez es lo mismo, hace ya tiempo que confundo los colores. En realidad aquí no existen los colores.

Debo forzarme a mí misma a sacar conclusiones lógicas de diversas confirmaciones. Me hago preguntas lentamente, repitiendo las palabras, y procuro responderlas.

La nieve se frotaba contra las paredes de la cabina. Hubo un grito contenido, de un rojo sangre, y un rostro descompuesto, el suyo, sobre el que corrían gotas de sangre, al principio una por una, luego más y más rápidamente, en chorritos caprichosos, cada vez más. Nos inclinamos lentamente hacia adelante, el metal del tablero de mando me atenazó las piernas y les dio un mordisco. Yo grité, consciente, no de miedo sino porque me dolía, como si un tiburón me hubiera arrancado las extremidades inferiores a través del piso desfondado y yo estuviera desangrándome mortalmente. El me miró, le brotaba sangre oscura de una cortada abierta desde la ceja izquierda a la comisura de los labios. Sus manos sujetaban todavía la palanca de mando. Si cierro los ojos vuelvo a verlo y casi ya no los abro de nuevo. No porque tenga sueño, la fractura de la pierna sigue sin sanar, me duele, la carne comienza a tomar un color negro uniforme. La tablilla se aflojó hace unos días y yo sola no puedo sujetarla de nuevo.

Caigo y caigo y sigo cayendo acostada junto a él sobre los desechos y los cojines de los asientos del avión que forman nuestras camas, muy juntos. Como si duimiéramos cerca uno del otro para estimular el calor. Vivir significa producir calor, energía, dijo. La energía no se pierde, dijo. Permanece en algún lado.

Pero se volvió inconstante. Yo pensaba en cosas no imposibles, no incomprensibles para él. Los aviones de reconocimiento ya no cruzaban el espacio. Hacía ya tiempo que estábamos muertos. Y todavía vivíamos. Podíamos seguir derritiendo nieve para apagar la sed hasta que ya no tuviéramos fuego y aún después —bajo las axilas, en las manos podíamos disolver nieve—. Bajo la capa blanca debía de haber musgos, tal vez escasos, pero presentes de cualquier modo. El musgo es comestible. Podríamos tener niños que se acostumbrarían al clima desde su nacimiento; que nunca sabrían de nada mejor. Pues tendríamos que permanecer aquí, en el lugar adonde la avioneta había venido a parar, en este punto sobre el blanco suelo nevado, marcado en todos los mapas con una crucecita invisible. Aquí era el comienzo, tierno, frío, sin retoños, immaculado, incorrupto.

Pero él hablaba de partir y de construir una cabaña de nieve sobre la llanura que él había descubierto en una de sus expediciones, porque allí nuestro fuego atraería de inmediato la atención de

los aviones que nos sobrevolaran.

El podía pisotear sobre la nieve un s.o.s. aún mucho más grande. Estaba junto a mí tendido sobre los trapos y cojines, la venda, con costras negras de sangre, todavía alrededor de su rostro cubierto de una barba sucia. Flaco. Platicando, *platicando*.

Cuando cerré los ojos se cimbraron los bosques hacia la cabina de mando, trémulos y blancos sacudiéndose su carga de nieve, listos para atraparnos, para engancharnos.

Las ramas rechinaron a lo largo de los costados y el fondo, las alas se rompieron como vanos cuchillos de madera. La nieve se aglutinó frente a las ventanas. Caímos silenciosamente en un hoyo sin fondo, un pozo de nieve. Su rostro seguía grave. Miraba directamente hacia adelante, eso era abajo ahora. Doblados en dos, hermanos mellizos, pegados uno contra el otro. Su rostro seguía sangrando y yo le arranqué la venda y entonces él intentó quitarme el hacha.

Yace junto a mí sobre las cubiertas de andrajos. Su rostro se ha convertido en una negra máscara pétrea y vidriosa. Irreconocible. Ríe. O grita. No me afecta, no me da miedo con eso.

Los fósforos se han terminado, ya no sé cuándo exactamente. No es fácil derretir nieve en las axilas. Es mejor amasar un fruto de nieve y comérselo. Aunque eso ya no sea necesario, ahora.

El termómetro indica 50° bajo cero ahora. Creo que eso es mucho frío. Desde que traigo puestas sobre las mías también sus ropas, ya no lo noto gran cosa. Mi pierna no acaba de curarse, se ha puesto negra y muy hinchada, blanda también, como si el hueso estuviera disolviéndose. La piel mantiene todavía unido el bulto. Ya no siento dolor.

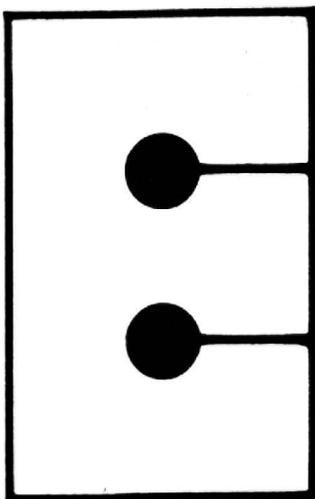
El yace a mi lado extrañamente. Un obús sin estallar. El calor no se pierde, dijo. ¿Qué quería decir con eso? Así parece un muñeco, un muñeco de nieve copiado escrupulosamente de una persona real. Sólo la cabeza no está bien lograda, su forma no es bonita, y para la boca han usado un pedazo de carbón demasiado grande. Y faltan los brazos, en el lugar donde debían estar hay nada más muñones.

El silencio del bosque y el silencio de la nieve me adormecen. De vez en cuando tengo que reír en voz alta. Escucho mi voz que cada vez me parece más desconocida.

Soy feliz.

Hoy, temprano en la mañana hubo un ronroneo en el aire que parecía vagamente azul, un trémulo pedazo de papel de estaño. Un aeroplano que por un rato voló en círculos sobre el bosque. El piloto debe haber visto el s.o.s. sobre la llanura creca del barranco. En cuanto pueda caminar de nuevo la borraré. El frío produce somnolencia. Y el sueño hace que el apetito se reduzca a un mínimo. El clima es aquí el de un refrigerador y la conserva todo. Los muñones permanecen resacos y pulidos. Un corte transversal de arterias, tejidos, y tuétano. Frigidaire. Lo quiero mucho desde que ya no se mueve de aquí, no se interna en el bosque, no sube a la llanura.

HUGO
RAES

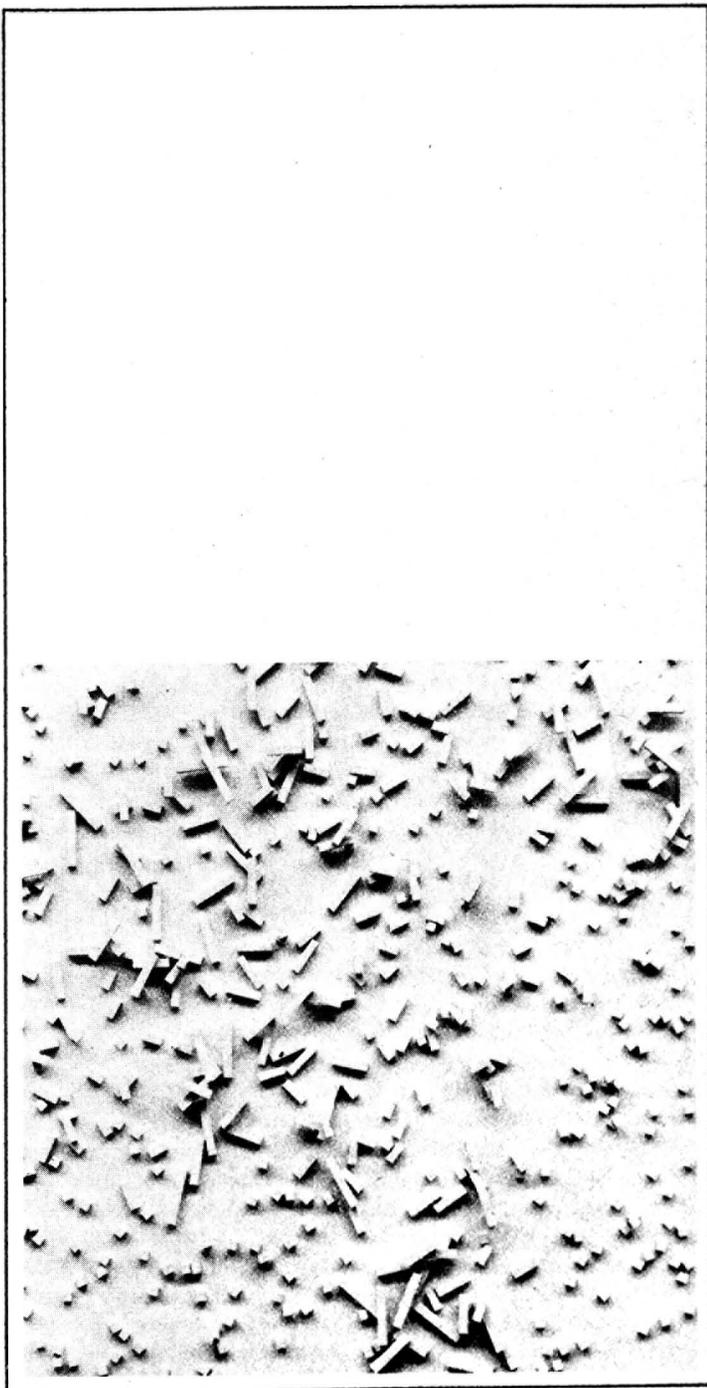


XPLOSION

En un borroso campo visual con trozos, manchas, algo se mueve, sale de una profundidad apenas bajo la superficie. Es de contornos vagos, pero inmediatamente después sube hasta la superficie y se vuelve netamente visible. Es un corpúsculo ovalado, a veces se enrosca un poco y luego se dispara hacia adelante. Luego se queda quieto. Quieto corpúsculo angustioso. Desaparece a medias bajo una mancha turbia, a través de la cual se vuelve a hacer visible borrosamente. De pronto ha desaparecido de la rueda del campo visual, de la mirilla, del ojo. Hay que esperar con paciencia. En seguida surge de nuevo en el círculo. Se efectúa una contracción peculiar. Se hincha, se encoge y de repente se divide. Ahora son dos corpúsculos. Propagación asexual. Los corpúsculos se dividirán de nuevo, un número infinito de veces. En el lapso de unas horas se habrán multiplicado generosa y diligentemente incontables veces.

Ya no hay corpúsculos que se dividen. Ahora son bastoncillos. Se mueven o permanecen inmóviles un rato. Un bastoncillo toca a otro en ángulo recto, luego continúa su camino. Cilindros largos y delgados, transparentes como de vidrio, otros de un gris negruzco.

Y luego las bolitas. Por entre los cilindros, que giran lentos alrededor de su eje, corren desordenadamente las bolitas negras de un lado a otro evitando sin fallar el tocarse unas a otras. Las bolitas parecen ora rodar, ora resbalar. Un proyectil, y otro, se precipitan en palpante zigzag dentro y fuera del campo visual. Y atravesándolo. Bolitas, bastoncillos. Ballet de puntos y círculos. Una bolita toca a un bastoncillo y desaparece en él. La señal está dada. Un cilindro devora a una bolita. Y ahora a comer, a comer. Los bastoncillos devoran las bolitas. Ahora ocurren profundas modificaciones. Los bastoncillos se hinchan, se curvan en arco, se vuelven círculos cerrados, anillos, flexibles y elásticos anillos que se doblan, se agitan. Entre una bolita y un bastoncillo: un anillo. Anillos vivos y elásticos entre los bastoncillos y los puntos negros. Punto raya, raya, punto punto punto anillo punto, anillo raya anillo. A cada segundo nacen cosas nuevas. Aumentan de tamaño o dan nacimiento a otras formas los animalillos. Número infinito de adaptaciones. Podrías juntarlos en tarros, frascos, dice la voz, alimentarlos intensivamente, formar una natilla. Una pasta viviente. La pasta viviente toma una forma dúctil, pegajosa y dúctil de una sola pieza. Abres un tarro, viertes un poco de pasta: queda balanceándose desde el borde como una bola de moco con vida. Se encoge, se estira, se alza, cae de nuevo hacia abajo. Gris azulado con un borde verde tierno o verde mar. Lo agarras por la punta, dice la voz, lo levantas entre el pulgar y el índice, lo empujas otra vez dentro del tarro. Vuelve a tomar la forma de un líquido uniforme. A veces brotan matices hermosos. Una pincelada de rosa, una sombra de púrpura, toques de amarillo. Prisma de maravilla, dice la voz. Contemplar materias, cultivos nuevos y



De Vries



maravillosos, jugar con ellos. Siempre algo nuevo. La voz dice: reciente hallazgo fabuloso. Son hallados micro-organismos vivos en un mineral, y no pocos en el mineral más hostil a la vida, en el uranio. Hay pues seres microscópicos resistentes a las radiaciones radioactivas más potentes. Viven en ellas. Siempre algo nuevo. Experimentar sin cesar, dice la voz. Con matices vivos, con menudas formas cambiantes, figuras microscópicas.

Las figuras en la calle —es una calle, sí— se mueven, caminan, se entrecruzan de prisa sin concierto. Grandes y chicos zigzaguean cruzándose unos con los otros. Son seres humanos. Fíjate bien, observa. Claro, puesto que yo también estoy en la calle. Ya veo. Me encuentro entre ellos. Pero aislado de ellos, en medio de la calle abierta y sin tráfico. Seres humanos todos. Seres humanos todos. Hay una especie de ronroneo lejano en el aire. Tiene un tono siniestro. Las personas miran hacia lo alto. El ronroneo se acerca, se vuelve más irritante. Las gentes se detienen, escrutan interrogantes en el espacio. El cielo es de un azul sin tacha, no se percibe la menor nubecilla. Tiempo despejado, pero ¿dónde está el sol? No se ve ninguna máquina volante, ningún aparato. Ahora el sonido ha aumentado hasta convertirse en un fuerte rugido. Un gruñido fuerte y seco como el de una sierra eléctrica girando a gran velocidad. Las gentes están clavadas en el suelo escuchando en silencio, y mirando. Tienen la cabeza vuelta hacia arriba. Intentan descubrir qué es lo que está sucediendo, qué es esto. El rugiente ronroneo es ensordecedoramente fuerte. Nada a la vista. El ronquido aaaeeeerr. Sin embargo, no es un ronroneo uniforme y monótono.

La voz dice: mira el cuadro, mira la obra del artista. El hombre artista trabaja, crea, experimenta. La pintura tiene delicados matices de color. Materia transparente verde mar con manchas vaporosas azul claro, una pincelada rosa aquí y allá. El color se mueve. Aparecen diversos tonos de púrpura, que se transforman en profusos cafés. Inesperadamente aparecen bolitas y luego bastoncillos voraces y activos aunque rígidos. Suceden toda suerte de cambios. De pronto un hilo negro atraviesa veloz la pasta cada vez menos transparente. Imperceptible al principio, la suave ondulación ha aumentado, y se vuelve una ampolla. Un poco más allá ha comenzado a germinar algo. Una pequeña semilla. Bajo las calientes lámparas y los rayos ultravioleta ha germinado una pequeña planta en la carne roja a la izquierda del cuadro. A ambos lados la carne roja y semilíquida comienza a desbordarse sobre el marco. Un lóbulo como de hule se cuelga y se precipita hacia abajo. El

artista regula la posición del cuadro. Lo pone horizontal mecánicamente. El lóbulo rojo se contrae. Dentro de unas horas formará una bola tal vez. Gran número de espectadores siguen fascinados los cambiantes matices y formas de la enorme obra maestra.

El ronco rugido es decididamente monótono. Pero si uno aguza los oídos parece que tuviera variaciones. Lo mismo que cuando se escucha con toda atención el tictac de un mecanismo de relojería o el zumbido de un aparato o un fino instrumento eléctrico. La gente está petrificada en la calle abierta y sin tráfico, sin vehículos. Sólo hay gentes, gentes con el rostro dirigido hacia arriba, el oído a la escucha, los ojos que giran lentamente tratando de sondear, de escudriñar el espacio. El ronroneo se vuelve más y más fuerte. Se vuelve cada vez más penetrante. Cada vez más ominoso. No se ve nada y ahora se oye cómo el ronquido desciende. Parece aún más intenso. Algunos dan asustados un paso, unos pasos, hacia atrás. Pero qué hay atrás cuando algo viene de arriba y es invisible. Abajo el frenético aeeeerrr es insoportable, y luego de pronto: una explosión violenta. Parece durar horas, pues cuando uno se desvanece, es desintegrado en una explosión, ya no hay tiempo, o la explosión dura una eternidad.

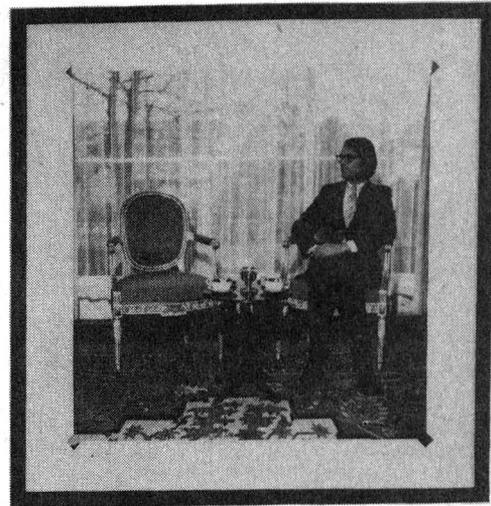
La voz dice: al otro día, los espectadores están ya otra vez ante la obra maestra. Los que han venido a mirar de nuevo en la noche no regresarán sino ya tarde en el día, porque ahora se va a dormir. Las gentes miran por unas horas y regresan más tarde cuando han aparecido formas nuevas y las variaciones están mejor definidas. Sí: el plasma gotea sincronizadamente alimentando los pequeños brotes vegetales y las flores de carne, las bacterias gigantes que ahora han crecido 500,000 veces con radiaciones y medios artificiales. El artista-biólogo, el artista pintor, escultor, biólogo, químico, equipo de uno o varios miembros, crea, produce sutilmente.

Al día siguiente late una especie de corazón en el cuadro. Un pedazo de carne discretamente aislado está latiendo suave y rítmicamente. Los espectadores afuera del estuche de vidrio pueden uno por uno oír los latidos por medio de un micrófono y un auricular. La voz dice: un día después el cuadro, bajo el efecto de una intensificación de la temperatura y de un ajuste en la iluminación, la alimentación y la posición, esparció por primera vez un olor. Irreconocible. Un suave olor empalagoso, no maloliente, no de podredumbre o decadencia. Un olor suave, hasta un tanto benéfico. Un olor de plantas entremezcladas con carne sana.

Y tres días después del tercer día, dice la voz, a la vista de aquéllos que por causalidad estaban entonces mirando el primer

Hugo Raes (1929) ■ *Figura prominente de la vida literaria flamenca. Empezó su carrera como poeta, pero es conocido sobre todo por sus novelas, las cuales son muy populares en Alemania. Su interés por los problemas ecológicos echa de verse tanto en su obra como en su vida. Entre sus obras, Los reyes indolentes*

(novela, 1961), Un monumento temporal (cuentos, 1962), de donde proviene Explosión; Un fauno de cuernos helados (novela, 1966), Los aventureros (novela, 1968) y Viajeros en el anti-tiempo (novela, 1971).

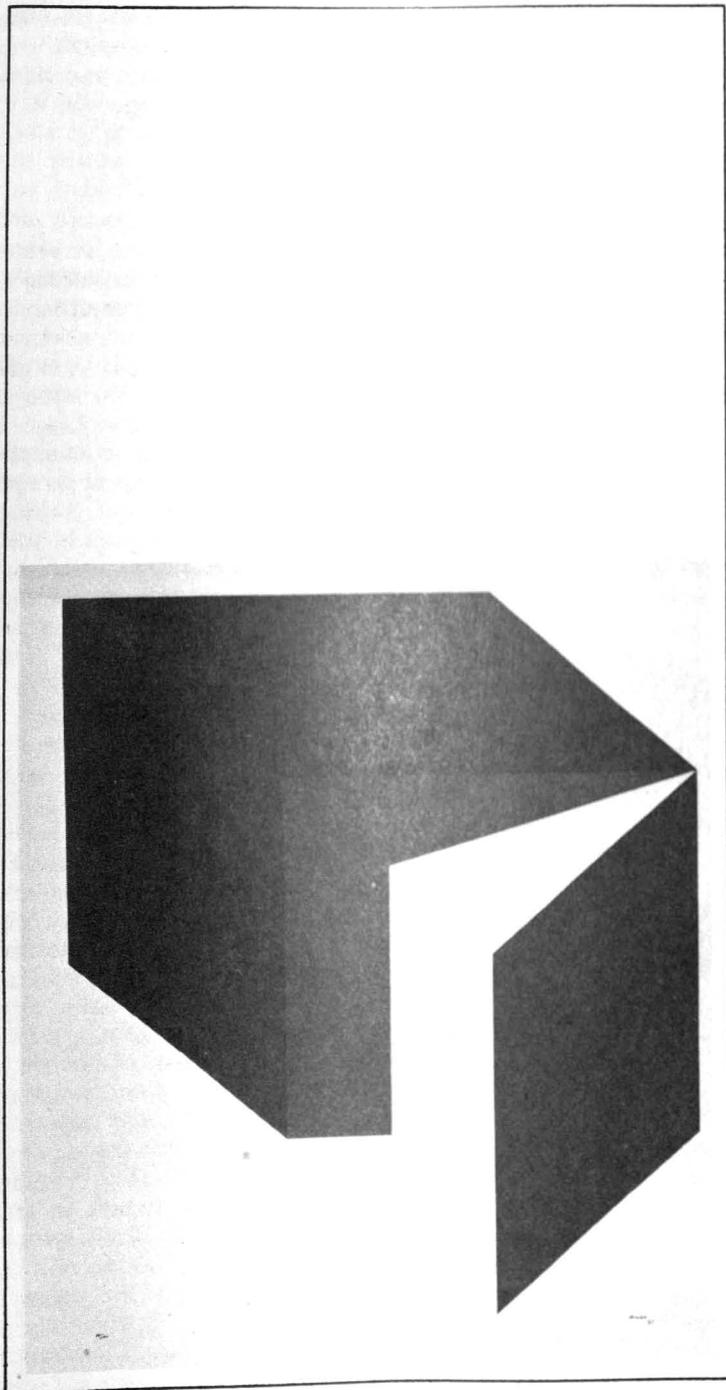


cuadro vivo del mundo, dotado de movimiento, experimental, cuando ocurrió lo más increíble. Lo jamás esperado. Lo que no se puede creer. En las formas y los miembros (algunos secretados por los otros) ya muy desarrollados brotaron pequeñas rendijas, agujeros y válvulas que se abrían y cerraban. Es exigido un silencio total en la sala mantenida a oscuras, donde evoluciona el cuadro experimental vivo y donde se le alimenta y se le cuida bajo lámparas de iluminación y radiación especiales. Sólo el gran invernáculo está bañado por la luz. En calma y aislamiento totales, en un calor fermentante y gotas y zumos nutricios, vive, cambia, crece o se deseca, languidece aquí y allá, la obra de arte del hombre.

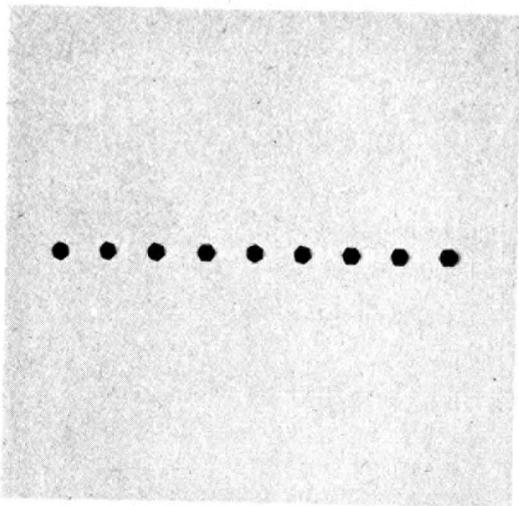
De vez en cuando un sabio abre parcialmente el invernáculo para efectuar alguna acción. El sexto día, por casualidad, los entonces presentes fueron testigos de lo increíble: a través del altavoz por el que se oían el latir del corazón y a veces el ligero resbalar de una gota, percibieron de pronto un susurro, un suspiro. A partir de entonces la obra de arte produjo regularmente ligeros sonidos imprecisos, una especie de suspiros.

La inquietud del hombre aumentó ahora. Se dio media vuelta, y estaba cansado *del viaje*. Así que había estado viajando, mucho tiempo. Y qué tranquila se ve la casa, vacía y abandonada, cuando se vuelve a entrar en ella después de una ausencia de semanas. Qué extrañas suenan entonces tus pisadas sobre las baldosas del corredor, el crujiente parqué de la estancia, la puerta rasera, cuyo cerrojo al fin vuelve a funcionar, y que se abre rechinando. Y ves el jardín: silencioso, intocado, el pasto ha crecido mucho, ha cubierto en parte el sendero, algunas flores casi ya no pueden verse entre la hierba. Qué fresco está todo y qué callado. El bote de la basura se halla en medio del patio, bajo el pabellón. ¿Cómo fue a dar allí? El se acerca. ¿Qué es lo que huele así? Levanta la tapadera, y da un salto hacia atrás ante las cosas negras que de pronto surgen frente a su cabeza y que como piedras arrojadas vuelan en enjambres hacia lo alto: moscones gordos y negros, moscardas que saltan y saltan del bote sin cesar. El está horrorizado, algunos de los duros y gordos insectos se le paran en la cabeza, el pelo, los hombros. Se aparta de un salto, mueve los brazos como aspas alrededor de la cabeza, pelo, hombros. Se aparta, mueve los brazos como aspas alrededor de la cabeza. Bajo la tapadera hay más y más moscas grandes, la mayoría ascienden en el aire, desaparecen en el árbol y sobre los muros del jardín en las huertas de los vecinos. Y el hedor. Ya no salen más moscas del bote. Se acerca al bote, se asoma con pavor: dentro hay un feto pudriéndose. En conclusión, dice la voz, cuando salga de viaje no deje afuera su bote de la basura.

Ahora el hombre se despierta con un sobresalto. Yace de espaldas. Abre bien los ojos. La inquietud se cierne aún opresiva. Una pesadilla, piensa. Carraspea un momento y dobla la sábana de nuevo sobre el cobertor, de manera que la lana ya no le toque el



Bonies



Armando

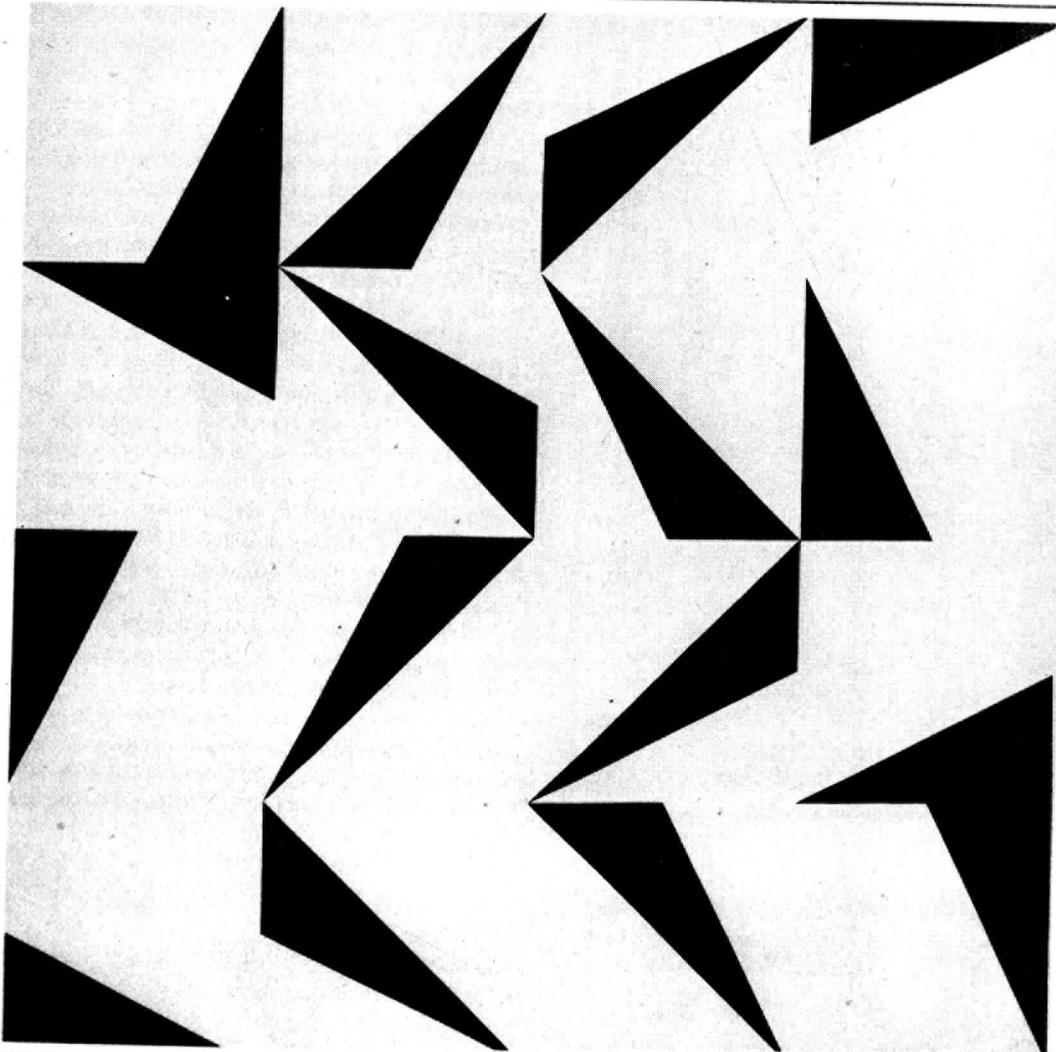
mentón. Se voltea. No está cómodo, se voltea otra vez para el otro lado. Intenta pensar en otra cosa. Poca cosa se le ocurre. Se adormila de nuevo. Piensa algo de un periódico, hojea un periódico grande. Alguien está con el comisario de policía. Dice: mi suegro tiene 79 años y vive solo en la Dennebosstraat y desde hace días no le he visto, su casa está cerrada y no se percibe ningún signo de vida. Es enviado un gendarme. Este pudo ver al través de una rendija en la ventana que el hombre de 79 años de edad yacía con la cabeza sobre el marco de la ventana. El comisario y el médico del pueblo se introducen en la casa por el techo. Van a ver al anciano junto al marco de la ventana. Bajo el cuerpo del muerto descubre el médico un bloque de madera. Saca el bloque de debajo del cuerpo. De pronto se oye un disparo. Una bala toca al médico en la mano izquierda. Bajo el viejo había un pequeño cañón, como el que la población rural acostumbra usar para espantar los pájaros. El viejo era un extravagante. Había provisto al instrumento de un pequeño cargador y puesto en él balas de revólver. Al levantar el bloque de madera, se disparaba el instrumento. Un

pequeño cañonazo. La bala que se había incrustado en el pulso del médico tenía que ser removida quirúrgicamente en el hospital.

Viene cojeando un niño con las piernas horriblemente retorcidas y se acerca dificultosamente. Tiene un semblante agonizante y verde. Dice: Papi.

■
Su cuerpo se halla bajo una tensión insoportable, un calor como recorrido por una corriente eléctrica que aumenta en intensidad y que se hará fatal, de un momento a otro. Ha de ser cuestión de segundos.

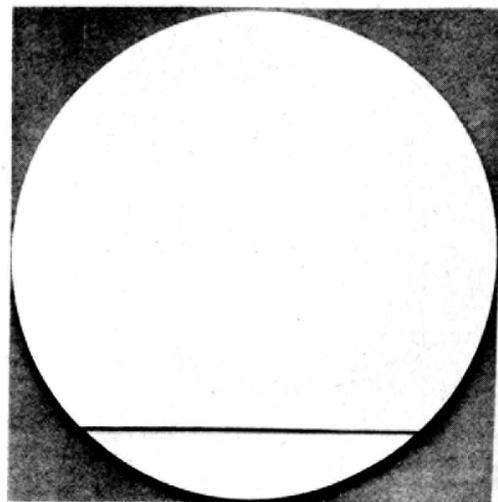
■
Ahora hay allí cerca una mujer muy fea. Ella lo contempla compasivamente, y mientras saca unos vasos habla, pero él no oye



Peter
Struycken

qué. Alguien con cabeza de tortuga pasa junto a ellos, muy rápido.

■
Crece la amenaza, crecen la inquietud, la angustia irritante. Con una patada aparta los cobertores, se despierta a medias. El niño dice todavía: Papi. El se endereza. Tantos cobertores me acaloraban, piensa. Mira en su derredor en el cuarto medio oscuro. Siente como si todavía le faltara comprobar algo espantoso. Quiere sacudírselo todo. Cómo es posible tener semejantes pesadillas una tras otra, se pregunta. Si no he comido nada tarde en la noche. Tampoco he leído nada, no estoy sobreexcitado ni excesivamente cansado. ¿Ha sucedido algo? Trata de recordar mentalmente si en el curso del día ha ocurrido algo que hubiera podido ser el motivo o la asociación que fraguaron un sueño angustioso. Se duerme de nuevo. De inmediato se siente amenazado. Receloso, con los nervios de punta y los sentidos sumamente aguzados, mira en su derredor, mientras avanza en la calle desierta. A lo lejos vienen unos muchachos jóvenes, azotacalles. Traen las manos listas, como si quisieran pelear. El vuelve la vista hacia atrás y ve a otros tres. Ahora están con él en un sótano. Lo hacen tenderse y cuchichean que harán algo con él. No vamos a matarte, no, nada más vamos a hacer de todo contigo. El grita, quiere hablar con ellos, explicarles. Pero ellos empiezan ya a pegarle, le empuñan el sexo. El se siente amenazado de muerte, grita pidiendo auxilio. Ha perdido todo control sobre su cuerpo. Grita, nadie viene en su auxilio. Se oye gritar a sí mismo: ¡Nora! Mientras se oye gritar ese nombre abre los ojos y no es sino entonces que se despierta sobresaltado. Su corazón le golpea el pecho, él está respirando rápidamente. Estoy sudando, piensa y sin embargo tiene los pies fríos. Voy a buscar otra postura. Extiende las piernas como unas tijeras abiertas y pone el brazo derecho bajo la almohada y el izquierdo medio doblado junto al pecho, y es como si el brazo descansara sobre la mano. Parece que tiene la cabeza demasiado baja. La echa más hacia atrás, su mentón apunta ahora hacia adelante. Permanece despierto todavía unos segundos, pero comienza a dormirse contra su voluntad, como si tuviera que seguir soñando en el acto. La atmósfera sombría dura aún. Siente que una nueva pesadilla va a comenzar. Mejor voy a levantarme de una vez, piensa. Si no rompó ahora mismo esta atmósfera opresiva, no acabará ya nunca. Es para perder la cabeza o para sufrir un trastorno cardíaco. Hay gentes que han muerto de una pesadilla. Al levantarse él, una de las patas de metal de la cama se desliza con un chasquido contra el linóleo. La lóbreguez flota en su derredor como la vestidura de un fantasma. El tiene la clara sensación de ser un difunto, un espectro. Respira un par de veces y abre la puerta trabada. La abre ruidosamente con un tirón y se halla ante él un agujero oscuro. Avanza a ciegas lentamente y con pasos inciertos, arrastrando la



Ad Dekkers

mano sobre la pared en busca del interruptor. Piensa fugazmente: tal vez pasa algo en esta casa, tal vez haya un ladrón y yo he oído algo inconscientemente mientras dormía, he tenido un presentimiento. Piensa estremecido e inseguro que al buscar él a tientas el interruptor en lo oscuro tal vez va de pronto a tocar a un hombre, o a tropezar contra un cuerpo tirado en el suelo. Encuentra el interruptor y enciende la luz. Produce un golpe seco. El intenta vencer el deslumbramiento a una velocidad sobrehumana. Da un vistazo rápido alrededor. No se ve nada. Uno tras otro, los peldaños de la escalera crujen con fuerza. Con el oído y los nervios todavía al acecho por la sensación de un peligro inminente, mira por sobre la barandilla cada vez un poco más lejos y trata de vislumbrar y de comprobar si hay algo abajo. Entre tanto cede un poco la tensión del ambiente. El aprieta los botones de la luz uno tras otro. Piensa: voy a traer del sótano un par de cervezas. Eso relaja y tranquiliza en seguida. En la estancia se dirige —aunque todavía medio adormilado, se da cuenta— hacia la ventana. Aparta un poco la cortina y atisba hacia afuera, hacia el coche. Ahora brilla la luna y el auto está allí apacible y normal. El ha apagado ahora la iluminación indirecta del salón de la escalera, pero el piso inferior está bañado en la luz que parece desmesuradamente blanca. La puerta del sótano gruñe un poco al abrirla. También ésta necesita un poco de aceite, reflexiona, y descende las escaleras de madera blanca. El sótano huele a frío y a piedras húmedas. De escalón a escalón él ve los dos oscuros agujeros. espacios. Enciende en ambos las lámparas desnudas y débiles y primero echa un vistazo a derecha e izquierda. Luego coge una botella y una más. Con dos hay bastante, piensa, y de todos modos puedo venir por otra. Arriba de la escalera del sótano percibe un murmullo extraño, justo al apagar la luz. Contiene el aliento y escucha un instante. Entra en la recámara. Qué extravagante y muerta le parece ahora. Qué noche tan extraña, piensa. Esos sueños angustiosos me confunden, aún me dura el efecto. Cómo es posible. Del cajón del armario toma un abridor de botellas. Cada movimiento, cada sonido parece magnificado cien veces, piensa él. Empuja el cajón para cerrarlo. Con la mano izquierda toma la botella y con la mano derecha la destapa. El metal pega contra el vidrio, él aprieta, y entonces de pronto resuena una explosión enorme, siente una presión fantástica, y un golpe en la cara, de modo que la nuca se le dobla hacia atrás. Caen al suelo, sus pies golpean contra el piso al caer raspándolo con los dedos, una de sus feas pantuflas de cuero se le escapa. Gime aún por un momento, no puede ya respirar y ya no sabe más. La recámara está llena como de una niebla, un gas. Su cuerpo, el cadáver, está ileso, pero de la boca le fluye un poco de saliva y forma un hilillo que se estira hacia el piso, toca el parqué, forma un pompa y allí, hermosa como un charco abombado, una perla, se queda.

JEF
GEERAERTS

DECIMOCUARTA
CARTA
EN TORNO
AL AMOR
Y LA MUERTE
DIRIGIDA A
HUGO RAES

Amberes, a 21 de diciembre de 1968

Querido Hugo,

Son las dos menos diez y el sol desaparece ahora tras los techos, el decorado habitual se va poniendo lentamente gris, la niebla sube de las aceras, creo que está lloviendo, ¿se arrastrará la dulce nube de gas por sobre la ciudad, llenándome como ayer de una angustia extrañísima? De pronto pienso resentido en el resultado de tres días de febril maldecir: cinco mal armados modelos de barcos, todos ellos mitos de un periodo irremisiblemente ido que uno de estos días voy a echar a pique en el suelo de un martillazo: el HMS Hood, el HMS Warspite, el HMS Nelson, el Bismarck, el USS Maine. A ello hay que agregar que mis intentos por conciliar un sueño invernal fracasan por regla general: cada mañana a eso de las diez y cuarto salvo los domingos ha de despertarme la campana de cobre del cocinero de a bordo, tañido que llega aquí con toda nitidez escapándose de una absurda jornada de trabajo que ocho metros debajo de mí ha empezado hace ya horas: no le perdono ya al hombre esas intolerantes campanadas: hace aproximadamente dos años que, en un periodo particularmente difícil, hizo que un inminente orgasmo sincrónico escapara a mi control.

Y todo lo que estos días quiero emprender está frustrado de antemano: Bach y Vivaldi, en otras ocasiones el remedio infalible, me ponen sumamente nervioso con unos cuantos compases; fiel a su costumbre, la compañía local de cines ha seleccionado los regocijantes churros de vacaciones para la juventud-del-país y ni un solo western violento o película de vampiros; hace una hora mi caballo tuvo un sobresalto de miedo debido a un soplete encendido súbitamente en alguna parte de los trabajos de la carretera E-3 y me considero afortunado de haber llegado a casa ileso. Y conste que esto es sólo lo principal, no deseo hablar de la sensación física de apatía y vacío creador, ésta se debe sobre todo a los días de fiesta que se avecinan, el ambiente de los cuales me causa un sentimiento latente de enajenación, el único punto positivo es tal vez que ayer gracias a la lectura históricamente sostenida de 'Ana Karenina' creo haberme curado definitivamente de los llamados grandes clásicos, excepto de Shakespeare, y mientras espero atento el momento en que salten las salpicaduras de agua hirviendo de la jarra de espresso, miro por casualidad el calendario: 21 de diciembre... En el acto me siento atravesado totalmente por la dimensión cósmica de esta fecha, y además un *sábado!*, cuánto tiempo podrán dormir los belgas, se despertarán con un viva en honor de the longest night con una serie de fiestas en perspectiva, celebradas en el seno familiar con pavo o algún otro animal casero por todos los hombres de buena voluntad, mientras tanto la hermosa naturaleza espera confiada la primavera como en el famoso verso de Shelley.

Lo único que me resta en semejantes circunstancias, es correr tiritando por la ciudad hasta la Pocket Book Shop, o escudriñar en mis apuntes o tratar de escribir, pero para lo primero no tengo dinero y lo último me lo he sacado de la cabeza temporalmente. Quedan los apuntes. La mayoría de las veces son un modo casi seguro de despertar series de asociaciones que pueden ser fructíferas: las pequeñas frases sueltas, cogidas al aire, las manchas, la inclinación de la letra, el color de la tinta, las fechas, en aquel entonces importantes (y ahora ya no puede uno siquiera reír de las puntadas o se ha enfriado en uno el interés por la cuestión), es raro, estos fantasmas de momentos pasados para siempre, de inmediato asociados a la horrible reflexión de que la combinación no volverá a ocurrir nunca más (¿es que todo depende de esta suerte de oculto azar?) y en el mejor de los casos todo termina en un sentimiento más o menos artificial de nostalgia, en el que es delicioso refugiarse, desembocando probablemente en ríos de alcohol y en la serie de asesinatos que deben ser cometidos de urgencia.

Por fortuna esta vez no es tan negativo y por último cae mi mirada sobre algo que he escrito en El Cairo hace más de tres años:

*De pronto agudo grito tras el muro que rodea la mezquita
el deservuelto chofer de taxi*

Mimoun-hachis

Gazza

4 de abril de 1965

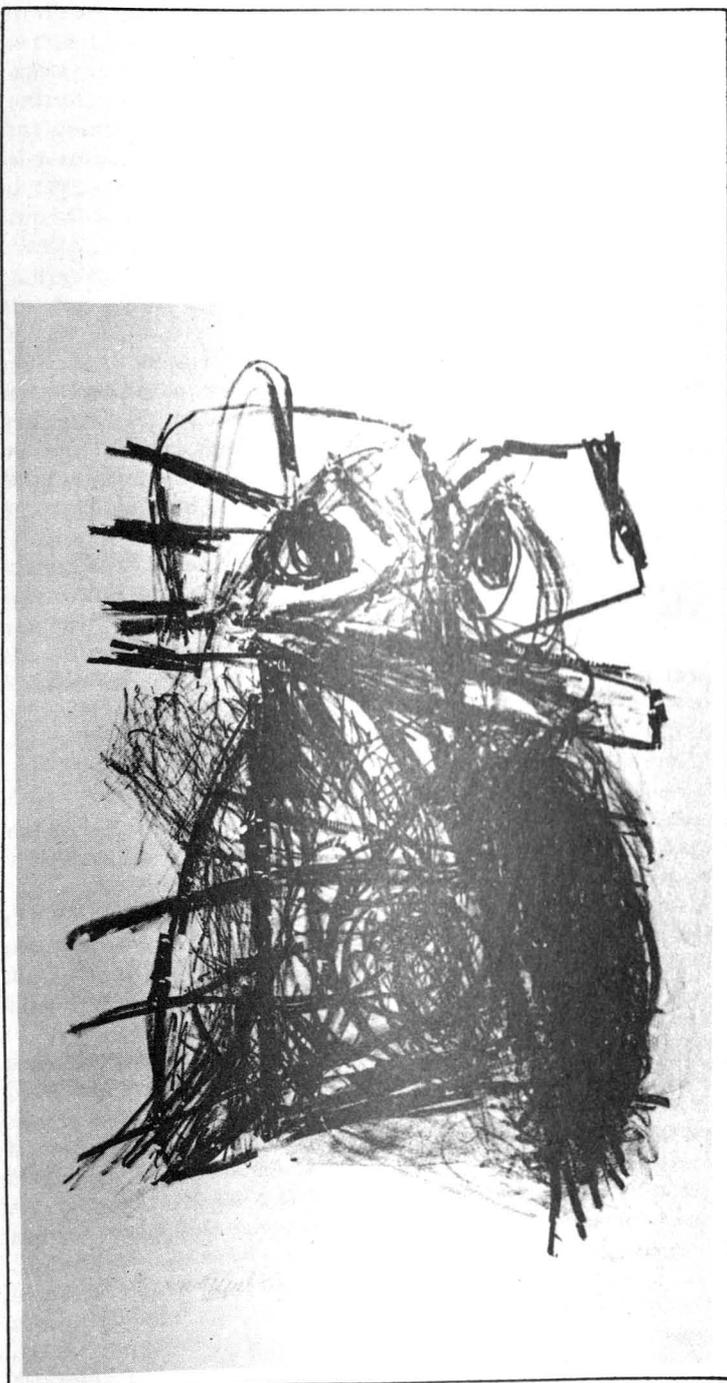
Y al minuto siguiente me hallo de nuevo en Egipto. No sé por qué, pero regularmente me escapaba de El Cairo e iba a Gizeh. ¿Qué me fascinaba en este lugar? Probablemente tenía algo que ver con asociaciones históricas.

Por casualidad cierto día a principios de abril de 1965 conocí allí junto a las pirámides a un criador de caballos, un tal Mimoun, y gracias a ciertas observaciones técnicas de mi parte sobre sus caballos, me invitó a 'to have a look at my horses in hoasis El Ahr, it's about three hours on horseback through the desert, you are a lucky man, I'll give you Sjahrim, a fine stallion, come on, I was just about to leave'.

Yo creía haber montado en Europa caballos fogosos hasta el momento en que Mimoun me dio las riendas de una bestia espléndida que giraba dando saltos con blancas y encrespadas crines, sobre el lomo una extraña silla en forma de tazón bordeada con clavos de cobre y los estribos moros colgando de correas trenzadas. Mimoun miró desdeñosamente mis pantalones de montar y me dio un par de espuelas oxidadas que yo me puse y cuando por fin me hallaba sobre la silla y tenía entre las rodillas un haz trémulo de músculos y nervios, Mimoun se balanceó en el

Jef Geeraerts (1930) ■ Por algún tiempo trabajó en el antiguo Congo Belga. A su regreso a Bélgica, describió sus experiencias en novelas y cuentos. Su novela Gangrena I le valió el Premio Nacional de Literatura. Algunas de sus obras: No soy más que un

negro (novela, 1962), Sin clan (novela 1965), Gangrena II (novela 1962). El presente texto proviene de sus Diez cartas en torno al amor y la muerte (1971).



Karl Appel

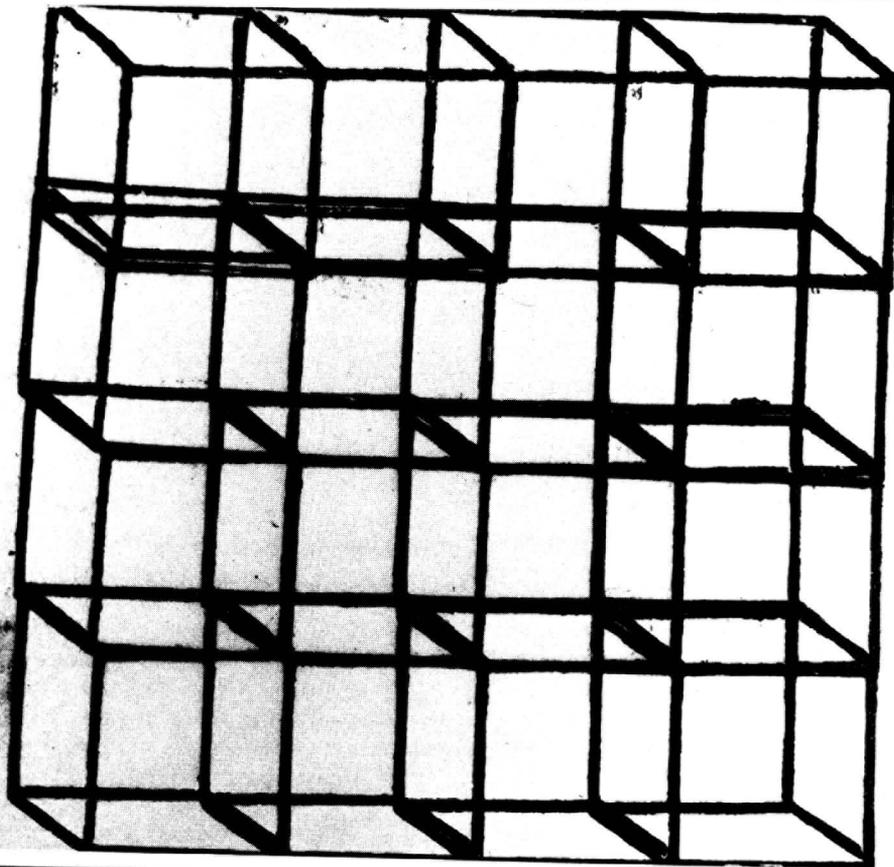
aire agarrándose flojamente de las crines de otro caballo, un blanco agrisado, que siguió mordisqueando impávido su brida, y con una seña de que yo jalara más alto la barra, avanzamos a un trote sostenido con las riendas tirantes por las callejas de Gizeh, de adobe chamuscado por el calor, cuarenta siglos de historia nos contemplaban, Mimoun cabalgaba como un rey, una mano sobre la rodilla, la espalda erecta, los pies apuntando hacia adelante, bronceado, sonriente, los caballos trotaban resoplando con contracciones nerviosas en la grupa, el cuello arqueado, las orejas hacia atrás, estremeciéndose a veces como si tuvieran frío. Mimoun me había prestado un paño para la cabeza y un albornoz y me había advertido que Sjahrim siempre se encabritaba primero, daba una vuelta completa sobre las patas traseras, y después de una pequeña cabriola se echaba a correr a galope tendido hasta que se cansaba lo suficiente como para escuchar estribos y piernas. Ese día hice la cabalgata más formidable de mi vida en el escenario más formidable para cabalgar, y una de las pocas cosas que me he propuesto firmemente, es ir otra vez una semana a Gizeh, sólo para dar largos paseos por el desierto al lomo de un pura sangre árabe.

Sjahrim era el caballo en que todo jinete sueña, fogoso, espantadizo, con un galope enérgico pero al mismo tiempo increíblemente rápido y flexible, era como si sus músculos se balancearan sobre muelles engrasados, ese caballo sencillamente no tocaba el suelo, mantenía la cabeza estirada y casi inmóvil, uno se quedaba como petrificado en la silla y una hora después él obedecía a la menor señal como un caballo de circo, y en el oasis El Ahrr, donde a la menor presión de pantorrilla y estribo ejecutó las clásicas gracias de adiestramiento, lo abracé después y cuando él suavemente relinchó y empujó el hocico contra mi cabeza, casi no pude reprimir las lágrimas. Es probable que Mimoun se haya dado cuenta, me dio una palmada en el hombro y dijo con una mueca: 'Horses are much better than men. I love horses!'

Después de haber visto los caballos, que acudían trotando y relinchando al agudo silbido de Mimoun, una manada de aproximadamente treinta animales, fuimos a reposar un poco en una casa blanca y fresca, y una mujer vestida de negro y velada nos sirvió galletas de miel y té en unas tacitas diminutas. Ciertas cosas las recuerdo con toda claridad: la combinación de las galletas dulces con el té acerbo y pajoso daba prueba de una civilización milenaria, afuera había hecho un calor sofocante pero yo no sudaba bajo el grueso albornoz, al contrario, me sentía fuerte, joven, tranquilo, contento como antaño en el Congo al sol y al viento de la sabana.

Después de las golosinas volvió a aparecer la mujer y entregó a Mimoun un narguile y un platillo con brasas ardiendo que él atizó con cuidado, con una cucharilla puso unas brasas en la cazoleta, probó para ver si jalaba bien y luego sacó de su albornoz algo que puso cuidadosamente sobre el carbón, luego aspiró varias veces

C. Visser



profundamente, poniendo la mano como una pantalla sobre la cazoleta del narguile, mantuvo el humo con los ojos cerrados largo tiempo en los pulmones y lo dejó salir lentamente. Después de haber hecho a un lado el narguile, se quedó sentado mirando al frente con los ojos muy abiertos y cuando le pregunté por qué fumaba hachís a esa hora tan temprana del día, respondió con una estridente carcajada: 'We men need this stuff in order to jig-jag our wives, so the thing will *stay* like a piece of wood all the time hahaha!'

Yo reí también, pero en ese momento pensé que él usaba *stay* como un eufemismo un tanto temerario.

Al día siguiente me dolían los músculos de la espalda por la cabalgata mientras caminaba por un barrio alejado de El Cairo a lo largo de un cementerio. La calle era un polvoriento carril lleno de baches y aquí y allá pilas de basura. Los transeúntes eran flacos y sucios con el tradicional pijama rayado, indumentaria que despoja al hombre de toda dignidad, y miraban con recelo mi cámara fotográfica. El fin de la calle parecía ser también el límite de la ciudad pues más allá había un terreno pedregoso y árido que se extendía a una distancia de varios kilómetros, hasta una parda cadena de montañas vaporosas. En una esquina había una mezquita destartada con un patio interior amurallado. Noté que todo mundo cruzaba la calle a la altura de la mezquita y al pasar yo junto a ella vi a dos gordos sacerdotes islamitas de pie junto al portón que me miraban con tal odio contenido en los ojos, que empecé a sentirme incómodo. Acababa de pasar cuando de pronto oí detrás del muro un grito de mujer agudo y sostenido, que terminó en un lamento lastimero, después del cual volvió a oírse un segundo grito y segundos después un tercero. Sentí un escalofrío y me detuve a escuchar, porque en esos gritos había angustia y dolor inhumanos y rebeldía contra algo horroroso, pero entonces llegó corriendo uno de los sacerdotes y con los puños apretados empezó a lanzar pestes en árabe contra mí y a empujarme de la calle. Los transeúntes se detuvieron y sentí instintivamente que la situación se volvía peligrosa. Sin dejar de maldecir y empujarme el

sacerdote me acompañó hasta cierto punto y allí se separó de mí con un último insulto, se dio media vuelta con indiferencia y regresó a la mezquita, después de lo cual los pasantes hicieron como si yo no existiera. Comprendí que había cometido una grave infracción contra un precepto que me era desconocido y que además tenía que ver algo con la religión.

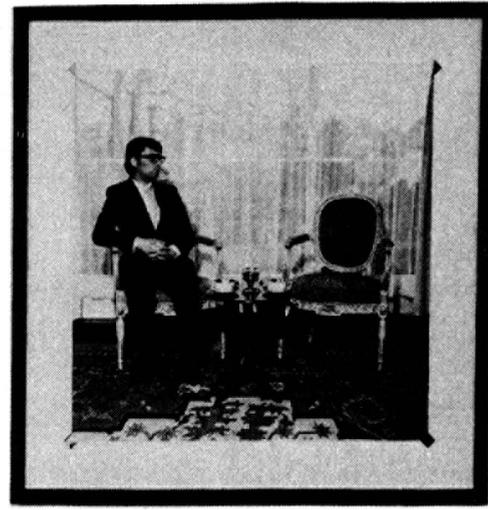
El asunto siguió intrigándome y decidí contárselo a François. François era el taxista al que yo mandaba llamar de preferencia para que me llevara del hotel a la ciudad. En tiempos del rey Faruk sus padres habían sido propietarios de la casa de modas más importante de El Cairo, pero después del ascenso del coronel Nasser el negocio fue naturalmente clausurado, François había gozado de una educación privilegiada en París, pues el francés era la lengua de la élite egipcia, élite que ahora vive en el extranjero o se empobrece bajo un régimen al que aborrece en silencio como a la peste. Por eso François tenía que ganarse la vida como chófer de taxi, lo que por otra parte hacía al estilo de un gran señor y con un desprecio total por los reglamentos del tráfico.

Cuando le relaté lo sucedido junto a la mezquita, se detuvo en medio de la agitación de la ciudad, volvió la cabeza y exclamó con los ojos llenos de fuego: 'ça, monsieur, c'est un des plus grands problèmes de toute l'Egypte! ...' y me invitó a ir esa noche a un bar para hablar tranquilamente del asunto.

Esa noche, Hugo, me enteré de una de esas cosas increíbles que de pronto ensanchan nuestra visión, pero que por supuesto son cuidadosamente omitidas en los folletos turísticos, los libros de historia y las fuentes de información oficiales. Comprobé una vez más que las religiones y los poderes establecidos en todas partes confabulan sistemáticamente para esclavizar a los pueblos en los campos en que de vez en cuando se tiene la posibilidad de ser uno mismo en tanto que individuo.

El problema se presenta con tal sencillez en su refinada abyección, que en pocas frases puede ser expuesto con toda claridad:

1. Con el propósito plausible de preservar su inocencia, toda



muchacha egipcia de más o menos nueve años de edad será circuncidada con un objeto afilado, es decir que por medio de una operación le cortarán el clítoris y parte de los tejidos que lo rodean, óyeme bien, sin anestesia. Dicha práctica puede juzgarse pintoresca o bárbara, pero eso no basta para explicar por qué a una mujer egipcia no le está permitido conocer el placer sexual durante toda su vida. Sin embargo, la religión nos suministra a este respecto, como siempre, una explicación satisfactoria. El prelado Hassam El Mamoun, el mufti de Egipto, el más autorizado intérprete de la ley, dice en efecto lo siguiente: "La secta de los Jafetas afirma que la circuncisión de la mujer es un *deber*, la secta de los Hanbalitas que es una *costumbre tradicional* grata a Alá. Esta opinión es compartida por los Hanefitas y los Malequitas. Se basan en un texto del Profeta, contenido en el 'Hadith de Omm Atheya', las costumbres anteriores a la existencia del Islam. El texto dice: 'No ejecutes el "Tanhaky" de manera demasiado radical, así es mejor para la mujer'. Puede afirmarse en consecuencia que la circuncisión de la mujer forma parte de las costumbres del Islam. Y el conocimiento perfecto corresponde sólo a Alá.

Estos Textos Sagrados suenan irritantemente académicos e inofensivos, pero por desgracia sus consecuencias lo son mucho menos, porque

2. Por esta operación, que sí es ejecutada radicalmente, las posibilidades de alcanzar un orgasmo se vuelven muy escasas, tanto más cuanto que la intervención, a menudo torpe, lesiona la mayoría de las veces el centro nervioso sumamente sensible que rodea al clítoris. Eventualmente y con el comercio sexual algunas mujeres pueden sentirse estimuladas vaginalmente, pero de esta manera el clímax se alcanza con mucho mayor lentitud que por medio del clítoris, si es que se alcanza.

3. El hachís tiene la propiedad de mantener el pene largo tiempo erecto, aun después de la eyaculación, de modo que en la mayoría de los casos el uso del hachís por el hombre es el único recurso que le queda a la mujer de alcanzar eventualmente el orgasmo.

4. El uso del hachís está legalmente prohibido en Egipto.

El aullido animal que aquel día de abril de 1965 se elevó en un lejano barrio del El Cairo era el grito de protesta de toda la humanidad contra la hipocresía de todas las religiones, anunciador de los alaridos de odio y venganza que se escaparán durante la Gran Rebelión, cuando las religiones y los sistemas que ellas han mantenido en pie por instinto de conservación, perecerán sangrientamente decapitadas, la única rebelión en la que aún puedo creer, pues sólo ella será capaz de liberar al hombre del estigma de incontables generaciones.

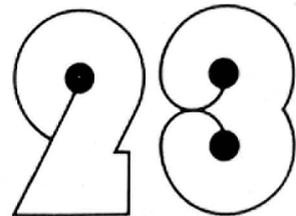
Gracias a un puro azar (el comentario malicioso de Mimoun, los gritos de angustia y dolor de las muchachitas en la apartada mezquita, la reveladora conversación con François) había yo

descubierto una perspectiva nueva en una cuestión que a nosotros, Hugo, siempre seguirá apasionándonos, quiero decir, la accidentada marcha del hombre hacia la libertad, la pureza y el conocimiento profundo.

Pero ya algunos años antes, en 1955, había sido, también por azar —del cual la vida parece consistir principalmente— testigo de una ceremonia en el Congo que en la lengua ngwandi se llama *Gazza*...

Debe haber sido en enero o a principios de febrero, porque recuerdo que el aire estaba seco y cargado de electricidad, la sabana agostada, los nervios tensos, periodo propicio para la violencia gratuita y la angustia astral. El pueblo en que me encontraba se llamaba Bili, pero ya no recuerdo exactamente el porqué de mi estancia. Las noches de la estación seca son frescas y las estrellas parecen en ese tiempo más cercanas que en otras ocasiones. Después de la cena iba a sentarme afuera en una silla plegable indígena junto a una fogata, principalmente para contemplar las flamas, poner más leña y de nuevo contemplar las flamas. Y una noche comenzó de pronto, sin que hubiera luna llena, a sonar el tam-tam. Eso en sí ya era poco común, pero el ritmo lo era aún menos. Primero unos golpes lentos, sordos y pesados, que se apresuraban hasta alcanzar un tiempo vertiginoso para luego disminuir otra vez y dilatarse, oleaje extremo y fascinante. Me quedé escuchando hasta que cantó 'el gallo que miente', o sea alrededor de las tres de la mañana. Al día siguiente pregunté en el pueblo qué significaba ese tam-tam, que aún no cesaba de resonar. *Gazza*, me respondieron cuando seguí insistiendo porque reaccionaron un tanto huraños, y también explicaron lo que quería decir, y cuando yo dije que me gustaría presenciar una ceremonia semejante, asintieron molestos, pero prometieron avisarme, uno o dos días más tarde, cuándo exactamente, no lo sabían, pero de seguro no sería en la noche.

La *Gazza* es una danza mágica ejecutada por muchachas jovencitas bajo el efecto de estimulantes que las ponen en trance. Sin comer ni beber, danzan día y noche sin un solo momento de descanso, y cuando lleno de curiosidad acudí a Gburutu, el pueblo donde se bailaba, vi que allí sobre una especie de pista de baile de barro apisonado detrás de las chozas había ocho muchachas de más o menos diez años que estaban pateando frenéticamente mientras bajo un colgadizo dos negros tocaban el tam-tam bañados en sudor. Las muchachas estaban desnudas salvo un pequeño triángulo de cuentas rojas, llevaban cuentas en el pelo, e hilos de cuentas les ceñían muñecas y tobillos, las muchachas pateaban con los ojos cerrados, el mentón levantado, los brazos estrechamente pegados al cuerpo, habían sido frotadas con aceite, los pechitos, la cara, el abdomen y los muslos perlados de sudor. Yo miraba fascinado el ritmo de la danza, que seguía escrupulosamente el del tam-tam. En la fase lenta las muchachas contoneaban las





Constant

caderas, movimientos de lascivia carentes de lascivia, hacían pensar en algas marinas en agua quieta, pero al aumentar la velocidad del tam-tam unos compases después, se soltaba de pronto el resorte con que se les daba cuerda a las muñecas y los pequeños pies empezaban a batir sobre el piso de barro como palillos de tambor sobre un cuero tenso. De vez en cuando una muchacha abría los ojos pero su mirada era vacía como la de una culebra, atravesaba todas las cosas sin verlas, los músculos de las piernas funcionando frenéticamente, el resto del cuerpo estaba como tieso, el sudor fluía de sus pechos, respiraban jadeantes.

La *Gazza* había durado tres días y dos noches y entonces el tam-tam se calló. Media hora más tarde vino un negro a avisar que había llegado el momento. Salí para Gburutu. Delante de una choza habían construido un colgadizo provisional con palos y hierbas de la sabana, en el suelo había una estera de juncos, sobre la estera sentado un negro de pelo cano, llevaba puesto sólo un taparrabo, era repugnante. Estaba rodeado de cuatro viejas sentadas formando un medio círculo, tan arrugadas como el negro y con la piel sobre los huesos. Nadie me miró y el negro que me había hecho venir hizo un ademán de que debía esperar. Entonces se levantó una de las viejas y entró en la choza. Salió de allí trayendo a una muchacha de la mano. Era una de las muchachas a las que yo había visto bailando, la reconocí, pero ahora andaba tambaleándose como si estuviera borracha, lo blanco de los ojos enrojecido, por su boca pude ver que tenía mucha sed. Luego la acostaron boca arriba sobre la estera, una vieja se acurrucó a su izquierda y otra a su derecha, después el negro viejo tomó algo, era un pedazo de hierro afilado en punta, le abrieron las piernas a la muchacha, una mujer mantuvo una pierna y un brazo apretados contra el suelo, otra mujer la otra pierna y el otro brazo, la muchacha era bonita, tenía muslos esbeltos, piernas delgadas, los piecitos bien formados, y el negro viejo se sentó en el suelo acurrucándose como un mono, con dos dedos de una mano abrió la vulva de la muchacha, con la otra, la que tenía asido el pedazo de hierro, comenzó a cortar dando pequeños tirones y a cada tirón el cuerpo de la muchacha se estiraba un poco más, hasta formar un arco a varios centímetros del suelo, y cuando la sangre comenzó a manar, la muchacha orinó un poquito y cuando el viejo negro arrojó sobre la estera un sangriento pedazo de carne vi que de entre las nalgas de la muchacha empezaba a brotar lentamente algo de color café mostaza.

Durante este asesinato ritual la muchacha no había producido el menor ruido, ni siquiera en la última fase, cuando sola y vergonzosa hizo lo que más tarde, en una soledad diferente, habría de llevar a cabo una vez más.

Afectuosamente,
Jef.

POESIA

NEERLANDESA

Bert Schierbeek

ENTRADA Y SALIDA

... entonces pensé, tal vez esto es entrada y salida, un corredor que sobre blanco empiezo ... y vuelvo a salir en color ... tal vez esto es así y entonces van las formas que yo no dibujo a llevar en su propio color una vida propia y yo mismo entre ellas también y todos los otros que lo miren, de modo que yo y ellas también y nosotros juntos así entramos y salimos, color tras color atravesando formas y voy a pensar humanamente en formas humanas, en hombres y mujeres que entran y salen tanto unos en los otros como unos de los otros ... muy bien podría ser ... que llegara a pensarlo bien podría ser y lo he pensado ya porque las formas me precedieron naturalmente ... las descubrí porque allí estaban ... el velo de Maya ... y Maya es demasiado hermosa para no ver sus formas de verdad.

amigo
sucede a veces
que las vemos
en toda la celeste esfera
de nuestro rostro
y que nos espantamos
porque vemos
que se caen
(y cómo entonces colocarlas
para no hablar de colores)
y:
¿cómo lograr reacomodarlas?

dice uno:

en cuanto
quiero hacer
algo bueno
a un
gatito
he de tragarme
otro
arañazo

dice el otro: empínalo, naturalmente
ay amigo
sucede a veces
cáense
y es todo redondo
y ya sabemos
que está redondo
junto a la flecha
que modifica el tránsito
eso sí
y captámoslo todo

en algo más que en las formas
y colores que
suponemos y conocemos
y hacemos
mas por fortuna
todavía respira
(¿qué?)
y el movimiento vemos
(a veces no)
y si éste vemos
(alto entrando y bajo saliendo)
el oleaje
(de yo qué sé dónde)
el paisaje
(y a veces una mano
un ojo y asimismo
lo que oyes)

¿qué huelo?

una colina
(o dos)
una unidad ratonil
(la cantidad de veneno
de la que muere un ratón)
el croar y el mal
orar en un arroyo
(lecho)
que fluye y se
escinde en colores
(y chillones)
una colina pues
(de cabeza)
o al revés
en todo caso
(como quiera que sea)
hecha visible
tanto dentro
como fuera

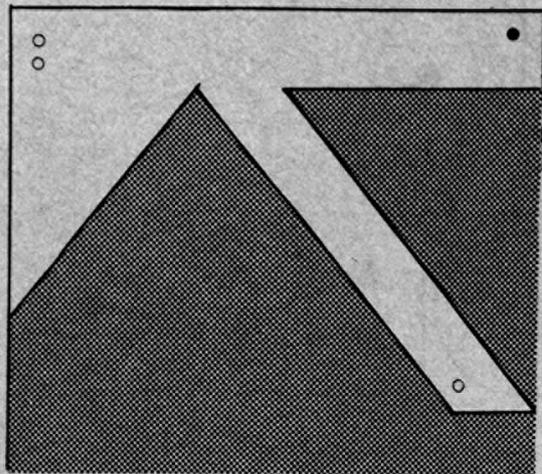
¿cuál es amigos:

el cálculo de las probabilidades
de la fantasía acerca de la
imagen por hacer?

dice alguien:

las sábanas se planchan según la forma
del cuerpo, los cuerpos que en ellas
deben yacer
(no necesariamente quietos)

BERT SCHIERBEEK (1918). Perteneció como poeta al grupo de los "Experimentales", pero es considerado como un experimentalista independiente y ha publicado numerosas novelas que no encajan en ninguna de las corrientes literarias holandesas. Algunas obras suyas son: *El libro yo* (novela, 1951), *La figura de la voz* (novela, 1957), *Un animalote muerto* (teatro, 1963), *La puerta* (poesía, 1972). El poema publicado aquí proviene de su último libro de poesía, *Entrada y salida* (1974).



formas de transición pues
para el tráfico interno y externo
para los portadores de hoyos
los términos y cotos
las hojas exteriores

y después
simplemente regresar al país
del que partí
(para ver cosas diferentes)
y vi lo mismo
o sea:

lo que en el país de origen
aún no veía, porque nada diferente
había visto
eso sí

digamos:

el mundo de trabajo y de morada
y el mundo que tú haces
al caer de tus manos y tus ojos
los colores y formas
y llenarte las manos y los ojos
repicar de la boca y las orejas
en los pies que se hallan ante el
caballete la plana superficie bajo
manos, boca, orejas y ojos
y repican aquéllos y
ven lo que tú oyes las estrellas
repican y las líneas y
soles y hombres . . .

se acercan
se acercan mutuamente y
entran y salen
unos en y de otros
y llenan el espacio de unos
raros escuchas en las manos
mis ojos

una constelación

(¿cuál?)
(¿mi carencia?)
(¿esto produce?)
¿mis manos?
¿mi boca que habla?
¿mi oreja que ve?

Rutger Kopland

CONVERSACIONES

I / SOBRE LOS SECRETOS DE LA VIDA

Claro que tú también tienes tus secretos,
dijo él. Qué podía decir yo, toda
respuesta era verdad y mentira. Pero
si yo había intentado compartir secretos
hacía poco con él. Lo que no pude decir
se sentía.

Podemos compararlo, para no ir tan lejos,
con la conversación en nuestra huerta
entre dos sillas de lona vacías.

II / SOBRE LO ABSURDO DE LA VIDA

No te parece que es absurda la vida,
dijo él. Crujía la grava bajo
nuestros pies. En vez de darle
gusto, uno podía ver que el invierno
se iba. Qué quieres decir, dije.
Quería decir absurda. Brillaba
el sol y el reluciente estanque
apestaba otra vez de inmunda
vida en movimiento. Por qué ponerme
triste o enojarme si no se me
comprende, tampoco yo podía entenderle
siempre.

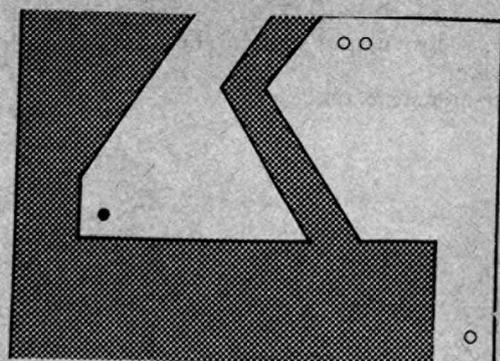
III / SOBRE LO FINITO DE LA VIDA

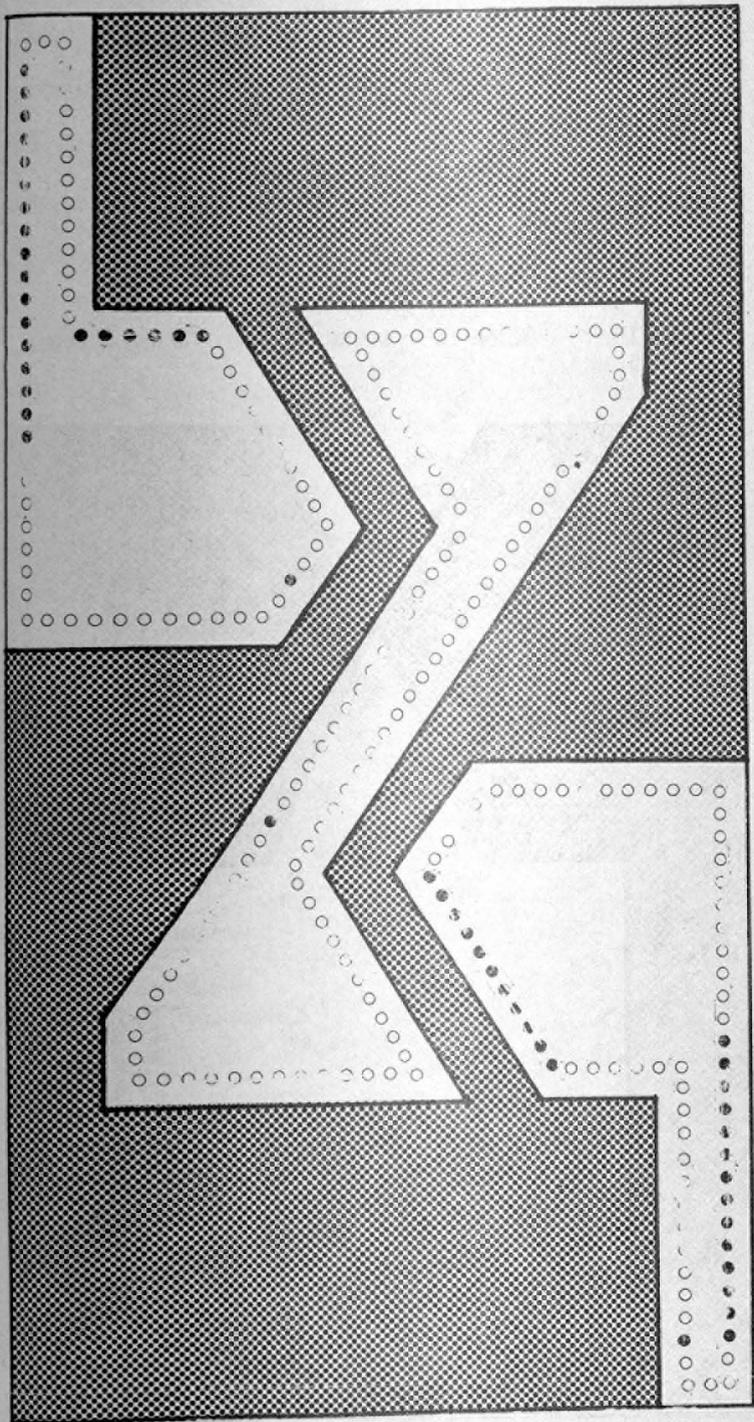
Pero claro que también volví a ver
a un amigo así que un día quiso
profundizar, hora de afluencia
en una terraza céntrica de la ciudad,
bonito tiempo, aún queda mucho
por hacer a mis años, bien mirado
esto. Pronto ya no estaré,
pensé, sobre lo mucho haber hablado y
poco visto, probado,
hecho. Esto me lo callé.

IV / QUEDA AUN POR HABLAR

Yo meditaba aún en sus palabras:
los versos le son dados al poeta,
cuando él volvía ya a morder el cigarro.

RUTGER KOPLAND (seudónimo de R.H. Van den Hoofdakker)
Nació en Goor, en 1934. Actualmente efectúa, en calidad de psiquiatra,
investigaciones científicas en la Universidad de Groninga; aparte de un
libro de ensayos, ha publicado los siguientes volúmenes de poesía:
Entre el ganado (1966), *El organillo de Yesterday* (1968), *Todo en
bicicleta* (1969) y *El que encuentra, mal buscó* (1972). De su segundo
volumen provienen sus "Conversaciones".





Nunca se me ha ocurrido, pero sí que a veces brota una extraña suerte de emoción para la que busco palabras. Así, hace ya semanas me acompaña la imagen de B, su rostro serio en el capuchón, el sandwich en la bolsa, camino de la primera clase. Ninguna palabra me fue dada. Al contrario. Doy por una mejor cada palabra.

V / NO HAY ESPERANZA

No, no hay esperanza, ésta alza el vuelo de nuevo cuando, tomando una copa, en la hora de la verdad oye uno a G opinar que el poeta no sabe lo que hace. Ah, pues. Ahora bien, digo, reses en la ventana pacen, las cosas en el cuarto fieles me asisten, calma paz, digo, G carajos, muéstrame los lugares de ese maldito papel donde suceden esos prodigios, yo nunca los he visto y ahora estoy aquí bien cerca.

Hans Faverey

MAN & DOLPHIN*/HOMBRE & DELFIN

Ball; say: ball.*

(Bola; di: bola).
Que digas 'bola'.
Delfín, di bola.
B/o/1/a: bola. He,

delfín, di 'bola' pues.

Que digas 'bola',

delfín. He, delfín:
'bola'. Di pues:
bola. (Ball; say: ball).*
Bola; di bola.
Di bola. B/o/1/a.

Di pues. (Say).*

HANS FAVEREY (Paramaribo, 1933). Su primer libro, *Poemas*, publicado en 1969, le valió el Premio de Poesía de Amsterdam. Su segundo libro, *Poemas 2*, fue publicado en 1972 y de él proviene el poema "Man & Dolphin/Hombre & Delfín".

B/o/1/a. Bola. He:
que digas bola.
Ball;* bola, Delfín,
di bola: 'bola'. Di
bola. (Ball).* Delfín: 'bola'.

Di 'bola' pues, delfín.

He, delfín: di
bola. Bola: b/o/1/a.
'Bola'; di: bola.
Que digas 'bola'.

(Ball; say: ball).*

Ball;* bola. Que.
Di; digas.
'Bola'. (Say).* Di:
(ball).* B/o/1/a. Di
pues. He, delfín.

Bola, delfín. Bola. 'Bola'. (Bola).

* Nota del traductor: En inglés en el original.

Gerrit Kouwenaar

INSTANTANEA DE UN PUNTO MUERTO

Definitiva mínima certeza
presa casual de estos sentidos

sin sentido

delectación en la forma

de la forma

de una ventana

detrás la forma

de una cima

adorable

lo fue

posteriormente

en seguida otra vez este regusto ya de años

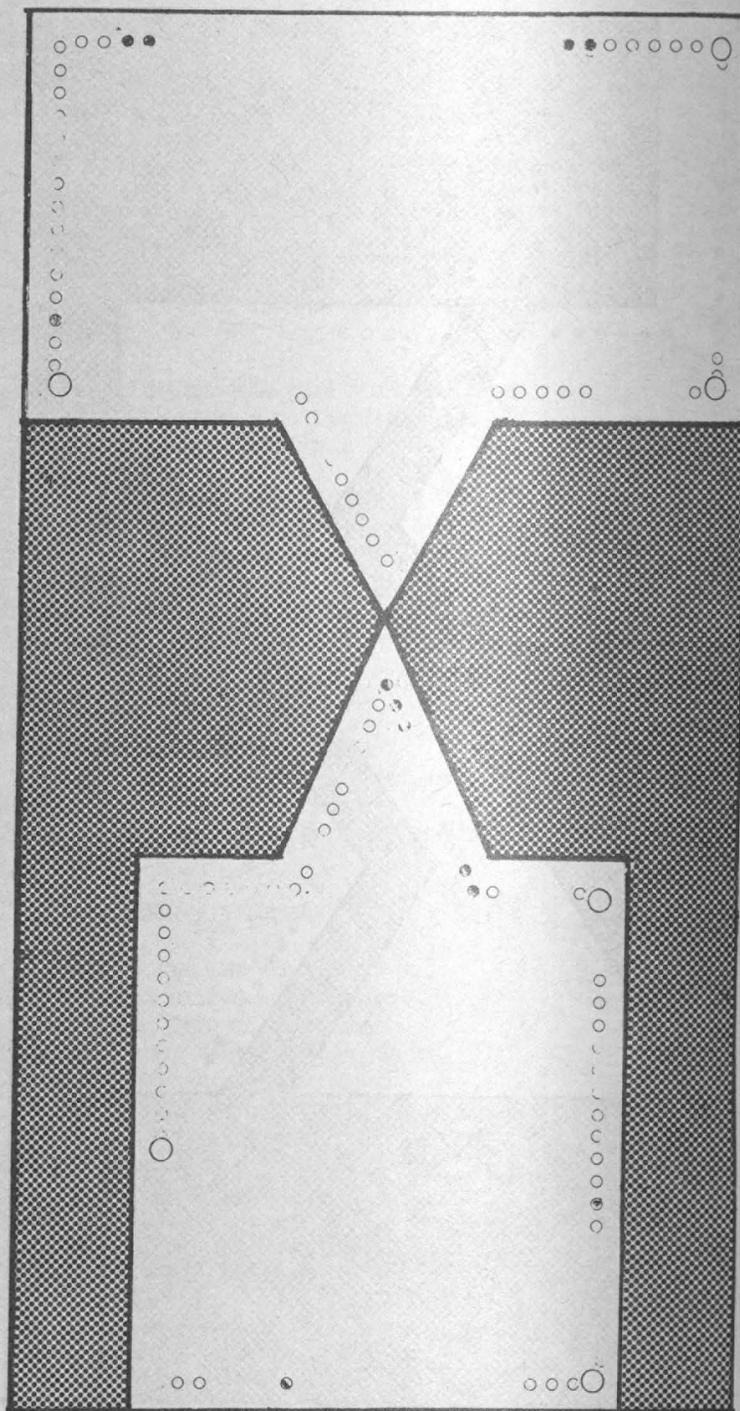
entre tanto

el perro muerto el pelo cano la mano débil

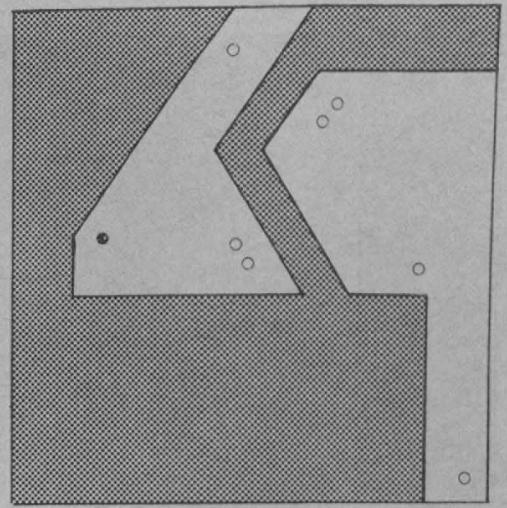
sabor

de una ya inalcanzable

'madreselva' silvestre



GERRIT KOUWENAAR (Amsterdam, 1923). Ha recibido el Premio Jan Campert de La Haya, el Premio de Poesía de Amsterdam y, en 1971, el Premio P. C. Hooft (premio nacional de literatura). Ha publicado libros de poesía y de prosa, así como traducciones de piezas de teatro. Entre sus libros de poesía se cuentan: *Detrás de una palabra* (1953), *El mapa impenetrable* (1957), *Autopsia/anónimo* (1965), *100 poemas* (1969), *data/décors* (1971). De este último volumen proviene el poema incluido.



palabras aún demasiado óvulo
 como la sangre
 la cortadura
 en el dedo
 después entre tanto comenzado
 furtivamente
 porque aún es de día
 insensata blancura
 en pedazos
 en esta hora del trago que se traga las horas
 de por vida
 milenarias voces infantiles
 intermitentes
 intermitentes llegan por sobre
 el caserío bajo y neblinoso
 por las tardes más claro
 por las tardes completo
 belleza
 que embellece
 ahora en acato
 a cierta ley natural que lo proscribe
 apagándose
 muerte
 callada
 impronunciada
 impronunciada lejanía
 lejanía no más
 mensurable en epílogo
 diez
 años aún incluso once
 incluso
 este ya de antemano
 recordado día siguiente
 ya no
 digerible
 en áspic conservable
 noche
 que enmudece
 mitad
 de la manzana pelada
 el cuchillo con filo
 esta
 certeza que ya se angosta
 uno sentado aquí
 punto inicial del acecho
 sentado aquí

algo es
 delgado como una membrana más delgado
 sentado aquí
 ve
 en el calor exiguo el cartero
 el cartero que avanza
 el cartero que avanza con cartas
 el cartero que avanza con cartas en la mano
 fantasías en los dedos
 después
 se puso frío
 uno se fue
 puertas adentro
 con un tic tac
 que no cesa

Lucebert

LO QUE EL OJO PINTA

el ojo ebrio él es tenaz y fuerte para la cabeza del hombre
 su mirada atraviesa la máscara antigas del espanto
 el pan de sal de su horizonte nutricio

el ojo liviano llora colores pega flores
 sobre el perfil perdido del enfermo
 la almohada está mojada de colores de ondulantes acuáticas
 aves

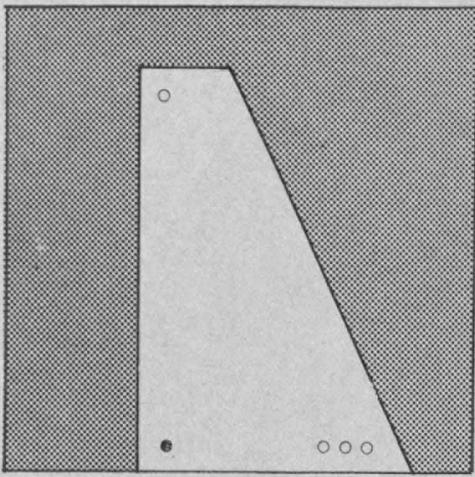
y chillan las nubes como cerdos en la sangre del mar
 y el gran herido, el duende del sueño, el aguador
 escupe plomo y óleos en toda la escalera espiral de la luz

cuando la realidad se desata
 en un ojo repleto de collages y sucedáneos
 basta un solo material pictórico para que grupos enteros
 de esculturas
 muchos arquitectos con arquímedes y las cinco cuerdas en sus
 sacos de charlatanes
 y montones de guías corrientes, entrometidos y todos los
 grandes *verständiger* con sus narices en tirabuzón
 sean borrados

conforme el ojo más y mejor ve
 más se abigarra el caleidoscopio carnívoro
 la luz es más y más zumo de vida el beso del sol
 un soplete en manos de un buzo sobre el fondo del mar

LUCEBERT (Seudónimo de Lubertus Jacobus van Swaanswijk) (Amsterdam, 1924). Célebre poeta y pintor. Recibió en 1967 el Premio P. C. Hooft (premio nacional de literatura). En los últimos años se ha dedicado especialmente a la pintura. Algunos de sus libros: *Triángulos en la jungla/Animales de la democracia* (1951), *Apócrifo* (1952) (del que proviene "Con volcanes de hielo oh noruega en el

aire"), *Trampa para el dios de las moscas* (1959) (de donde provienen sus "Epigramas japoneses"), *Vista y otras curiosidades* (1963) (que incluye "Lo que el ojo pinta"), *Poemas 1948-1963* (1965). Y *mañana el mundo entero* (1972). El poema "Defensa de los experimentales" fue publicado originalmente en la revista "Cobra" Núm. 4.



cada ojo es una chinche en la enorme alhambra del sueño
y es también un huevo de pavo lleno de incobrables reales
de oro

en cada mano cuerda hay además trenzado un ojo
con que las manos pueden planear invisibles cuerpos y
hacerlos realidad

el ojo de un amante es una mitra en la cabeza de un blasfemo
ojo que derrama peñas blandas en la ciénaga
que cerca totalmente una ciudad llena de ciegos
el ojo del amante existe para la salvación de los ciegos

EPIGRAMAS JAPONESES

1 / Sazón

el calor sopla
párpados doquier
el fruto ciego despierta

2 / Mona

entre la tarde y la noche
muchísima ginebra

bajo la luna alta
asoma el duende tras boscajes húmedos
y tose

4 / Deriva

la lluvia mueve la hoja
la borrachera mi lengua

5 / Sitio

duermo: casa de mi confianza
despierto: ignorar dónde fue mi estancia

6 / Preocupación

mi dios ha muerto
quién me librerá

las ranas croac croac
los relojes tic tac

8 / Otoño

los niños fuera
mutilan el silencio

oh amadas cicatrices

CON VOLCANES DE HIELO OH NORUEGA EN EL AIRE

con volcanes de hielo oh noruega en el aire
y también del sol cueva también sobradamente
feliz con perspectiva el soñador camina...
así, lámparas muchas veces, *nubies* aparece
campestre el señor escruta y borra
con esbeltas esponjas a la luna...
negro, un color incognoscible

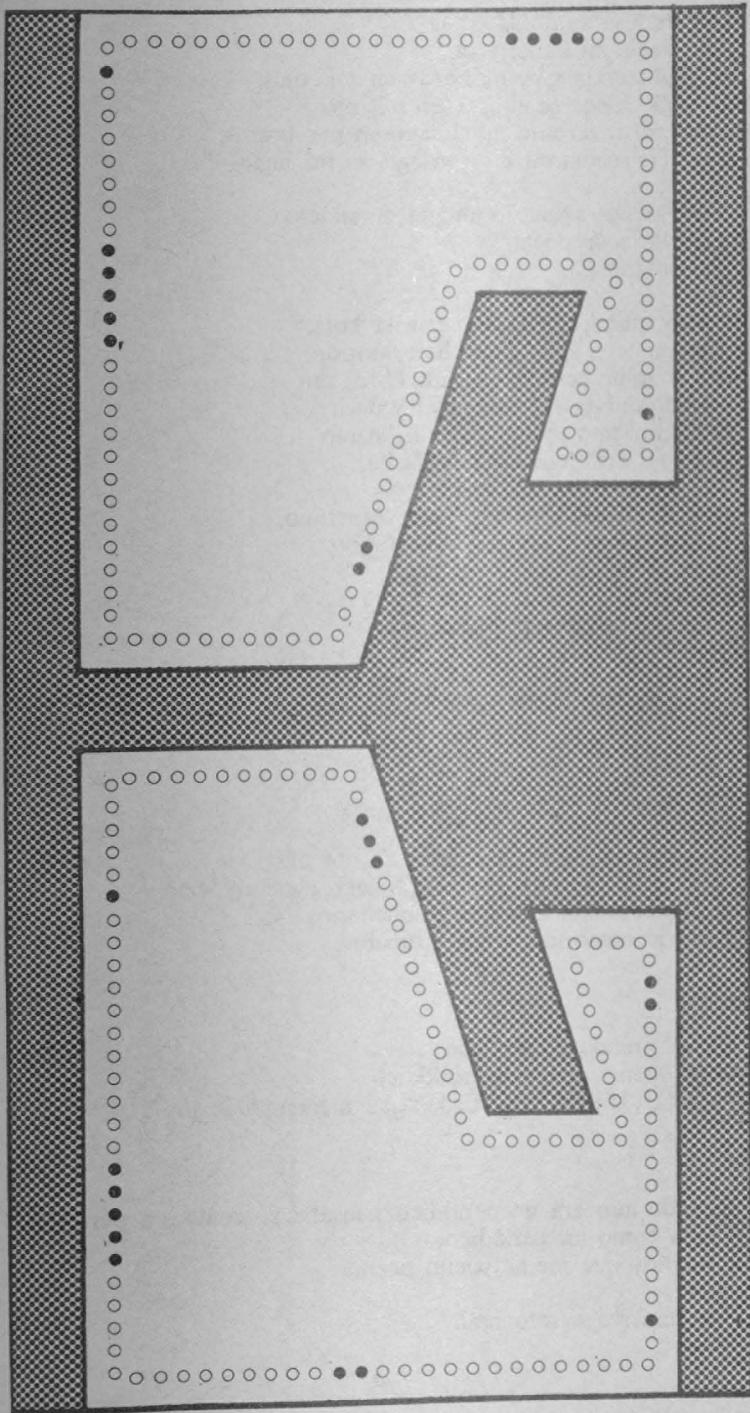
porfiados atraviesan los suyos la ciudad
y el hombre es azar
cae
en batalla
como la virgen en vacaciones
el feminista se tiende
según la ley
bebe él limón en silueta
sobre el... exprimido

mas las ciudades danzantes orientales donde
mongol el credo
y allí donde asimismo está
crujiente austero el hielo de la ciencia
y con gracia, hace suelas la ley
pues bucal como el pecado
él camina llamando, como el camino
iguales son los caminos
o sea:
venenosos

DEFENSA DE LOS EXPERIMENTALES

camaradas, en nuestra lengua conjetural escritos
van a menudo nuestros versos demasiado cargados de
experiencia

si fuéramos en europa los chinos,
si holanda fuera un rosado jardín de cerezos
sería sencilla entonces nuestra poesía,
sería una tacita de té con pétalos de rosa.



pero en holanda hay un hogar: en él habitan
miedos a piojos, ladrones, y a consejos soviéticos;
en él hijas robustas habitan, fornidos hijos
que con un dios pelón en el rellano
—mientras truenan su radio los vecinos—
evaporados en el *swing* y *sweet*, células son y luego son
simientes.

la cultura holandesa está hueca de plenitudes,
la vida en comisión no tan sólo corriente, bendición además
las cosas propias las propias almas son burdeles,
de modo que el placer con una extraña en cama,
trocado al día siguiente en versos pulcros,
suenen no como un grano, crujan como las ropas en los
internados.

vosotras literatas, vosotros literatos,
vosotros que en mansiones escudriñáis los hechos,
Dada yo digo de placer y carencia,
cuando a rimbaud leéis a blake o a beaudelaire,
oíd, que en nuestros versos campea su santo espíritu:
besar bajo vuestros sonetos y baladas el pelado culo del arte.

vosotros, a vosotros os lleva el alto a lo alto
y con siete pañales penetra vuestro espíritu en baños de sudor,
en ese purgatorio de las vidas de escándalo no hace mucho
descritas.

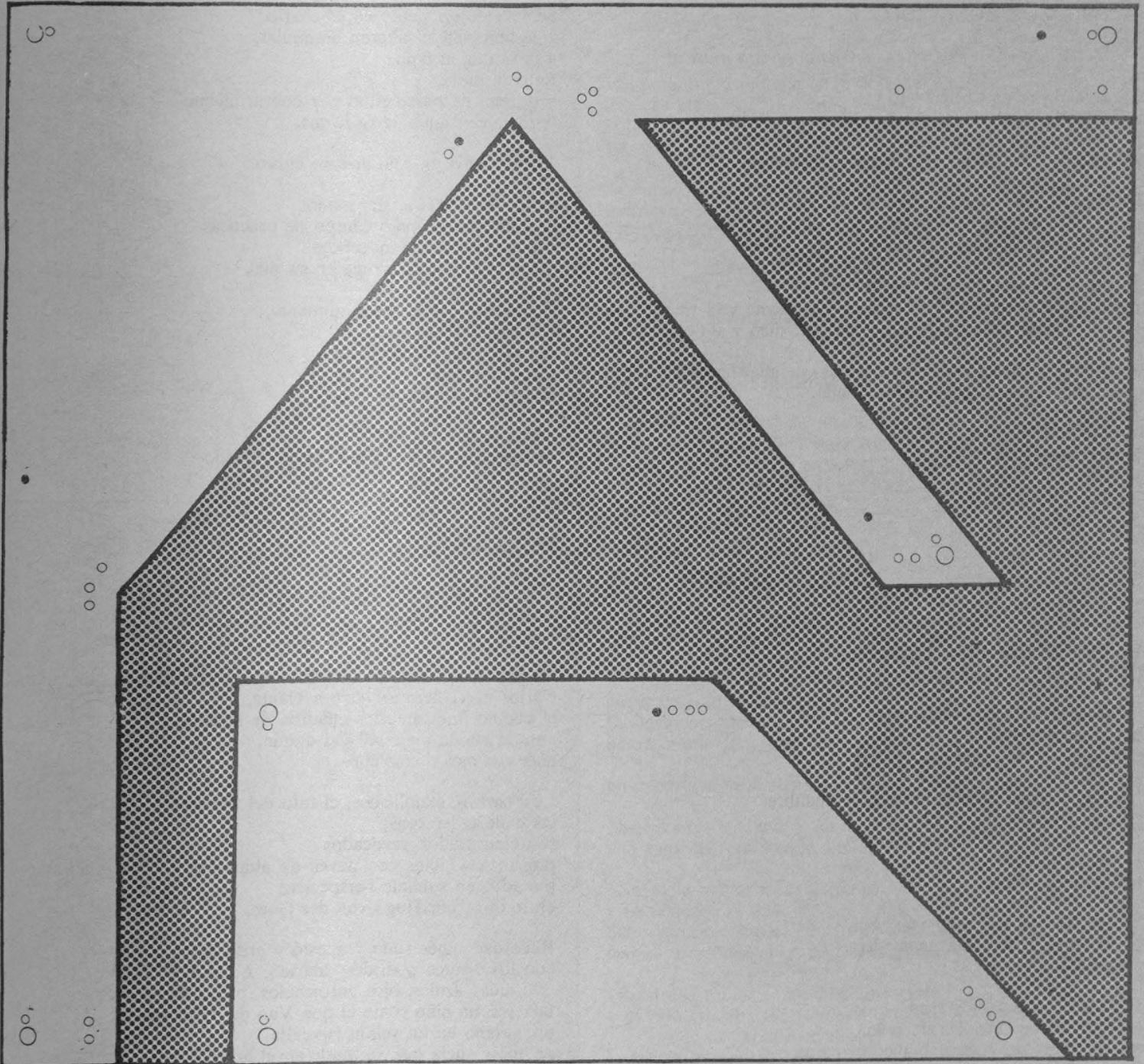
¿también vuestras manos sufren de mordidas nocturnas,
y también vuestras nalgas por los pétreos peldaños en la noche
glacial,
saborean vuestros labios frutillas venenosas en las verdes hojas
de los diarios?

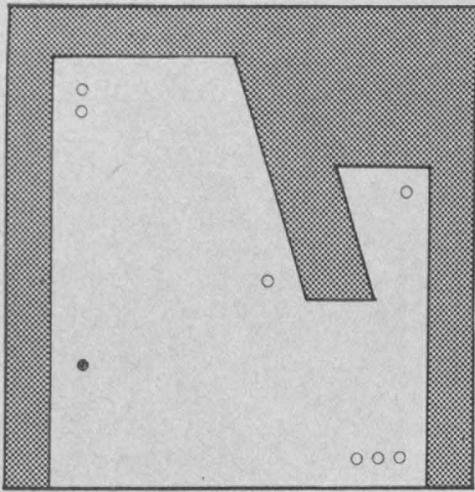
pues en las verdes hojas de los diarios pululan
muchachas de *nightclub* larvas artísticas, ademanes enfermos,
flácidos espermatozoides de vuestros profetas y pontífices,
gozáis vosotros sobre todo con estos parásitos,
vosotros y vuestras liendres sobre la bestia,
la bestia de muchachas de *nightclub* y justo entre los rizados
vellos púbicos.

no murmuréis que comemos basura viva,
siglos ha que vosotros y nosotros pregonamos basura de las
grietas

de las seguridades y además, así no eclipsáis el mal.
digamos: tragostina, limousina, lesbiana y el capital,
digamos: komintern y jerusalén y cadaveral,
pronto todo eso os pudrirá y embadurnará y entonces —qué
carajos— sin cuartel.

no murmuréis, aunque vosotros seais los progresistas,





EL SOLDADO CONOCIDO

Canción para revista musical

Un soldado es un abrigo
 Un soldado es el viento de guardia en un abrigo
 El viento es un oficial lindamente ataviado
 El viento es un oficial enmascarado en plata

Un árbol padece a veces bajo su propia tormenta
 un hombre padece bajo su cabeza
 y bajo tanta lluvia un gendarme

que se disuelve

Hay tres elementos: pez, viento, fuego
 Hay tres antielementos: un soldado, un agente y el viento
 Hay tres suplementos: el viento, un periódico y un oficial

Pero no hay diferencia entre el viento de guardia en un abrigo
 y un soldado de guardia en un oficial.

Ambos son viento.
 Ambos son oficiales
 ambos suboficiales.

Ambos son viento.



EN EL CENTRO

Un hombre esta noche. Un hombre.
 Con una chaqueta de marfil.

Salió de una tiniebla niquelada
 un solapado espejo
 un vidrio de hacia ninguna parte.

Yo me volví un saco pulmonar de alumbre.

La cabeza le ví. Tenía su frente
 lo fluido, la luz
 la figura del agua.

En el salón yo me volví una vena
 presa en una sustancia de madera,
 sin dentadura.

Sus ojos eran

los ojos de un congolés de palo.
 Yo me volví un gusano blanco de carne.

Se levantó un viento en el cuarto,
 a la bombilla le salieron branquias,
 a la estufa, al tapiz;
 flotó la mesa,
 y el reloj de pared silbó por cobrar aliento
 para la constante de su forma.

Yo me volví un rojo gusano curvo.

Libre reptó. Mira, sus manos
 se volvieron de paso campo de prácticas
 y éstas cerrándose en reflejo
 me volvieron una arruga en su piel.

Y me movía allí, sin sentimiento,
 sin sueños y sin ojos,
 tan sólo piel, en una dicha
 que era sangre,
 una dicha de sangre.

Hasta la aurora
 una secreta pulsación me fue empujando

Hugo Claus

LA ENFERMEDAD DE VAN DER GOES

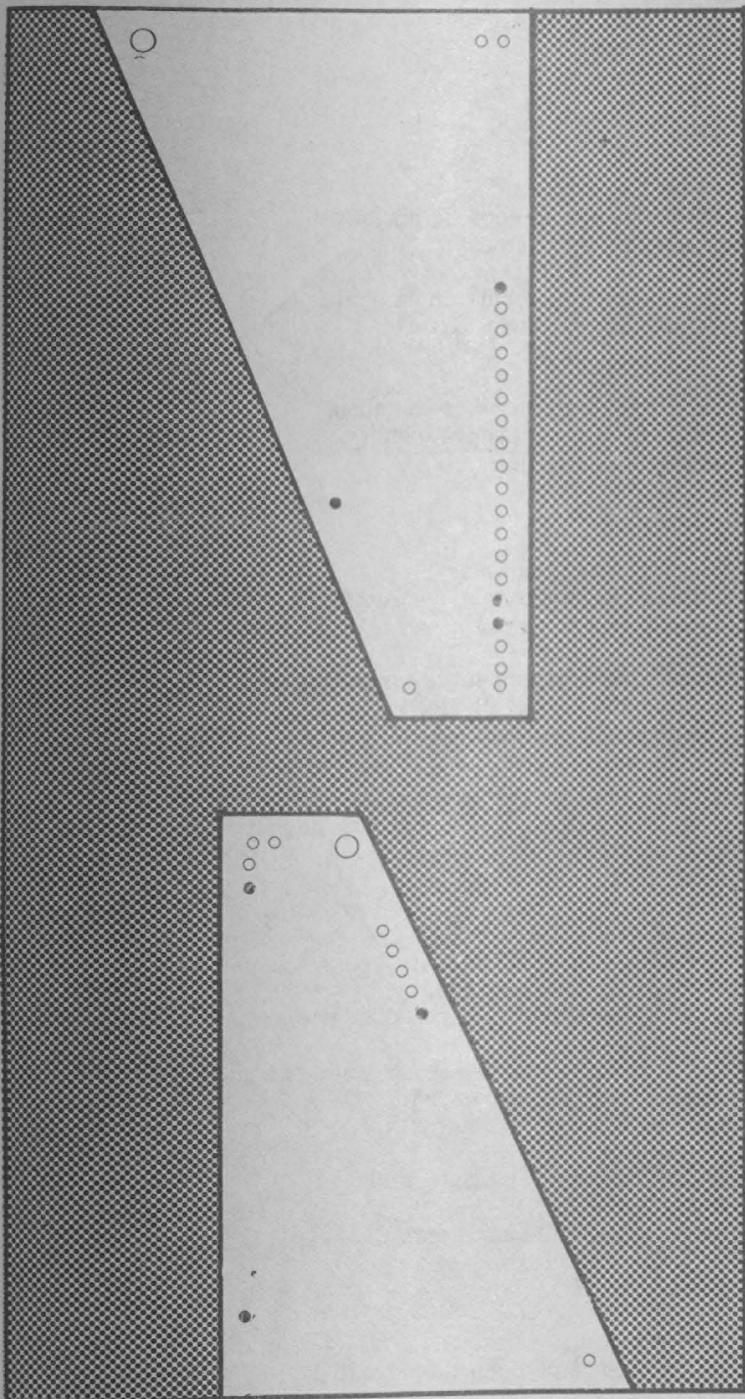
I

Magistrados, soldados, ciudad empavesada, enramado cadalso,
 Carlos el Temerario viene a Gante,
 el pueblo llora ante los cuadros de la Pasión,
 ante la herida majestad del duque,
 ante sus ojos dominantes.

Los barrios malolientes, el tufo del "común",
 las callejas leprosas,
 son clausurados, revocados
 por anchas tablas con naves de altares, jardines florecidos,
 pintados en sublime perspectiva
 entre otros por Hugo van der Goes.

Recordad quién sudó y apesó y gritó por su padre—
 con los dientes podridos, alarido, *Eli, Eli,*
 uñas azules, ojos enrojecidos, babeante, —él fue
 una vez un niño como el que Van der Goes ideó:
 un gusano en un vellón envuelto,
 en nieve sucia que se funde en el heno

HUGO CLAUS (1929). Su vastísima obra incluye libros de poesía, novelas, piezas de teatro, ensayos y guiones para cine. Traductor de Dylan Thomas y otros autores. Ha recibido varias veces el Premio Nacional Belga de Literatura. Algunos de sus libros son: *Registrar* (poesía, 1948), *Días de perro* (novela, 1952), *Una novia en la mañana* (teatro, 1958), *Azúcar* (teatro, 1958) y *Viernes* (teatro, 1969). El poema incluido aquí proviene de su libro. *Señor Jabalí* (1970).



(y detrás de miseria bailando entre
las vacas: tejedores, labradores, peones).

Desde el suelo ilumina al santo niño
una candileja.
Sobre los infames misterios que a la peste encubren
sobre las inexplicables
las intolerables visiones de antaño
que nos van empujando hacia el Juicio Final
levanta el telón el buen donador.
(Nacimiento y muerte: teatro)

II

Yo he dorado los álamos,
dibujado pendones de estaño para la comitiva ducal
y pintado una tabla
con una ballena engullendo soldados del mar.

Después, por 1480: un retablo con figuras
de la Trinidad, de Sir Eward Buncle,
Jacobo III y un beato barbado,
y abajo, vestido de su fría plegaria,
el hijo del rey.

(Recordad mejor: encima del rostro
en avanzada agonía de mi madre
el cura que en cucullas aúlla y ruega.)

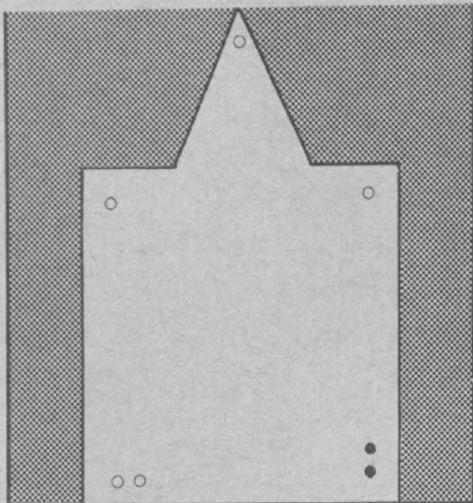
III

Mi vida: un campo de banderas, cánticos,
cortinajes, tiestos mojados.
O digamos: por médanos y prados
pasando por donadores buenos y ricos: Hippolytus Bertos y su
esposa,
un carro que va andando, tan lejos, tanto tiempo.

(Los condes y Gante y las luchas que van de padre a hijos:
una comedia, una herida.)

(No sé la mayoría de las cosas
y no conozco ni una.
Salvo quizás cómo el conejo de mirada vacía
devora a sus pequeños de fulgor azulado.)

(Recordad mejor cómo el duque casto
a galope cruzaba sus ciudades en llamas
—con la barba incendiada—
la guerra entonces era igualmente un teatro,



casi todas las cosas se incendiaron
excepto las iglesias y los formularios de impuestos.)

Mi vida: el nacimiento de Dios visto desde tras bastidores,
la función duró poco, su memoria no acaba,
y una vez, en el invernadero de Carlos el Temerario,
una hiena.

IV,

—“El fraile pintaba con tal ingenio a sus bienhechores
que nuestro prior le permitía múltiple favor mundano.”

Poco a poco me vuelvo un estremecimiento de brocado,
entre corales, almenas, prelados,
una rueda volante en medio del aparato.

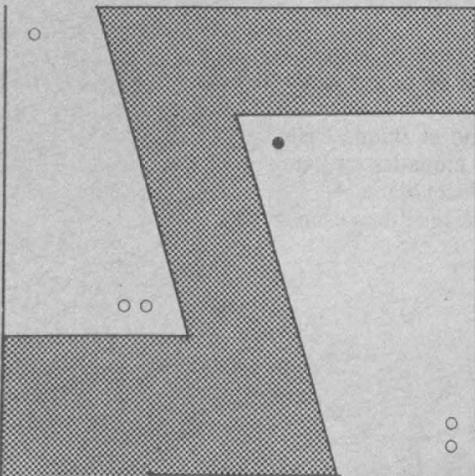
Y de pronto ya no sonreía el niño
que yo tracé sobre la paja, un plano mate.

De día la inmaculada virgen
me monta, ya no hablo,
dibujo el pelo húmedo de aquél
que suda y hiede en el jardín de olivos
y por su padre grita
que más arriba en el cuadro
los animales pluricelulares, sus criaturas,
elimina sonriente a bendiciones.

V

Peones y sembradores fuera.
Yo, que quise imponeros a todos
el pregón del avefria,
no he visto nunca el mar,
sólo la sombra de una ballena
pintada entre un par de soldados.

—“Dios lo mortificó en su cuerpo
y espíritu. Así lo comprendió, se fue de nuestra mesa
y comió desde entonces con los legos.”



Hans Verhagen

AUTORRETRATO

1

Padre blanco radiante
en una zumbante nube de abejorros
descendido a la tierra.

Querida madre tendida en la hierba,
incendiada de botones de oro;
casamatas.

Yo canto como los niños cantaban,
bombas, bombas, buenas bombas,
descendidas a la tierra.

2

Con claro viento de mar
limpiaste la impureza y aguardaste,
jugando por tu sonrisa otra vez esos labios.

Mas yo me escabullí sobre las puntas
de las pantuflas del olvido,
dejando un hoyo para las ratas, hoy un estanque.

Tú eres libre,
y yo no tengo enemigos en el mes de mayo
sino yo mismo.

3

Temeroso de incendiarme
en el fuego he penetrado,
lo único que puedo yo incendiar, hoy un hombre.

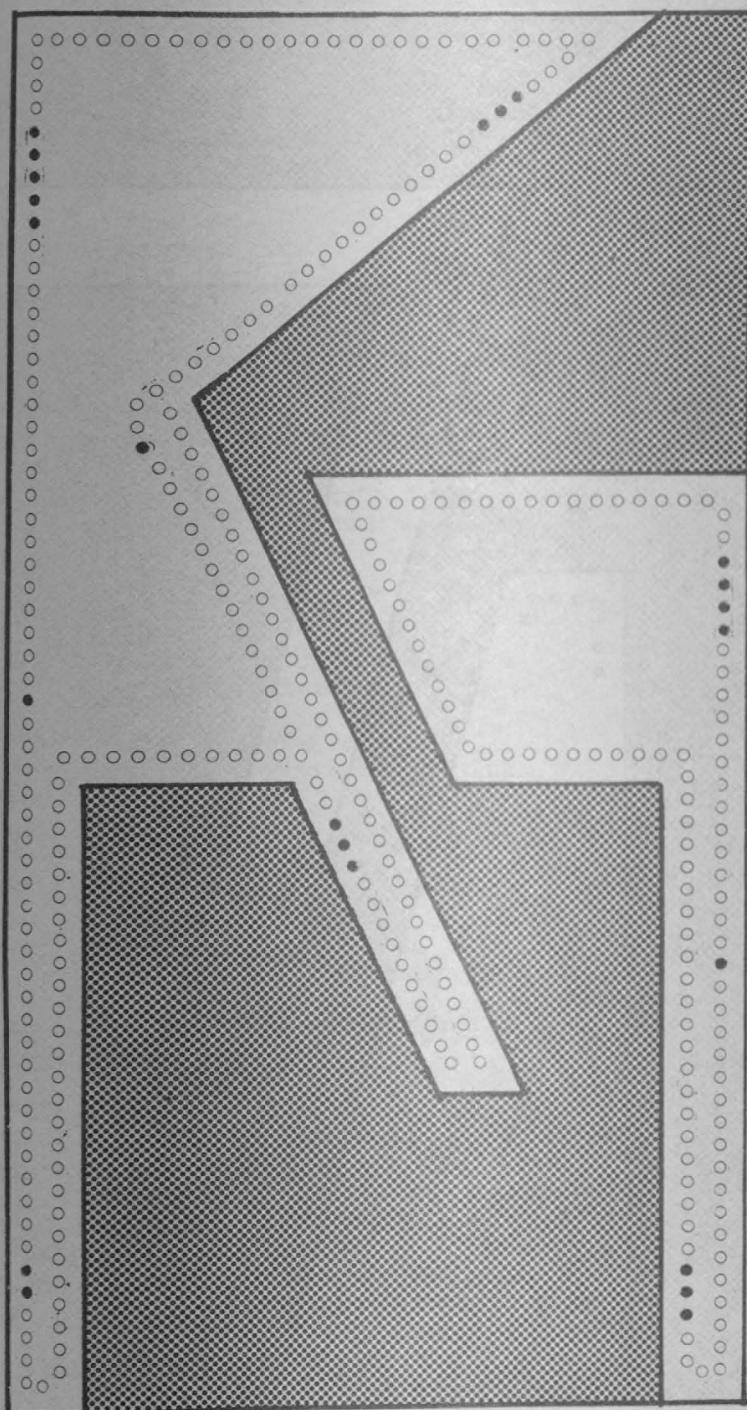
Oh águilas que surgían de mi lente de aumento,
azotadas a palos cual caballos,
más menudas que hormigas.

Y en tanto el sol radiante brilla
toca las cuerdas
de mi rostro una tenue sonrisa.

MUCHACHO

Más tarde, más vacío,
más enjuto en el brillo desmayado

HANS VERHAGEN (Vlissingen, 1939). Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Rosas y motores*, *Estrellas, círculos, pompas*, y *Mil puestas de sol*. De éste último provienen los poemas incluidos aquí.



de un farol agitado por el viento,
zapatos de gamuza,
balanceando un cigarrillo
entre los pálidos labios,

mamá es una cretina,
padre es un pendejo,
yo soy un cabrón.

Lo entiendo perfectamente, muchacho,
yo también soy un gran cabrón.

Hans C. ten Berge

EL OTRO DORMIR

I

Luz gris, cisnes tardíos en tensa línea de vuelo
costean el perfil nítido de montes que reculan

venido de Fergana en el caballo celeste
y ahora al borde de pantanos ateridos

hacia el sur el camino en la otoñal meseta bifurcado:
visión de jinetes nómadas en medio de vapores,

un polvoriento tren rojizo flecha al monte en el flanco—
y abajo, en la cuenca de occidente, la yema gualda del sol.

guías me trajeron, mal entrenado pero bien
provisto estoy sentado sobre el musgo entre abedules
magros

atizo las cenizas de una fogata arcaica;
nariz humedecida, cejas cerdosas de la edad madura

a una temprana liebre blanca le llega el soplo tarde
del acechante zorro

II

Aquí me consideran un chiflado,
allá me evitan por mis muecas amargas

no afirmo saber nada ya
sino lo que mi mano forma o ha formado;

por pensar me he quedado ignorante,
de todo aprendiz que desaparece

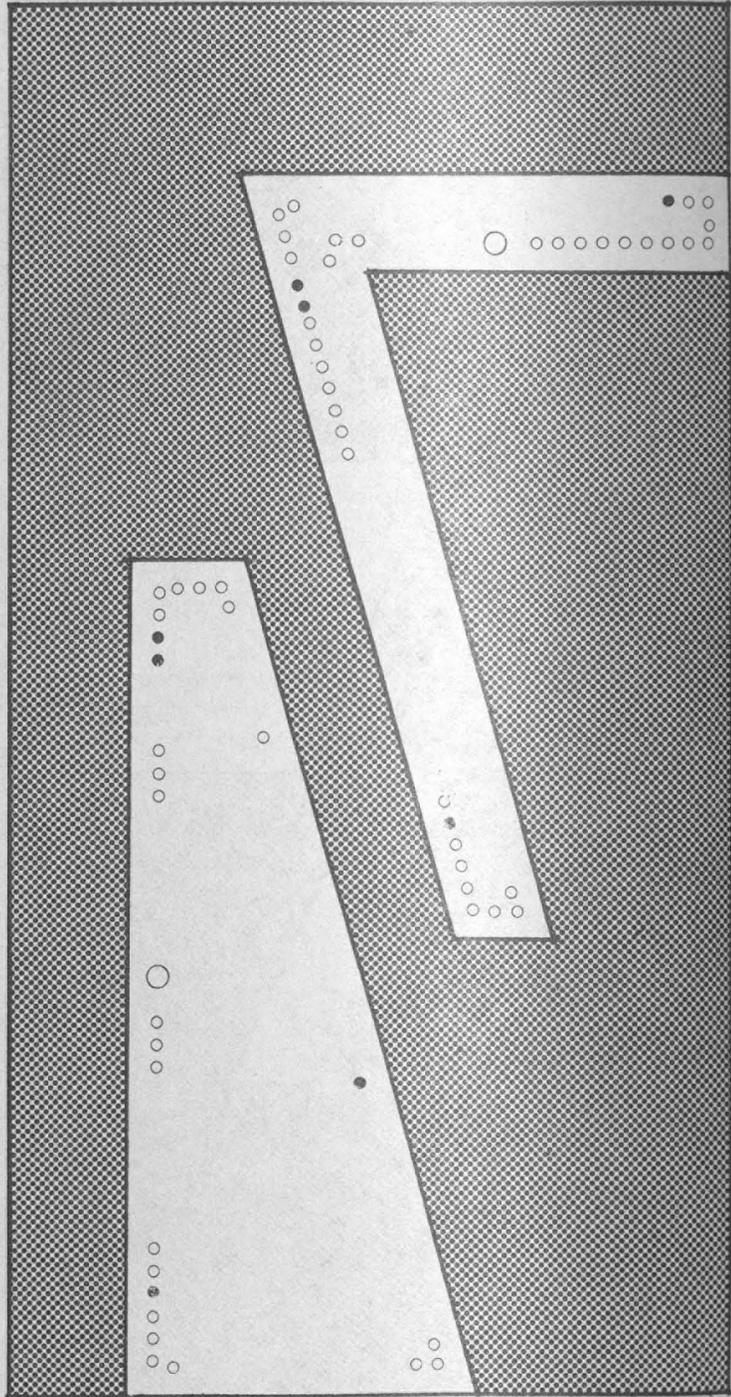
y luego vuelve a intentar
hacer lumbre con madera mojada.
crujiendo, quejumbroso, y sin embargo
cavando en sueños hacia formas ancestrales:
¡por fin se asó la liebre! mas después con lumbago
cazadores curiosos (que habían oído decir
que al zar hacía ya tiempo lo habían asesinado)
a la tienda me traen en escuadra doblado

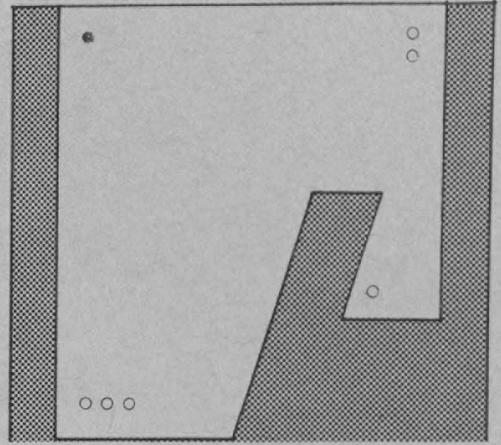
III

¡Ya veréis cuando dentro de poco la revolución
de los enajenados estalle en la ciudad!
aunque restablecido queda el cuerpo perplejo
en un vacío inmenso
y el espíritu es talado como un abedul
por un silencio obscuro;
oh fría matriz
de la tierra, hasta la lanza cimbrante del tardo y
lejano sol araña aquí tu piel como un guijarro
que brincando roza el agua,
un frío de siglos mantiene la corteza de la tierra
narcotizada en el verano y el invierno—
sólo el difunto la penetra;
el chillido de ratas crece entre los arbustos

IV

Vejado, en su tienda sobre la loma
yace el necio venido de occidente
que duerme para aprehender
alguna vez el sueño,
que pensando en vidas abismadas
poco a poco se hunde en los matojos anegados allá abajo.
los llanos empapados van quedándose yertos,
la helada avanza y deja abierto el pantano;
lo despiertan disparos de cazadores de pieles: ¿a qué aurora
lo arrastran? ¿encontraron primigenio botín en la turbera?





(los mamuts muertos portan gérmenes
de carbunco aún vivos bajo la piel;

la carne como de carnero rancia y gris murciélago
castiga la avidez de los comedores con un sueño perpetuo)

V

Recuerda figuras de gentes,
flexibles y duras como una espina dorsal:

la muchacha de Windeby* —la de la venda en los ojos,
estrangulada en la turbera y curtida

como un pellejo de res entre cortezas de roble;
la pelirroja venus de Yde,* cadáver lleno de sebo,

el hombre de Grauballe* —presa
de espanto, con la garganta cortada,

despojado de vida
como un texto de sentido,

pero aún así atenazado con horquetas
hasta el fondo de la turbera

y luego cubierto con ramas de sauce,
flexibles y duras como una espina dorsal

VI

(en la musgosa cuenca a la orilla del bosque)

Una tumba; el lento cavar comienza,
capa tras capa es despaciosamente taladrada:

un peine de esteatita y restos de lumbre,
tropezamos con signos—

asfixiado lenguaje
rasguñado en un diente mágico.

después, por entre las grietas del lodo petrificado
asoma doble la empañada imagen de ojos negros

—como de amantes muertos, sorprendidos durmiendo
juntos y nunca más encontrados por sus amigos;

perdidos para el tiempo y el azar
pero hoy presas de un embeleso coagulado—

todavía esperando nacer
y ya ocupados con la muerte

VII

¿No tarda en llegar el cuervo?
¿aún no está el oso suelto?

aquí, bajo el ancho sombrero
de vaqueros y clérigos,

bien montado —el moscardón aplastado a
muerte en la frente,

por el camino bifurcado,
entre pinar que recula y meseta que avanza—

donde el bosque se adelgaza como cabello de poeta,
en el límite entre pisada de caballo y fuego celestial

nos decimos adiós
y extinguimos las chispas

y es un sueño ligero convocado para nutrir
la conciencia con signos de vacío y de vida

Marcel Van Maele

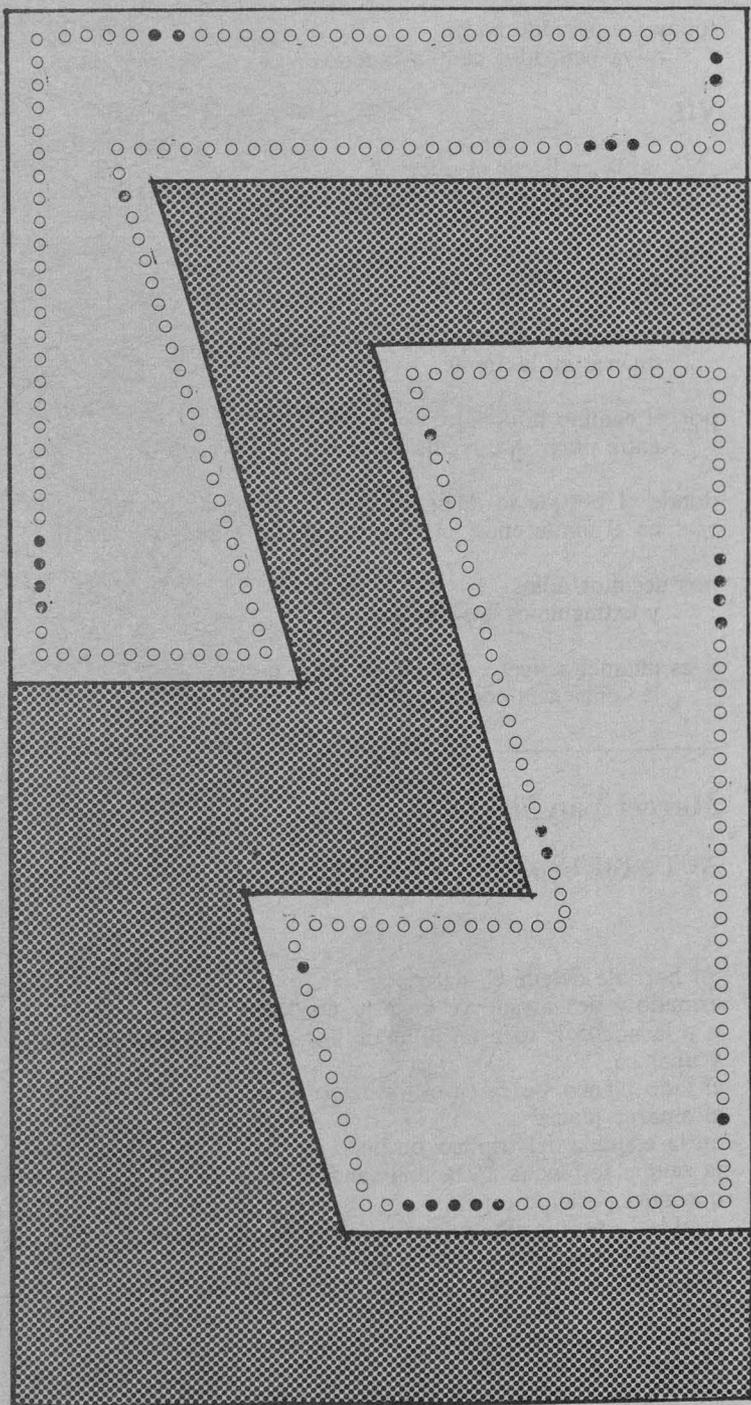
AUTORRETRATO

1

un horrible deleite el aleteo
armado y desgarrado ve alejarse mi pena
y a la noche le toca un plumaje danzante
y abanica
el lado blanco busca en el tormento
el amargo placer
en la esquina del tríptico un poco de semilla otro de arena
la sangre se hincha hasta una canción púrpura
que miel paciente espera
anubla la ruptura la traición el penacho de gloria
en esquinas ignotas el día se descuelga
fija una estaca un postulado un idioma de tierra nueva
rocío y temerario el poeta corta
traición y flores en tajadas de gozo
ya que tarde o temprano
desato mis ovejas y mis frases.

* Sitios donde han sido encontrados los llamados "cadáveres de la turbera", en Dinamarca y Holanda. Las personas enterradas allí fueron víctimas de un asesinato ritual hace dos mil años; unos cuerpos han permanecido intactos gracias a la acción conservativa de la turbera.

MARCEL VAN MAELE (Brujas, 1931). Estuvo en la guerra de Corea como voluntario de la ONU. Debutó en 1956 con el volumen de poesía *Soetja*. Más tarde publicó *Poemas negros*, *Imponderabilia* y, en 1972, *Seis salidas de emergencia y un ataque cardíaco*, que le valió el premio Het Vrije Woord. De este último libro proviene el poema "Autorretrato".



2

el más joven hijo nacido de la hija más vieja
 desnudos y pulcros de pie la sonrisa en la mano
 así canta el caballo y la flor se encabrita
 por eso
 pon un signo
 un sol despellejándose
 una palabra coja que amasar y roer que conocer y cultivar
 hasta el escotillón
 la dicha cierra
 (hermosa muerte)
 graznan anillos de violencia en vaivén
 cargamentos traición en esa casa réproba
 tiemblan los muros cantan los techos humo
 a caballo en esta villa honesta camino yo extraviado
 el poeta.

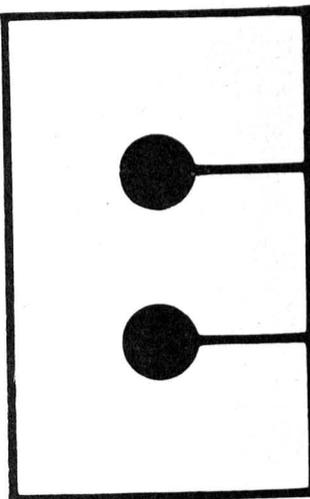
3

quien conoce el dolor de perder la dicha loca
 de no entrar en el juego de no dar en el clavo
 de morir impasible partir es una fuente florecida
 raja las nubes
 supersónicamente pinto blancos mis techos
 ha tiempo ya que fueron mis amigos traicionados
 y trasudo la mácula negra
 desborda en las ventanas la vigilancia baldía
 la huella impuesta es al punto encontrada
 el deseo de poseer en el jardín del deseo
 placer rojo y redondo en venta y a caballo
 entre brujas y bruselas
 100 kilómetros de remordimiento y traición.

4

el ansia
 de lazos precoces suspirar de violencia
 la impávida resurrección de los órganos y las generaciones
 ganan un día
 huracán risotada en añicos
 la vendedora de miel cuenta a estrellarse: días abejas frascos
 superfluos cúmulos
 se abandona a raíces y a palos
 ejemplares placer y resistencia
 hurra y cala un gozo lento más abajo en la coraza
 las distancias abiertas hasta hendiduras
 junto a su vocación pasa saltando nacida en rendijas y hongos
 la primavera
 amarillece mi temor
 la corza azul persigue la ira blanca
 al morder el durazno me rompo la quijada
 el poeta otra vez se atreve demasiado.

GERRIT
KROL



L
CHOFER
SE
ABURRE
(Fragmento)

1.1

El hombre de hoy. Sentado completamente frente a su televisión, y con esto quiero decir no la televisión vespertina, sino la del día. Su trabajo. Sus afanes y la imagen que él tiene del mundo, o sea: su propio mundo.

Por primera vez en la historia le es posible reflexionar sobre los acontecimientos públicos del mismo modo que reflexiona sobre sus asuntos personales: (a) porque la exactitud de sus métodos se lo permite y (b) porque él está solo. El hombre, pues, ya no es masa, y todos los oradores que necesitan oír las ovaciones de una multitud para saber si tienen razón (véase el mecanismo para ello en la pág. 49), todos pueden mejor regresar a casa y comenzar a estudiar una carrera diferente.

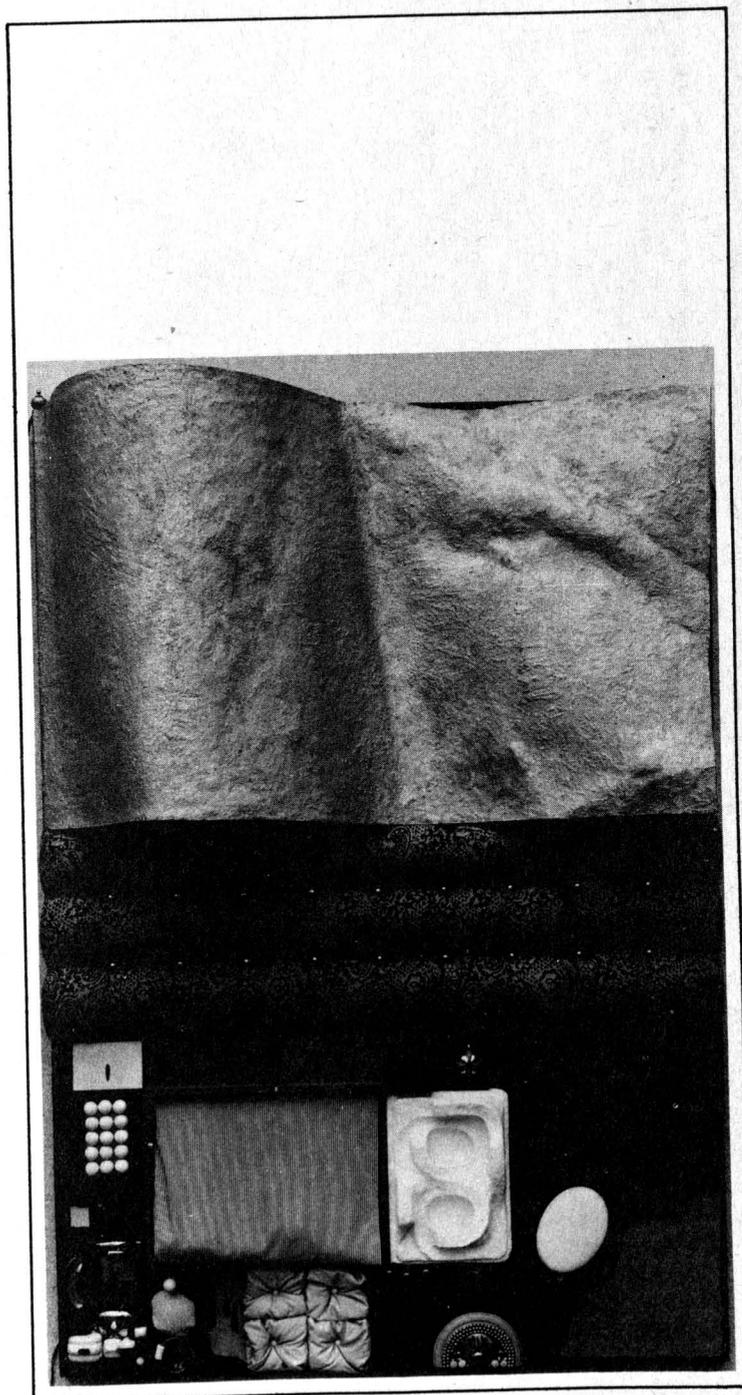
Lo que sucede en la actualidad, sucede en la mente de cada uno de nosotros respectivamente y, lo que debe hacerse, eso lo he explicado ya en la pág. 23, y especialmente cómo cada uno de nosotros puede dar a conocer sus deseos apoyando el botón. Si dicho sistema existe y esta palabra puede despertar deseos, entonces todo esto se vuelve facilísimo y superjustificado. Por ejemplo, se justifica el registrar cuantas veces el deseo de alguien que no ha sido satisfecho y el darle satisfacción (Art. X, Código de la Compensación, Siglo XXI.) Así funciona el mundo de mañana.

Todo esto andaba yo pensando a las doce del día mientras caminaba por el Badhuisweg, dichoso en el sol —a lo largo del agua quieta donde, en un rincón, flotaban centenas de condones usados que la corriente había arrastrado hasta allí—, feliz simplemente porque existía y al parecer tenía, como todos los otros hombres, el derecho de cambiar, la posibilidad de dirigir mi vida según mis propios fines.

Un poco después estoy tendido a un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre la superficie del agua: sobre una pendiente empinada y cubierta de pasto desde la que contemplo los barrios obreros de Volewijck y sueño. Me refiero al Noordhollands Kanaal, el terreno junto a las esclusas, por donde ahora pasa, abajo, el túnel del IJ. Un día espléndido, en que se podía percibir el mundo con toda claridad.

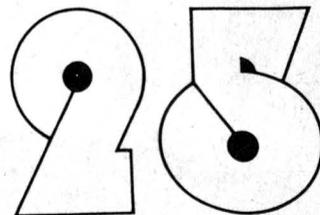
De regreso a los flamantes laboratorios, las ganas de trabajar nunca llegan demasiado tarde. Los tiernos arbolillos al borde del sendero que lleva a la cafetería nueva, un mediodía del pasado lejano —los arbolillos han crecido mucho, ahora cubren ese mismo sendero con su follaje enorme; bajo ellos se apresuran los prometedores jóvenes universitarios camino del trabajo, de su escritorio tras el que volverán a pasar la tarde entera. Las manos con los dedos extendidos entre las rodillas o entrelazadas en la nuca, así ve al mundo el investigador: lo acosan las preguntas y tal vez una vez, al año, una tarde —un viso de respuesta.

Un viso de la falda de Maria, mientras se ocupa de la ropa. Está



Wim Schippers

Gerrit Krol (1934) ■ Autor de las novelas *El mal de Middleton* (1969) y *El último invierno* (1970). Su obra incluye también varios libros de poesía.





Pyke Koch

tendiendo toallas. Pero no es eso lo que miro. Miro otra cosa. Tela para cortinas en la cocina (con cuadros rojos y blancos). Maria hizo una falda con ella. Y, mientras la miro, escribo: *esos cuadros dejan ver al fin qué redonda es allí.*

Y mientras cuelga la ropa, decido que no es necesario trabajar tanto. Y cuando ella entra, la acaricio, me pongo la redondeada cortina sobre las piernas y se lo digo. Digo, ya no tienes que trabajar. Ella dice que estoy loco, que necesita más dinero y que por tanto... Yo digo y lo digo filosóficamente: que todo el trabajo está ya hecho.

El círculo está cerrado. En periódicos de ofertas de empleo e igualmente en folletos hay a menudo un mismo tipo de foto: un aparato (medidor de alta presión, espectrógrafo) y ante él un hombre que observa con rostro atento y que eventualmente maneja el aparato. Un químico que saca su pipeta del líquido. Cabeza distinguida. Dedicación.

Hoy he escuchado una conferencia, y visto *viewgraphs* de un tal Mr. Valentine, venido de los USA, para mostrarnos cómo funciona una *visual display unit* y cómo dando una señal se puede corregir la información que aparece en la pantalla. Se puede indicar al sistema de información lo que debe hacer haciendo lo que éste

espera que uno haga y el sistema lo hará por uno.

El depósito del w.c. que usted vacía vuelve a llenarse de agua, automáticamente, pero del mismo modo automático el depósito no desborda, porque el flotador, balanceándose sobre el agua que entra, se encargará al final de que ya no entre más agua —un ejemplo de equilibrio restablecido de un modo absolutamente automático. El perturbador de dicho equilibrio no tiene que ocuparse de ello, hace ya tiempo que está sentado de nuevo en su cuarto.

Este mundo en constante restablecimiento, cuyo automatismo debe tranquilizarnos, sobre todo cuando imaginamos lo que representa la figura de al lado: un hombre que se ha colocado frente a la *visual display unit*, la cual le informará de todo lo que no esté en orden. El hombre está sentado allí y no tiene más que dar una señal para indicar cómo puede restablecerse el orden.

La imagen corresponde además exactamente a la del químico sacando su pipeta del líquido y por eso, hagamos lo que hagamos, todos podemos ser representados en nuestra actividad como el hombre que, sentado ante el monitor de su propio entendimiento ilustrado, se ocupa de (a) que nadie la pase peor que ayer y de (b) que nadie la pase peor que otro. Con esto quedan satisfactoriamente

te definidas la función y la responsabilidad de cada uno de nosotros.

He explicado esto a mi jefe, que me preguntó si le permitía suponer que yo me aburría.

En la noche, de prisa por la animada ciudad entre los coches y los tranvías hacia mi casa, mi casa que se llamaba Maria. Maria Schepers que me quería, me cuidaba, me llamaba su "erudito esposo" y además había puesto en otra vida todas las esperanzas sin las que no le era posible vivir.

1.2

Esa misma primavera fuimos a Texel, donde dormíamos en una caravana y en el día nos tendíamos en las dunas. Maria desnuda, para broncearse. Pero no se bronceó, siguió blanca. Y así, con la carne de gallina por el frío, me reprochó que siempre pensara sólo en mí y que yo debería ocuparme más de mi apariencia. Protesté, pero desde ese día me dejé el bigote.

Claro que yo tampoco era feliz. Lo que quería era:

Ver palmeras por una vez.

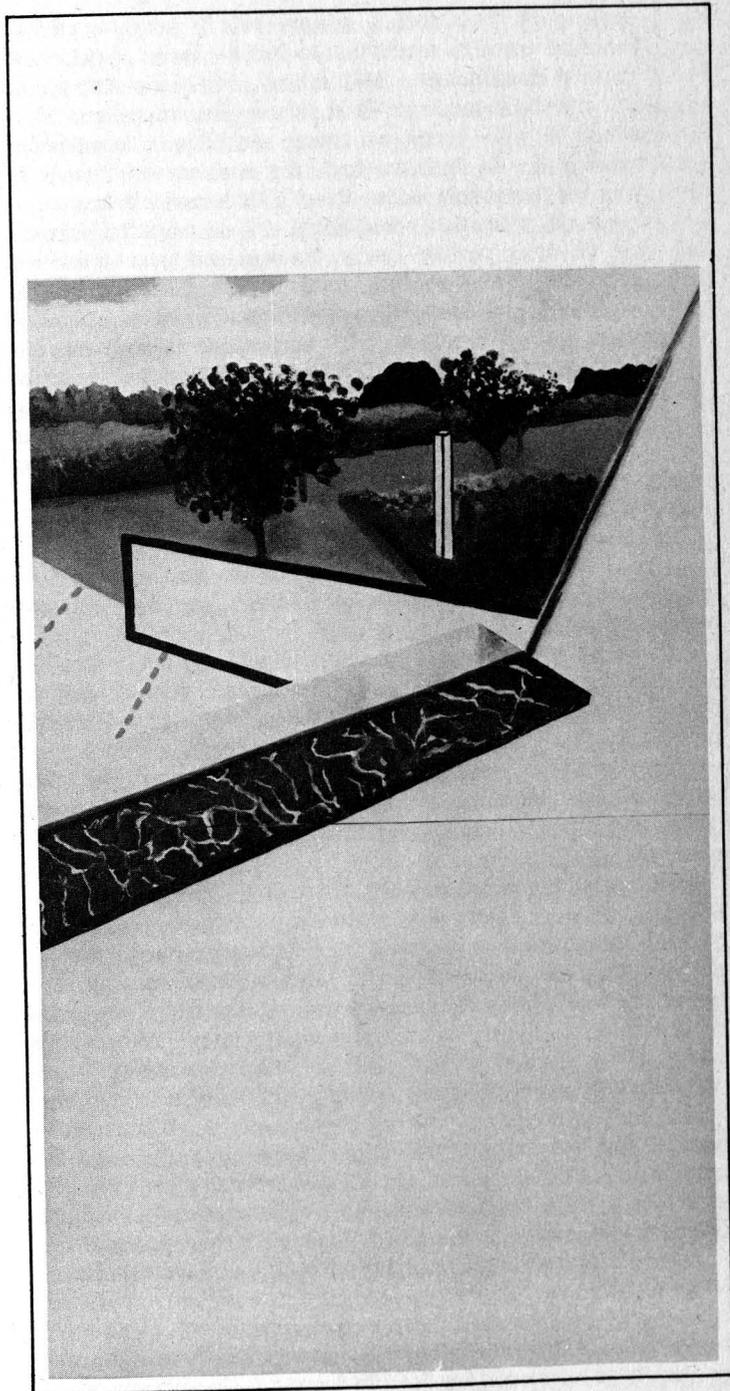
Acostarme con otra mujer.

Sentarme junto al Noordhollands Kanaal más de un cuarto de hora.

¡No por nada tenía mis mejores ideas en la pausa del almuerzo! Maria quería ir al Japón. Yo quería dejar el laboratorio y luego ir a Indonesia. Ah, si hubiéramos nacido cincuenta años antes, entonces nos habríamos ido simplemente a las Indias. Las Indias Neerlandesas: un portón para entrar como un señor. Empleo: Funcionario. En una casa de madera amarillo claro con columnas de madera a ambos lados de la entrada. Vestido con un traje blanco. E igual de blanco es el papel, con el nombre de Guillermina impreso, sobre el que se registra la producción diaria de café y de té, con una pluma bañada en tinta. A la una los libros son cerrados y uno es transportado a casa en un carruaje por una avenida de cocoteros de profuso follaje. Quietud. El pasto es verde tierno y está cortado. Lo que se oye son las cigarras.

No, medio siglo más tarde, una calle en el barrio Nieuw West. Un papagayo disecado frente a la ventana. Maria que, como nunca hay bastante dinero, va a trabajar cada vez con más frecuencia. Pleito, porque nada cambia. Solicitud para el Instituto de Mejoramiento del Medio Ambiente, porque éste quedaba más cerca de la casa. Además, me parecía útil. Solicitud para la Universidad, visita a la Dra. B. de lógica (fem. de lógico) acompañado de mi propia lógica, contenida en un ensayo, que ella había leído y que tenía frente a los ojos. Dio un golpe sobre él con el dorso de la mano porque yo había escrito pe y qu donde la notación en boga prescribe u y ve. He allí la causa de su enfado. Y eso era un científico. Contento de estar afuera de nuevo.

Fue en esta época que salí una vez con Hilde. Ya he contado



Roger Raveel



cómo siempre pasaba frente a nuestra casa y saludaba con la mano. Saludaba como las muchachas lo hacen a veces: agitando los dedos como si castañetearan. “Muy mona”, decía mi madre, y con eso quería decir: una mujercita ideal para el gran artista de su hijo. Esto mereció siempre burlas tan duras, aún después de mi boda, que en momentos de duda me inclinaba a pensar que ella tenía razón. Una vez que volví a dudar, llamé a Hilde por teléfono.

Y el que ella prometiera venir, Hilde, así, sin preguntar primero toda clase de cosas, probaba que ya en aquel entonces tal vez nos hubiéramos entendido muy bien, y al caminar a su lado volví a pensarlo. Yo, el grande, supuestamente torpe. Con Hilde a mi lado, me reduzco hasta volverme un hombre que algo tiene de niño, y no voluntariamente; es Hilde quien lo hace. Con su andar vivaracho, sus pechos trémulos, ella sabía exactamente lo que quería y lo que iba a suceder; y el que fuera una mujer casada y muy feliz con su marido, hacía la situación aún más extraña. ¿Tal vez porque yo pensaba que muy bien podía enamorarme de Hilde, ahora que era tan inalcanzable?

“Cuidado, jovencito.”

Creyó necesario prevenirme. Entre tanto, instalados en una recámara estupenda en Zandvoort, con vista al mar, nos habíamos besado largamente. ¿Cuidado con qué?

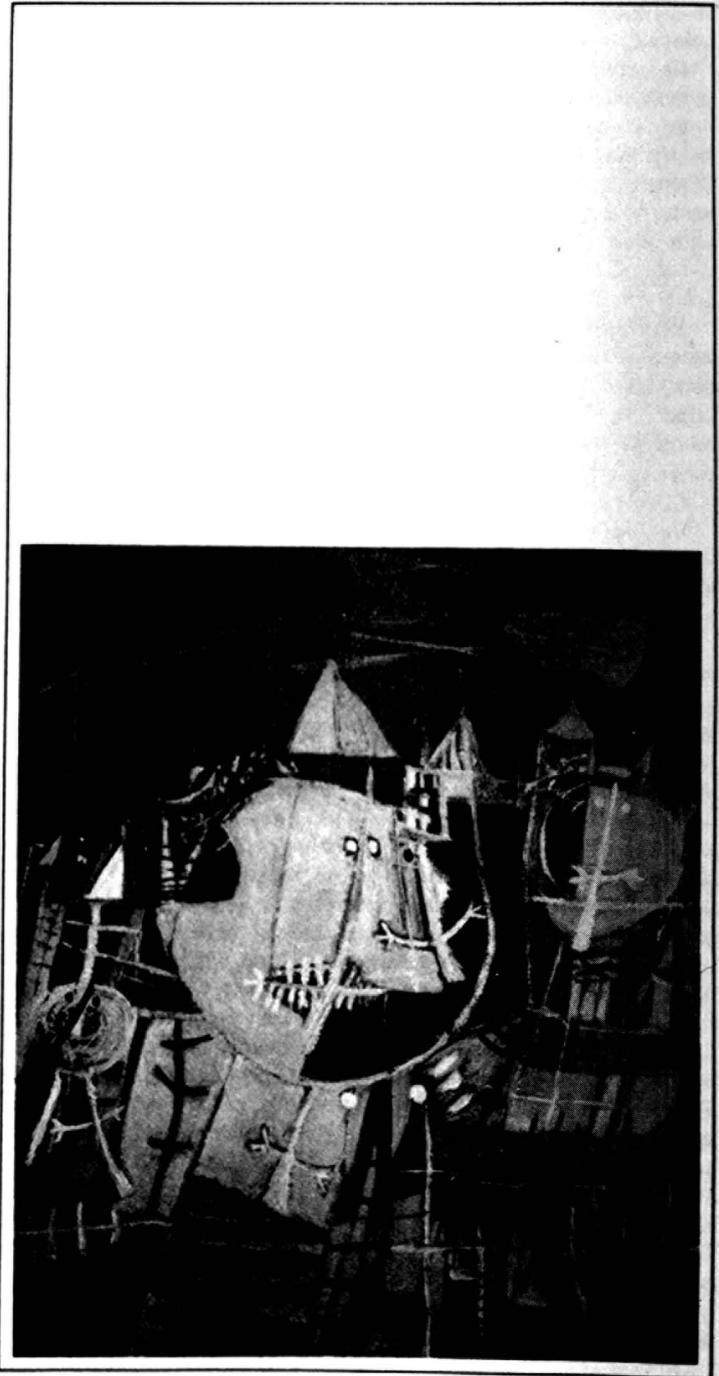
“¿Por que ibas a querer quedarte conmigo?”, preguntó. Yo dije: “porque los dos admiramos la seguridad del otro, pero no su libertad”. Quería decir que tal vez ella me dominaría. Me daría envidia.

Me veo obligado ahora a hacer la pregunta siguiente: ¿Qué valor tenía mi amor por María y eventualmente por Hilde? Sé lo que quiero decir cuando digo valor, pero parece que no sé lo que es el amor.

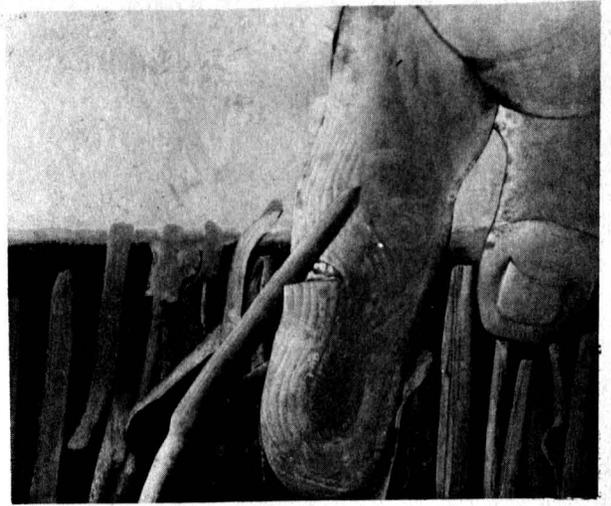
Se lo pregunto un poco más tarde a Hilde, mientras estamos sentados frente a la chimenea crepitante, en el hotel. Me reprocha que use una palabra dura para las múltiples suavidades que ella *siente*. Pues que las nombre. Yo quiero saber de qué está hablando. “No”, dice, “si sintieras lo que yo siento, no serían necesarias las palabras. Se toma uno de la mano y con eso sabe uno más de lo que se puede decir en muchos años. Es tan maravilloso leer en los ojos del otro lo que uno siente”.

Así que ella lo sentía, pero no me permitía que la mirara a los ojos, pues, cuando hubo llegado el gran momento y ella, rodeándome el cuello con sus brazos, se dejó caer hacia atrás —cerró los ojos. . . Y de esto se infiere, según yo, exactamente lo que le había dicho: la seguridad de mi cuerpo, ésa sí la quería, ésa era su felicidad, pero no la debilidad de mi espíritu (mis ojos), ésta no podía mirarla.

La llevé en mi auto al pueblo donde vivía, de regreso a su marido de ideas amplias. Nos despedimos. Caminó en dirección a su casa bajo los árboles en flor. La seguí con la vista todavía un



Corneille



Westerik, co

rato para ver cómo caminaba: la muchacha que yo conocí. Colgando al hombro la cesta en que descansaba su brazo doblado. Vi cómo ella llegaba al final de la calle. Y no me volví más.

Regresé a Amsterdam y en el café "Noord-en Zuidhollands", ahora demolido, con la vista fija en la animada superficie del agua, pude pensar entre tanto en el hecho irrefutable de que yo había estado en la cama con otra mujer y que me había gustado, complacerme además en la ideas de que había sido una *mujer*, es decir, una mujer que no iría a la cama en seguida con cualquier hombre; ella no hacía falta.

Martes. Hay actualmente de esas gráficas que muestran cómo la categoría de una persona es el producto de tres factores: su trabajo, el dinero que gana y la utilidad de dicho trabajo para sus semejantes. Lo que la gráfica no muestra nunca es el factor número cuatro o más bien cero: la categoría en que uno se encuentra ya.

Por ejemplo: la Familia Real. Segundo ejemplo: yo mismo. Ni el trabajo que hacía, ni el dinero que así ganaba, ni su utilidad, determinaban la categoría en que yo vivía, sino solamente la categoría que poseía al nacer, igual que la reina en su limousine negra. Inamovible.

A falta de casa se duerme afuera, en el pasto. Con un topo debajo que lo lleva a uno sobre los hombros y rodeado de otras bestezuelas. Uno es igualmente un animal, ésa es la razón, por eso ellos no salen huyendo. Cuando uno despierta y el sol ha salido ya, es una experiencia espléndida.

Si por el contrario hace frío y hay ráfagas de nieve en el parque, entonces uno no se acuesta allí. Entonces se duerme, si no se tiene casa, en una posada o, durante el día, en la sala de espera de una estación. Si un día lo hace usted en vez de leer acerca de ello, notará que no puede hacer lo que quiere. Depende en gran parte de las gentes que lo rodean, en una sala de espera, lo que es un fastidio porque esas gentes están por lo mismo menos inclinadas a ayudarlo a usted. Pero se me ocurre esta pregunta, mientras, bien acomodado en mi casa, miro hacia afuera: ¿por qué tampoco aquí tengo paz?

Gloria. Gloria aleluya, canto. De: *Songs of the North and South*, 1865.

Baldosas que se secan después de la lluvia. Cubos de basura bien cerrados bordean la escalinata. Símbolos perennes del mundo pulcro en que vivimos. Con que haga usted como está escrito. Cada persona su casa = la propiedad que gana = la posibilidad que tiene de cambiar = sus limitaciones igualmente = la multa que paga si transgrede los límites. Menos dinero, menos placer, amputar una parte de sí mismo. Casi como se trata el cáncer: humano.

No obstante. Si usa usted una p en lugar de otra letra, no lo comprenden ya y golpean con el dorso de la mano. Maria estaba sentada con las piernas dobladas sobre el marco de la ventana y se

llevaba el dorso de la mano contra la boca, para encubrir sus bestezos.

"Sol, oh sol, quisiera que brillaras otra vez."

Ella quería ir al Japón. Y como yo no había logrado crear para mí mismo un ambiente bueno, propicio para la vida, y como tampoco sabía qué otra cosa podía hacer, qué pasaba —era yo un hombre insatisfecho. Hay —sí, me estaba volviendo un hombre insatisfecho. Hay una foto mía de ese tiempo. Riendo con la mano en la suya, en el balconcito. Sí, cómo reía yo.

Maria y yo éramos tan diferentes, esto se hacía evidente sobre todo por los amigos que teníamos. Por eso, si peléabamos, era sobre todo por esos amigos nuestros que no podíamos soportar. (Otra razón más para irse.)

Surinam. Era lo más sencillo en esos años. Por otro lado, yo quería ir al Africa. Negros. Trabajar y cambiar en el campo entre los negros, pues eso es lo que yo andaba buscando: cambiar.

1.3

Fue en una tranquila mañana de septiembre que me dirigí a la Oficina Central en La Haya. Maria me acompañó, creí que sería divertido para ella. Así podía participar por una vez en el interesante trabajo de su marido. Emocionante. Tan emocionante, que en todo el viaje estuvo sentada con los brazos cruzados y no pudo pronunciar palabra, sólo reír nerviosamente cuando yo la miraba.

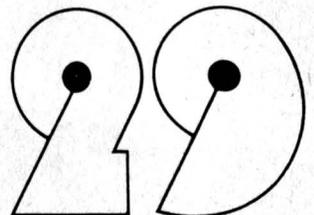
La mandé con su tía de la Zeestraat y pasé el resto del día en la Oficina Central. Allí, sentado frente a mi más alto jefe, me enteré al fin de lo que yo valía.

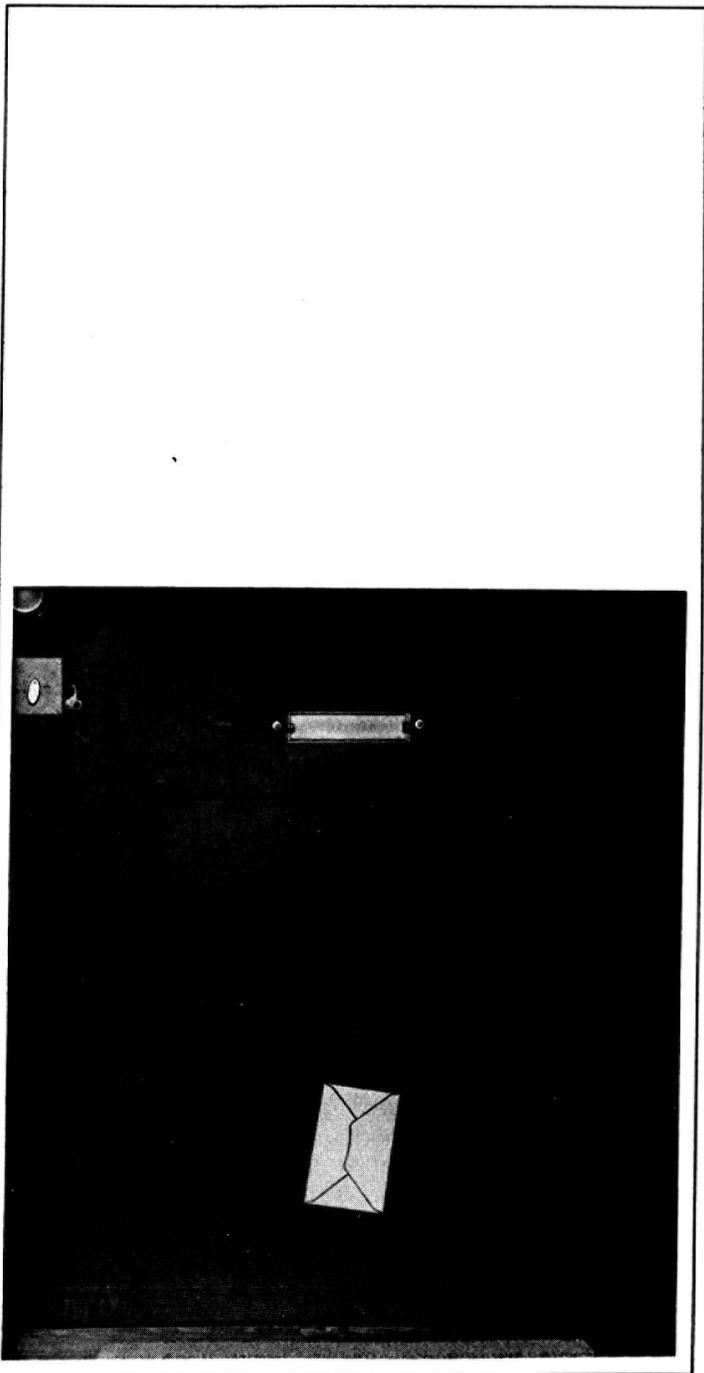
Me enteré de cuál sería mi función allá. Formaría parte de un equipo directivo, eso era precisamente lo que yo quería, cualquiera que fuera el equipo directivo, y haría esto, y haría lo de más allá —eran tantas noticias juntas que el resto del día lo pasé como en una embriaguez. Estuve ante el doctor con el brazo extendido para que me pusieran mis inyecciones, pensé que hubiera podido traer de una vez a Maria, visité a un número de colegas que conocía y que ahora de pronto se habían vuelto a mis ojos gentes completamente diferentes, empequeñecidos, almorcé solo y en la tarde reservé en la sección de boletos dos asientos en el avión que salía para Roma el 5 de octubre a las 10 de la mañana.

Cuando salí de nuevo a la calle brillaba el sol en el oeste. Tomé el tranvía para la Zeestraat, donde Maria estaba esperando. Pero no fui a la Zeestraat, me pasé de largo. Quería estar solo unas horas más. Caminé por la Dennenstraat, a lo largo de las verdulerías, los olores de coles y pescado.

¡Dichoso, familiar mundo en el que yo funcionaba! Por primera vez en mi vida sabía lo que iba a hacer y experimentaba esto así: ser exactamente como otras gentes.

Pasé a un lado del ministerio de asuntos exteriores, del que





Henneman

salía un hombre, con una pequeña maleta, tenía prisa, llamó un taxi para el aeropuerto de Schiphol.

Yo me parecía a él. Y me parecía al hombre que tres minutos más tarde me servía un vaso de cerveza. Había entrado en un restaurant. Bebí una cerveza como otras gentes beben una cerveza. Índice y pulgar sujetan el borde inferior del vaso, el meñique en el espacio.

Que venga lo que viniere
voy guiado por el Señor,
y al país desconocido
miro sin ningún temor.

En aquel tiempo cantaba yo olor en vez de Señor. Caminaba por la playa otoñal de Scheveningen. *La resaca en la distancia era frágil y estival...* escribía Van Oudshoorn a principios de siglo. Junto con el himno arriba citado, este verso formaba en mi mente una mezcla prodigiosa de optimismo y melancolía.

Una tarde en la playa: (a) la blanca, polvosa lejanía (b) el pequeño sol. Las fosas cavadas por los niños están vacías y casi borradas por el viento. El fin del verano. Acaso el último verano. Por eso es que dije melancolía.

Y aunque acaso gozaba de aquella blancura en la distancia, mi mente estaba ocupada en algo bien diferente.

En la playa, avanzando sobre la arena dura, pensaba en el trabajo que esperaba, en lo que había hecho en mi vida y en lo que me faltaba por hacer (optimismo). Un hombre vino a mi encuentro; inclinado contra el viento caminaba con las manos en los bolsillos y oí lo que me dijo al pasar a mi lado: "Age of discontinuity."

Esto me hizo reír, con vuestro permiso. Porque, ¿es realmente una expresión sensata? En mi opinión es lo mismo que si uno dijera: aquí es más profunda la hendidura. Naturalmente. Un poco más allá en la hendidura, eso es lo que uno no ve.

Con flores en la cabeza, tan amarilla y solitaria como la playa, así vino luego a mi encuentro una muchacha, con las manos en las caderas como en las danzas populares. Una cinta le ceñía la frente.

"Post-industrial Era", dijo con una tiesa inclinación de la cabeza, como si me saludara con esas palabras. Tenía los labios enrojecidos por el viento contra el que avanzaba. Esos labios no eran para mí, para eso ella me consideraba demasiado *industrial*, creo. Pero sí es curioso que ella y yo y el hombre de la Discontinuity viviéramos en el mismo día. *On the beach* se llamaba la película que no he visto nunca.

El hombre se ha desvanecido. No existe ya. La arena se ha puesto gris y muerta. Sopla el viento. Al pie de las dunas se forman fosas. Hay algo de rojo en el cielo. El sol se ha puesto, pero ya no oscurece.

¿Qué es ambiente?

H.C. TEN BERGE A AUTOESTRADA

En la pequeña ciudad de provincia torció a la izquierda, apenas pasado el centro ya extinguido. Las señales se volvían cada vez más escasas y defectuosas. Los postes con letreros estaban en parte enlodados e ilegibles, o tan torcidos que no era claro en qué dirección señalaban. Una vez fue a dar a un camino sin salida, de modo que debió regresar y empezar de nuevo, lo que le llevó más de media hora.

El chaparrón había sido tan fuerte que a veces él había permanecido con el agua hasta los ejes, con el motor andando —temeroso de que éste ya no volviera a arrancar si se paraba a lo largo de ese camino abandonado.

Fue un acontecimiento espléndido; pero tan sólo en la cabina dio lugar a inciertos pensamientos y sombrías sospechas sobre su llegada a tiempo. Había suficientes cigarrillos. Sin detenerse vació el cenicero fuera de la ventanilla. La ceniza cayó sobre el piso húmedo, que parecía una estropeada colcha de retazos cosida en vano con un sinnúmero de remiendos. A derecha e izquierda había agujeros que ya nadie rellenaba, aquí y allá la hierba de la cuneta se adentraba un buen trecho en el asfalto hacia el otro lado del camino. Por todas partes avanzaba la ruina.

Las montañas habían quedado atrás. Definitivamente, perecía.

La oscuridad cayó rápida. El descenso de esa mañana lo había conducido también a otras profundidades, donde hay luces crepusculares e inquietudes y se lo tragan a uno terrenos pantanosos con negros lodazales insondables donde flotan burbujas de gas entre los matorrales y las sendas venenosas.

En una curva súbita la luz de los faros arañó un letrero caído al sesgo sobre el cual pudo distinguir las letras CLAW. Poco después el coche corría sobre lozas de cemento pintadas de amarillo. La lluvia había cesado. Por la cadencia de las ruedas él advirtió que habían llegado a la carretera a F. Esto significaba otras dos horas de conducir antes de llegar al puente. Los guardias en el valle del río no causarían mucho retraso.

Una niebla difusa empezaba a formarse sobre las fincas desoladas. Por ningún lado se divisaba luz. Desde temprano buscaban la salud en la oscuridad de la cama y el establo —invisibles desde el camino— escondidos tras muros igualmente invisibles; si muros había. Sólo de vez en cuando, a grandes trechos, desde el otro extremo del camino le salía al encuentro un coche que lo cruzaba lentamente y le lanzaba sus luces altas hasta el último momento de manera que parecía querer atropellarlo.

Su cansancio aumentaba la sensación de peligro, sus ojos tendían a ver cosas en realidad inexistentes o que existían en una perspectiva diferente de la que él percibía en ese momento. Por el espejo vio que tras él la oscuridad se había hecho completa. No se vislumbraban los faros de otro coche ni atrás ni adelante. Con cierta inquietud sus ojos buscaron una estación de gasolina. Ya en la tarde el marcador de aceite se había puesto a bajar peligrosamente;

él había consumido ya todas las reservas que se hallaban en el cofre. Además el ruido que venía de la cubierta del motor no le gustaba mucho. Ciertamente que antes de partir había revisado el coche e incluso ajustado un poco las válvulas —hasta que produjeron el ligerísimo y sano tic tic que les era necesario— pero con todo, después de haber funcionado impecablemente durante cientos de kilómetros, era perceptible un tableteo incipiente que a él le parecía peligroso. Al principio creyó que el ventilador del carburador había chirriado hasta zafarse, lo que era de comprender tomando en cuenta el camino que había recorrido. Al examinarlo resultó que todo seguía firme todavía y que la causa debería estar en otra parte.

Escuchó concienzudamente mientras conducía el auto a gran velocidad sobre la abandonada carretera de hormigón. Cualquier cambio en el sonido era importante ahora. Su sospecha de que el tableteo se debía a un cigüeñal gastado empezaba a convertirse cada vez más en seguridad. Sin embargo, no podía hacerse nada para remediarlo. La mayoría de las veces podía uno seguir conduciendo así un día más o menos.

Se le ocurrió que era mucho abandono para una carretera tan importante (según el mapa) que además era de las pocas destinadas exclusivamente a autos y parecía en buen estado de mantenimiento. Al menos hasta entonces.

Las blancas montañas se quedaban definitivamente tras el horizonte, tragadas por la noche cada vez más profunda.

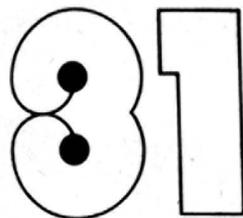
En la luz amarilla de los faros vio de repente una figurita gris de pie al borde del camino con la mano levantada. Detuvo el coche. Un hombre bastante joven se inclinó ante el vidrio medio abierto de la portezuela. Llevaba un uniforme de color indefinido y hablaba una lengua que él no logró reconocer.

El soldado subió al coche al señalar él a guisa de invitación el lugar vacío a su lado.

Continuaron el camino en silencio.

Ese día —que había sido caliente y húmedo— él apenas si había comido o bebido. Como un poseído había manejado para romper tan rápido como le fuera posible los lazos con la tierra que atrás quedaba. Era como si él se hubiera expulsado a sí mismo de las alturas donde la posibilidad de un reencuentro con su origen había estado más próxima. Pero tal vez para ello era primero necesario precipitarse en grietas y abismos que uno se ha dispuesto a sí mismo —para despertarse después en paisajes prestados y propios donde el ansia recomienza, sacudido y desvestido hasta el hueso, sin nada que perder ya sino a sí mismo. Y viaja uno por llanuras alternadamente agostadas o anegadas hacia las primeras colinas bajas, donde los breves descansos son ya un reflejo vago de lo que ha de ofrecer una estancia en las sierras altas que asoman en el horizonte.

Por sobre el tableteo del motor el soldado le lanzó palabras





Pareja

incomprensibles y jirones de frases. Señalaba hacia adelante y con la otra mano hacía gestos de beber. A la derecha del camino —tras altos matorrales— surgió un edificio que estaba totalmente iluminado.

Colocó el coche cerca de la entrada. Ráfagas de niebla soplaban sobre el estacionamiento. No había ningún auto a la vista. El edificio parecía igualmente desierto. Al entrar se encontraron de inmediato en un gran salón lleno de mesas y sillas vacías y un mostrador enorme tras el que no había nadie. Era evidente que el restaurante tenía capacidad para una gran concurrencia, pero por algún error estaba ubicado incorrectamente. El salón era iluminado por frías y duras lámparas tubulares que habían sido colocadas en el cielo raso a varios metros de altura. El soldado fue en busca de un empleado y desapareció por una puerta pintada de amarillo sucio. Por algún tiempo hubo un silencio sobrenatural. El se echó a caminar en dirección al mostrador. En el lado de enfrente había vitrinas de cristal en las que se hallaban expuestas intactas toda clase de carnes, y a su lado etiquetas con el precio rotulado en un blanco y negro sin tacha. Vio que eran carnes de madera —fossilizadas, parecía— con un color engañoso de jamón o chuletas auténticos. Habían cortado rebanadas para despertar el apetito de los visitantes. Se empinó por sobre el mostrador y miró, apoyado sobre el vientre, del otro lado hacia abajo. Alguien estaba durmiendo extendido sobre un colchón. Era una muchacha, vestida con blusa y falda corta sobre la que llevaba el delantal verde de una mesera. Yacía boca arriba, extendida muy derecha, con los ojos cerrados y con los labios pálidos y arqueados apenas entreabiertos; su rostro parecía una mascarilla mortuoria teñida de amarillo pálido, casi oro.

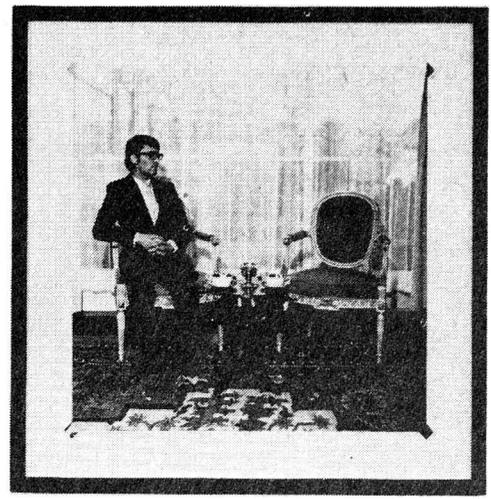
El le dijo algo, luego alzó la voz y tamborileó en la madera con la piedra de su anillo. La muchacha continuaba durmiendo. El se puso a golpear el aparador hasta que hizo temblar la armazón de madera y los vasos polvorientos tintinearos unos contra otros. El fregadero estaba seco. Parecía como si aquí nunca nadie hubiera bebido algo. Ahora él estaba colgando hasta muy cerca del cuerpo de ella que subía y bajaba suavemente y apenas si parecía respirar. El soldado no regresaba. De repente ella alzó los ojos.

—Blanca Nieves, dijo él.

Ella lo miró, sin mostrar turbación por su presencia, si bien tenía las mejillas un poco menos pálidas que hacía un instante. Sus rostros estaban muy cerca uno del otro. El sentía la cabeza hinchada debido a la incómoda postura en que se hallaba, colgando por sobre el mostrador hasta tan abajo. Con una mano palpó la mejilla de la muchacha mientras se miraban en silencio. Esa mañana él no se había rasurado. Podía ya palpar su barba naciente. Le dijo algo. De nuevo. Le preguntó por qué no respondía. Ella se sentó erguida, por lo que él retiró el talle rápidamente para evitar un contacto brusco. Se deslizó del otro



Proyecto de Preso político desconocido



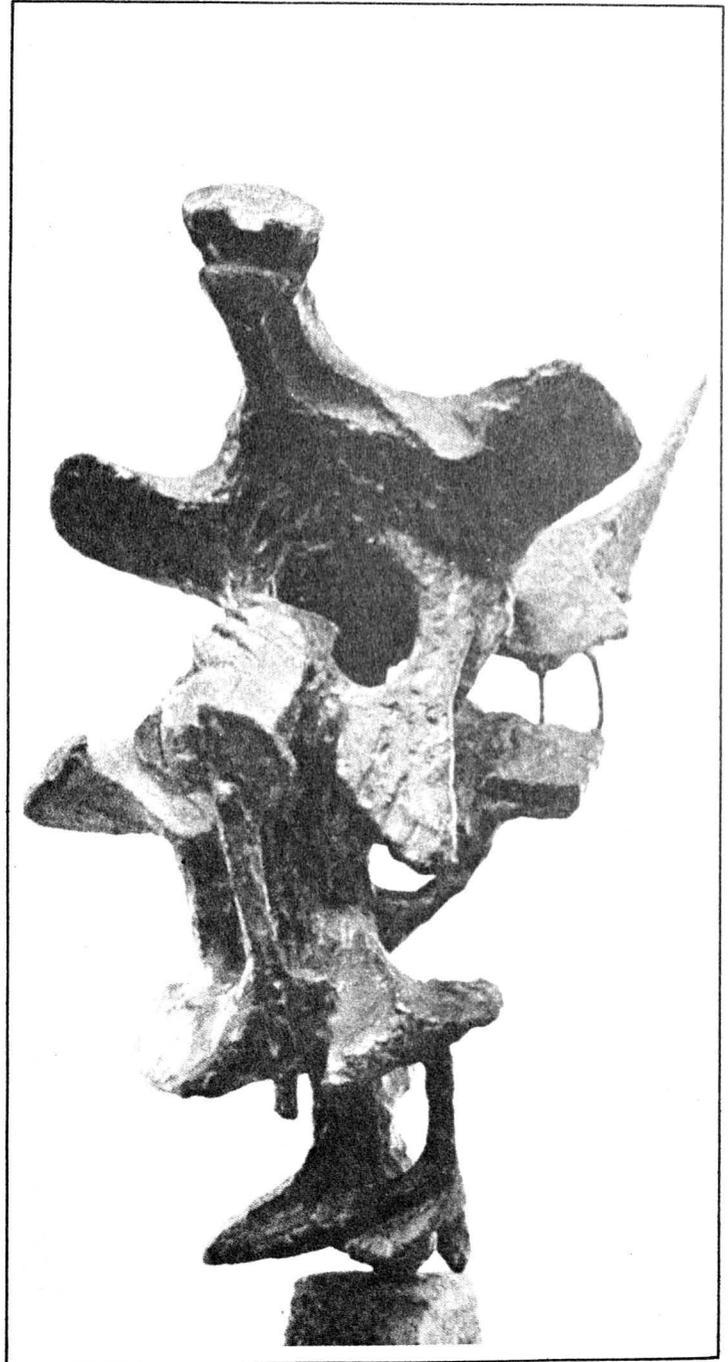
lado hacia abajo. Ella se puso en pie y se echó los largos cabellos rubios sobre los hombros. Se sentó a horcajadas sobre el mostrador y balanceó las piernas hacia el otro lado. Él vio la falda ondear en el aire, sus muslos esbeltos —casi de color arcilla como la máscara que había creído ver. Ella se quedó sentada en el borde y señaló la mano de él. Él extendió el brazo con vacilación. Ella le cogió la mano y la puso allí donde sus largos cabellos le ocultaban la oreja y luego sobre la boca, mientras meneaba la cabeza de un lado a otro como si estuviera negando. Presionó ligeramente los labios sobre la mano de él, tras lo que éste la retiró vacilante clavando sorprendido la mirada sobre su palma.

—Blanca Nieves, volvió a decir.

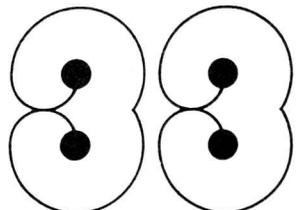
Ella le tendió los brazos para que la ayudara a bajar de lo alto de su asiento. Él la sostuvo por las axilas, avanzando sus pulgares contra las pequeñas cavidades que se formaban sobre ellas. Al alzarla sintió por un instante el peso de su cuerpo sólido y elástico descansando en sus manos. Permaneció así por un segundo, con los pechos de ella a una distancia cortísima de su propio rostro. Luego la bajó. Sus pies se tocaron y la muchacha inclinó la cabeza. La elocuencia de que carecía su lengua la poseían sus ojos. Ella acercó los labios a su boca a tiempo que lo miraba como si quisiera arrancarle a él las palabras que ella no podía decir. Luego paseó los labios sobre su boca, palpando y explorando con cautela, mientras con la punta de la lengua le hacía ensanchar la abertura entre sus labios con una serie de movimientos delicadísimos y perezosos. Así como un ciego ha adquirido el derecho a palpar con los dedos los objetos, las personas, así tenía ella el derecho de reconocer con la suya la boca de él.

Sin romper el contacto con sus ojos y su boca ella extendió el brazo hacia atrás, hacia el lado de madera del mostrador; se recostó ligeramente sobre éste —sus dedos buscaban a lo largo del borde— mientras, poniendo la mano libre sobre el cuello de él, lo hizo inclinarse hacia adelante, y parecía que una suave brisa los moviera como el mástil de un barco.

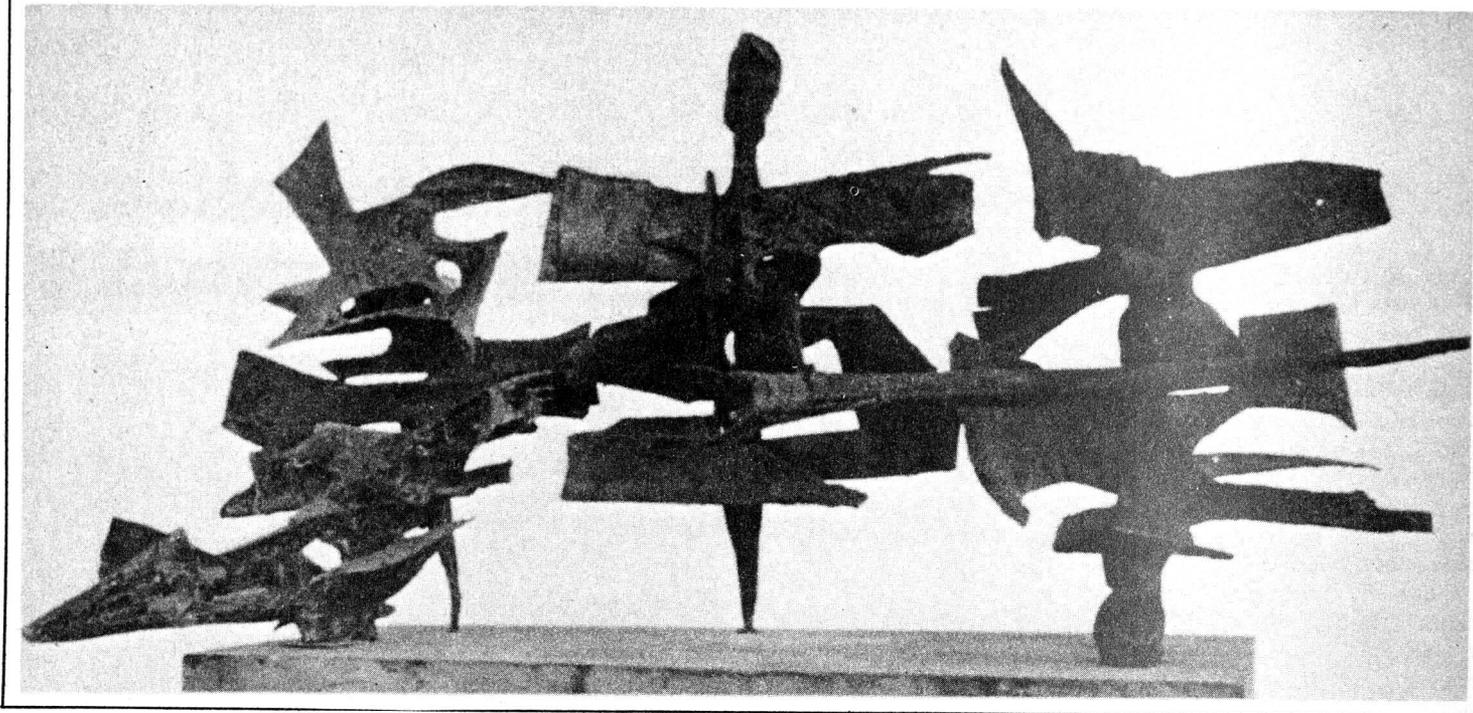
La muchacha apretó un botón con los dedos; a través de un altavoz sonó un murmullo suave. En el suelo se produjeron ligeras vibraciones, simultáneamente dio comienzo una música animada que flotó por el salón abandonado rebotando contra los muros. Mientras una delgada lluvia de polillas se depositaba sobre los vidrios en miríadas de gotitas delicadas, él valseó por entre las mesas con la muchacha prodigiosa que se aferraba a él y seguía sin falla sus movimientos. Ella meneaba la cabeza de un lado a otro por lo que sus cabellos flotaban desenlazándose desenfrenadamente acompañando el vals tras las figuras remolineantes que ellos formaban. Clavó la frente en el pecho de él, frotaba la nariz contra su camisa arrugada, deslucida. Pero gradualmente cayó presa —chupando con la boca abierta el contorno de sus labios— en una ola incontenible de contracciones depravadas que hicieron cobrar



Proyecto de *Monumento Plesman*



Proyecto de *Unidad hecha cuerpo*



vida a sus pechos y su vientre y parecía que estuviera a punto de quebrarse la voz en un largo orgasmo de sacudidas y alaridos. La música resonaba en la extensión vacía del salón. Suaves temblores atravesaban el piso; él pensó que la muchacha lo había puesto en medio de una corriente eléctrica, lo quería hechizar para luego despojarlo de su voz y su idioma. Perdido el rumbo echaron mesas y sillas patas arriba y tropezaron con jarrones, botellas, dejando tras sí una estela de agua y aguardiente; ésta era la mujer que él amaba y odiaba y que se lanzaba con él a una danza omnidestructora. La mujer que allí estaba y no estaba, que era frágil y fuerte, mansa y cruel, que tenía miedo y lo aterrorizaba, que él destruía y cuyos abrazos lo destruían; que le concedía su aliento infinitamente suave y cálido y que le chupaba la vida hasta que, como a un despojo inservible, como a un pellejo deshilachado, ensortijado, el aliento jadeante de ella lo arrastraba lejos de allí.

En un abrazo estrecho rodaron ambos contra el mostrador. Ella quedó sudando bajo el cuerpo de él y se le escapó un prolongado y jubiloso chillido de pájaro.

— ¡Aaaaah! . . . su voz se quebró a medio camino.

— ¡Habla! , gritó él, — ¡habla!

Ella dio con la cabeza contra el suelo, intentó nuevamente lanzar un sonido que saliera desde el fondo de su garganta, pero una fuerza que era más grande que la suya la asfixió casi en la reprimida explosión que hizo retroceder tras sus cuerdas vocales.

Era como si la manzana se quedara atorada en su garganta, convirtiéndose en una pesadilla que oscilara entre la vigilia y el sueño.

Su voz se deshizo en suaves gemidos, mientras sin fuerza hacía rodar por el suelo de un lado a otro su rostro mojado. En medio de la desolación y el abandono los altavoces hicieron resonar un

vals estridente. El se levantó y golpeó con todas sus fuerzas sobre el mostrador. La orquesta se atragantó hundiéndose con un pequeño estertor en el profundo silencio.

La muchacha se desenroscó bajo el cuerpo de él y se levantó. Estaba desnuda hasta la mitad; el delantal verde y la falda se le habían desgarrado del cuerpo. Tenía los dedos crispados alrededor de la garganta y parecía irreconociblemente salvaje. Sus ojos estaban ocultos bajo el pelo que le colgaba sobre el rostro en ondas y largas trabazones medio mojadās. Estaba frente a él con las plumas arrancadas, alta y vacilante sobre sus piernas esbeltas y rectas, como un ave de rapiña que se hubiera enconado en vano contra las delgadas paredes de su casa de cristal. En su descalabramiento era de una belleza sin límites; exhausta, caótica y vacía como un naufrago, pero a la vez vibrante de vida y en guardia —obsesionada por quien hubiera ocasionado en ella este caos, este peligro fascinante.

Cuando él se levantó ella se dio la vuelta de repente y se alejó corriendo hacia la puerta pintada de amarillo. Contorneó mesas volcadas y cristales en añicos. La puerta se cerró.

El se acercó a grandes pasos y abrió la puerta, que estaba trabada al pestillo, a sacudidas. Permaneció en el umbral y se asomó a la cocina. La muchacha no aparecía por ninguna parte. El soldado tampoco. En un silencio mortal se movían cinco figuras entre resplandecientes marmitas y cacerolas nuevas y nunca usadas que había esparcidas por el espacio. Los hornos estaban apagados.

Vio que por las portezuelas abiertas asomaban pedazos de madera y papel, como si el fuego fuera a ser encendido de un momento a otro.

Reinaba el frío; la niebla se colaba hacia el interior por las ventanas abiertas. Como una bruñida pista de patinaje el suelo

relucía con un fulgor azulado.

—¿Dónde está la pequeña Blanca Nieves? , preguntó.

No repararon en él; dos cocineros se paseaban en sus blancos trajes almidonados. Traían los dedos metidos en guantes de hule esterilizados; los lívidos rostros muy atentos a lo que iba a suceder. Junto con las tres sirvientas que se hallaban también en la cocina, celebraban en silencio y huraños un ritual mitad danza macabra sin música y mitad angustiada fiesta salvaje para sordomudos. Los cocineros caminaban uno detrás del otro alrededor de una mesa, llevando entre los dos un cubo de cinc —lleno hasta los bordes con una emulsión blanca de almidón y crema batida. Una vieja cocinera estaba sentada desnuda, de espaldas a él, sobre una caldera de cobre; su cogote calvo era una herida abierta, rodeada de chichones y pústulas despellejados. Las otras dos mujeres se tendieron sobre la mesa con las piernas estiradas y se echaron la falda sobre la cabeza.

—¿Dónde estás pequeña Blanca Nieves? , gritó él avanzando unos pasos hacia la mesa en medio de la cocina.

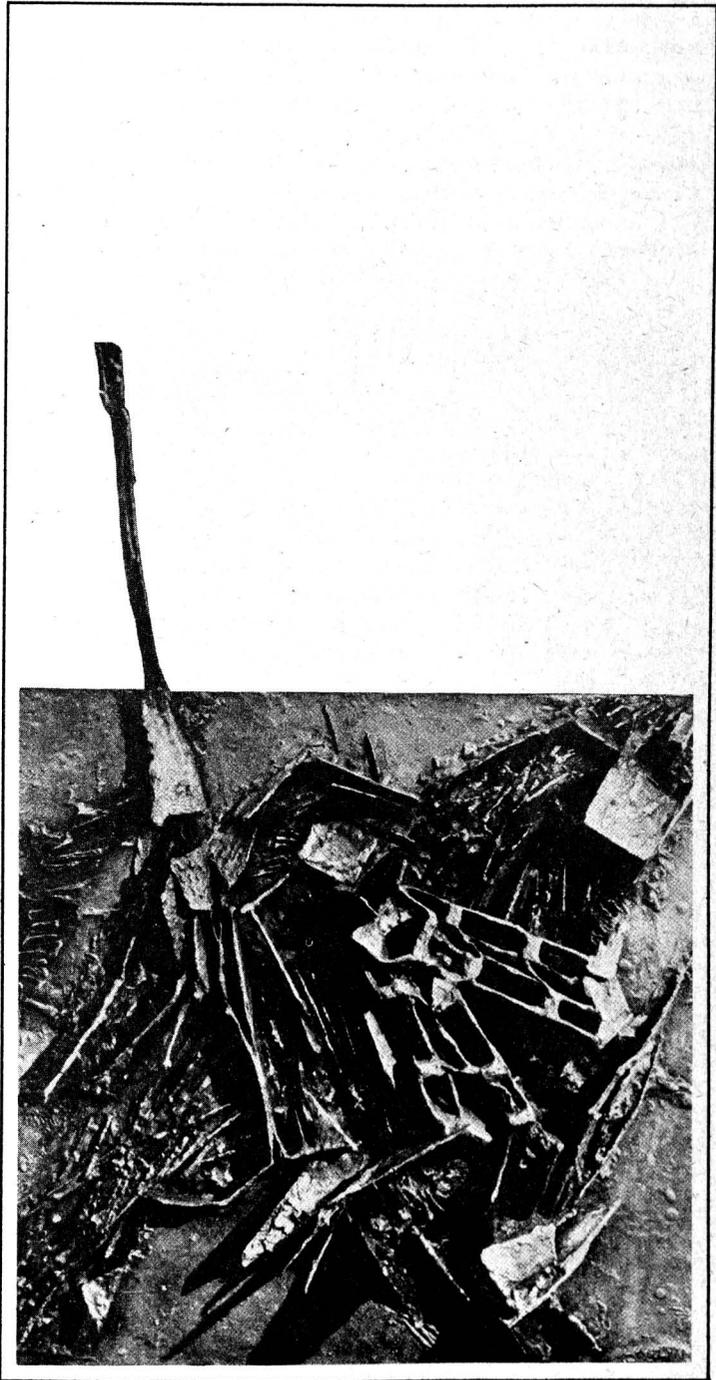
Los cocineros hundían sus cucharones de palo hasta el fondo del cubo y echaban grandes grumos blancos sobre los muslos y el vientre de las mujeres; luego danzaron en su derredor callada y torpemente como muñecos de cuerda mientras el pegajoso líquido chorreaba lentamente sobre el mantel, dejando estelas espirales en la lívida piel de las piernas y el abdomen.

La vieja sirvienta advirtió que él estaba allí y sus movimientos se atoraron; mantuvo inmóviles el cepillo y los escobillones apretados contra el oído izquierdo, de donde partía el pelo que alguna vez le había cubierto desde el pabellón de la oreja hasta el hombro. También los hombres de blanco sintieron el peligro. La fiesta había sido perturbada antes de tiempo. Se dieron media vuelta, los cucharones a medias levantados, y así se quedaron.

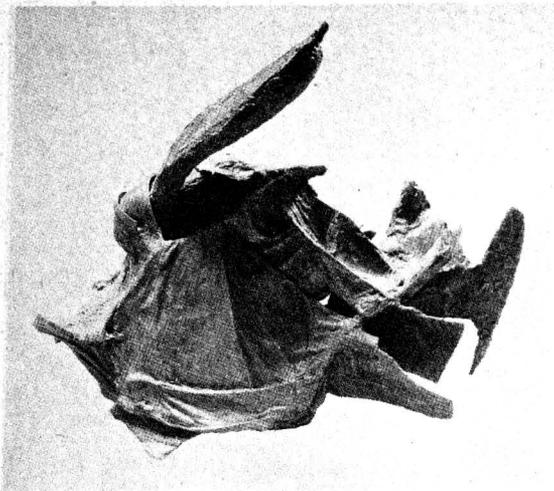
Una súbita ráfaga de viento cerró la puerta a espaldas de él. Las faldas de las iniciadas ondearon un momento en lo alto: máscaras herméticas, ausentes. Sobre los hornos crujían papeles. Y un tictac, el tictac del agua.

Se acercó unos pasos y observó a los dos hombres; ambos tenían la misma nariz aplastada, los mismos ojos incoloros y esquivos que yacían escondidos en el fondo de las cuencas; el mismo mentón puntiagudo sobre el que se estiraba la piel tirante y transparente. Nada dejaba ver que estuvieran aún vivos. Eran como estatuas de carne, iguales a las chuletas de madera que había en las vitrinas; sin embargo, su piel mostraba más bien una palidez de cera bajo los altos gorros immaculados.

Con los dedos empujó y recorrió el lado interior de la pierna que yacía junto a él. Las yemas de sus dedos quedaron impresas en las marcas redondas que había sobre la piel. Únicamente él se movía en ese museo de figuras de cera. Posó su mano en el vientre de la mujer; sintió que un frío húmedo le atravesaba la palma. En



Miedo de altura



*Déspota
ilustrado*

un impulso quiso agarrar el gorro de uno de los hombres; éste parecía estar firmemente soldado a la cabeza. Se volvió hacia la mujeruca sentada sobre el caldero de cobre y con todo el dolor del mundo grabado en su carita reseca, estaba congelada. Le tentó la herida en la cabeza: la mancha sudando sangre y pus estaba coagulada en costras amarillas y blancas y en asperezas que, vistas de cerca, se convertían en un kashbah de innumerables callejuelas, callejones anchos como un cabello y obstáculos diminutos.

Oleadas de vapores entraban en la cocina, más espesos que antes. De allí nunca habían flotado humos o vapores hacia el exterior.

El brillo de calderas y marmitas se apagaba; finas gotitas caían sobre el piso, el glacial lustre azul se derretía. Él estaba frío y atontado de pie entre las estatuas. La puerta que daba al salón estaba cerrada. La pequeña Blanca Nieves se había ido. El soldado desvanecido en humo. Cargó a los dos cocineros gemelos que pesaban como el plomo y los colocó en el suelo junto a la mesa. Los mangos de los cucharones señalaban rígidos hacia la ventana. Él echó un vistazo en su derredor, luego saltó hacia afuera.

La fachada era tan oscura como una frazada negra. Caminó alrededor del edificio. También donde debía quedar el salón estaban apagadas las luces. Regresó al coche. Aquí no se podía comer ni beber. *El soldado había desaparecido del auto.* ¿Cuánto tiempo se había demorado él en regresar? Buscó con la mirada en su derredor. El estacionamiento estaba vacío. Todo parecía aún igual que antes. Sólo las brumas se habían vuelto más pesadas y espesas. Saltó tras el volante. El parabrisas estaba velado. Movié el limpiaparabrisas de un lado a otro para apartar el depósito de humedad. El motor encendió en seguida, él permaneció todavía un momento inclinado sobre el volante con la vista hacia el frente. Luego metió la marcha y se dirigió de nuevo hacia la autoestrada solitaria que desde el terreno en que se encontraba ya se había vuelto invisible.

Escrutaba intensamente el camino mordiendo el pan que le habían preparado esa mañana y que entre tanto se había resecado.

De vez en cuando cruzaba señales con letreros que debido a la creciente neblina estaban borrosos, incluso ilegibles. Volvió a conectar el limpiaparabrisas; ¿cuántas horas de ese día había ya barrido de un lado a otro frente a sus ojos? Para permanecer despierto empezó a silbar, a veces a cantar a voz en cuello y sin ton ni son. En las ráfagas de niebla frente a él surgieron a ambos lados del camino dos luces intermitentes de un blanco amarillento. ¿Luces preventivas? ¿En estos parajes? Debió de costar un esfuerzo enorme el venir a colocarlas allí. Y además, funcionaban; esto delataba una muestra de habilidad técnica.

Retiró el pie del acelerador, pero pisó el freno demasiado tarde. El coche arremetió de frente contra una mezcla de arena y grava y vino a detenerse a menos de medio metro de unos postes pintados



Rising Africa



*Erotic
incident*

de blanco que estaban colocados en hilera sobre el piso flojo.

El camino terminaba súbitamente. Se ahogaba literalmente en la nada. Sacó la cabeza por la ventanilla; las ruedas quedaron hundidas a varios decímetros de profundidad. El motor estaba apagado. El olfateó la atmósfera húmeda que estaba mezclada con el aroma de pinos mojados. La luz amarilla de la lámpara brillaba sobre los postes apachurrados. Alguien había estado allí antes que él: en medio se alzaba una trabazón de hierro rota cerca de la base desnuda, desarmada. Bajó del coche y caminó hasta el lugar donde el camino cesaba. Habían suprimido el andén central y una flecha malamente pintada señalaba el camino que convenía tomar. Eso era pues. Tan sencillo como traicionero.

La muerte no podía traer un silencio más grande que el que aquí reinaba. Un silencio que era acentuado por los golpecitos bajo la cubierta del motor y el gotear de árboles invisibles. Un silencio bendito, pensó él. En el punto en que la autopista estaba amputada, se paró a orinar con las piernas abiertas. El camino era una gran plaza. Servía para todo para lo que no lo habían hecho. Estaba allí solo consigo mismo, inutilizado, mal visto, con heridas mal cuidadas.

Volvió a subir al coche y apagó los faros. El auto se quedó a oscuras: un insecto jorobado aún más oscuro. Puso los brazos sobre el volante y se quedó dormido.

La arena y la grava estaban húmedas. Las ruedas giraban en reversa con facilidad por los surcos viejos que él había trazado. La mañana flotaba todavía gris y fresca sobre los bosques. Los escasos prados respiraban tranquilamente bajo velos translúcidos. Las aves seguían durmiendo un sueño nupcial tardío o acaso por instinto se mantenían lejos de una autopista que desembocaba en la nada. Sin embargo había visto bastante a menudo bandadas de pájaros en el camino, a las cuatro y media de la mañana cuando no se ven más que campesinos y sus mujeres camino del trabajo. Al alba reconquistaban lo que durante el día deberían abandonar nuevamente; había visto catervas de cuervos, parados sobre el cemento blanco con negras cabezas malvadas, sin ganas todavía de ceder el lugar a los dormilones.

Donde el camino volvía a empezar torció a la izquierda. Todavía quedaba aceite para una media hora. El no podía dar marcha atrás; la distancia que le faltaba recorrer era —aunque medida según cálculos aproximados— más corta que el camino a sus espaldas.

El angostamiento del camino iba a durar, parecía. En el otro lado el hormigón estaba estrangulado por malezas y hierbas: largas flores moradas y candelarias crecían entrelazándose sin concierto, disparadas hacia arriba en medio de las macollas verdes y un dédalo rastreado de flexibles tallos y hojas. La hierba creciente había dispuesto primero sus celadas y hacía una guerrilla astuta y acomodaticia contra la fuerza menguante de una masa pétre que

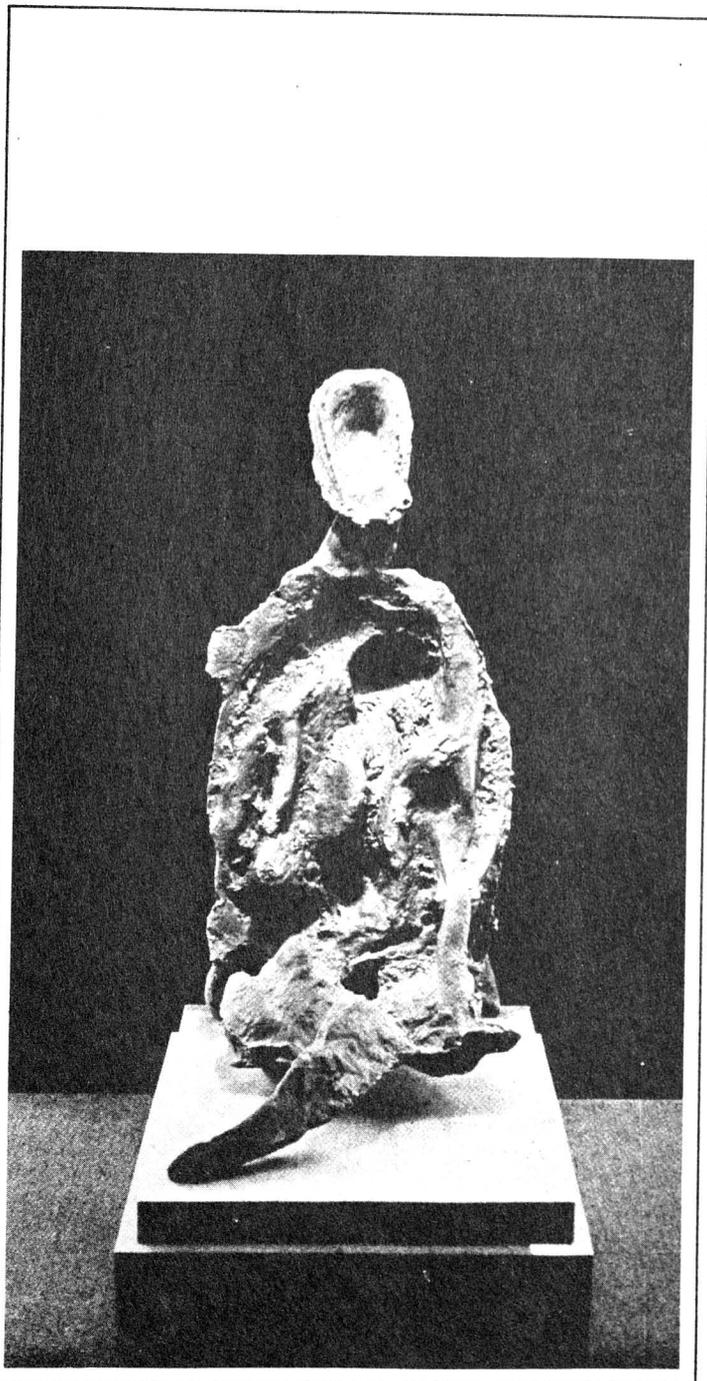
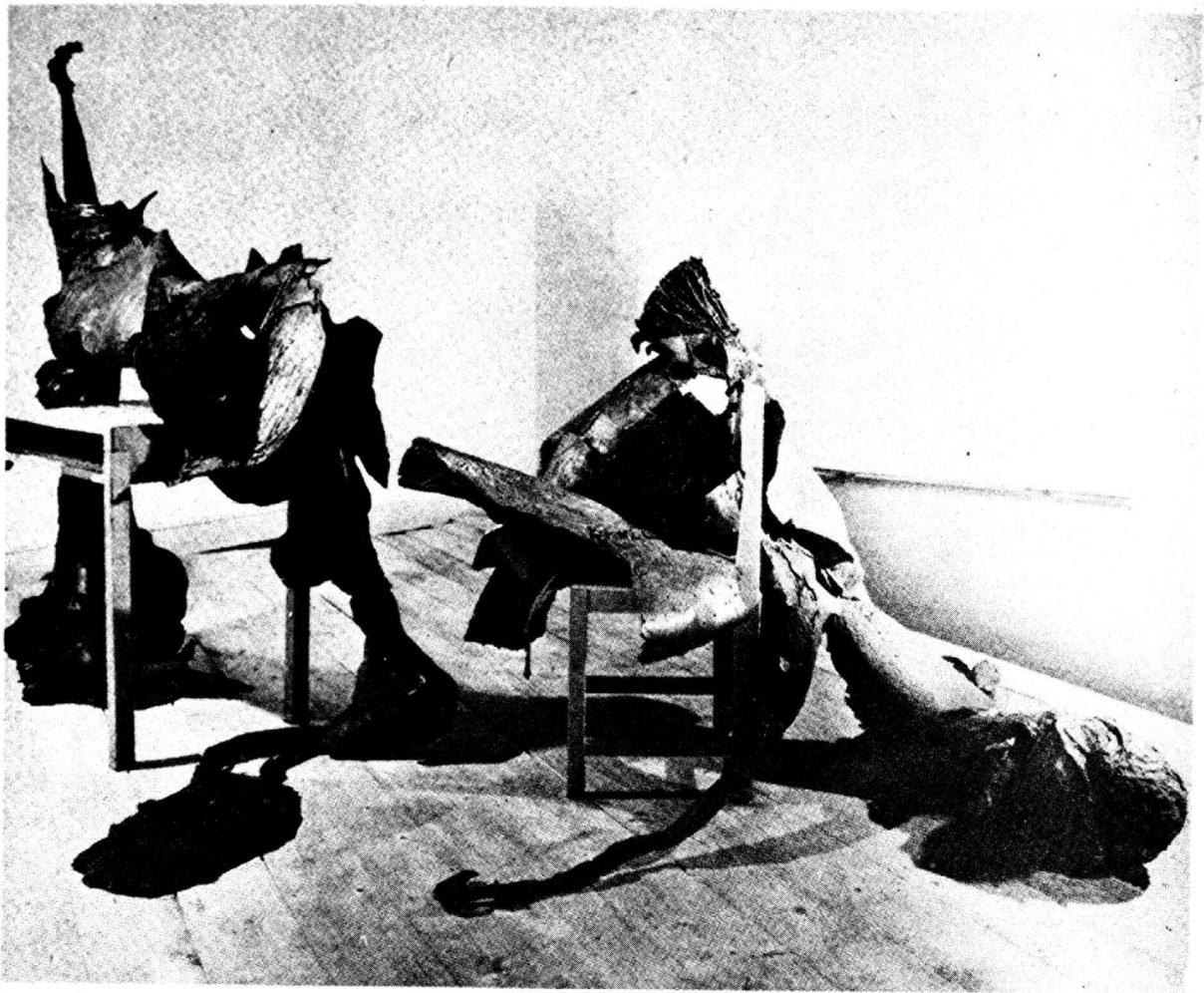


Figura de Grecia

Cita de la mesa y la silla



había sido despojada y arrojada de su antiguo territorio. No había remedio; las raíces abrían poco a poco hendeduras en las lozas de hormigón. Por todas partes surgían o volvían a desaparecer bajo la tierra por un tiempo indefinido.

A pesar del tableteo bajo la cubierta el coche avanzaba velozmente. Se levantó un viento ligero que le quitó poco a poco del frente las brumas que quedaban. Parecía como si viajara por una estampa antigua pintada por el pincel delicadísimo de un maestro chino. Detrás de una curva suave surgieron ante sus ojos unos topos cruciformes derribados; habían construido una obstrucción transversal en el camino. El creyó que ése era el fin de la travesía. Disminuyó la velocidad y se pasó la mano por los cabellos secos y erizados. No había podido refrescarse, pero era preciso llegar en buen estado y causar la impresión correcta. Nunca se sabía las desgracias que uno podía acarrear, si se pasaban por alto pequeñeces en apariencia insignificantes. Ya de cerca, vio que la barricada estaba abandonada. Como una transparente aglomeración de arañas de madera había en el camino, a una distancia de varias decenas de metros, diversas construcciones de carpintería. Las rodeaba una senda sinuosa llena de baches y charcos que atravesaba, en arco un bosque de juncos y pinos tiernos. Un poco más allá continuaba el camino, abierto y despejado como antes. Pasó al lado de un coche oscuro provisto de barrotes de hierro que estaba detenido. Tras los vidrios enrejillados asomaban cabezas somnolientas bajo pardas gorras de uniforme. El los dejó atrás antes de que pudieran agarrarlo.

No sucedió nada que pudiera estorbar su marcha.

Sólo el viento arreciaba. Las ráfagas de lluvia empezaron de nuevo a caer del cielo gris. El ritmo del viento lo leía él en la regularidad con que las formaciones de la lluvia se agitaban sobre

los bosques y las fincas abandonadas. Vio por el espejo que el camino a sus espaldas mostraba una cuesta ligera que continuaba por algunos kilómetros.

Se estaba acercando indudablemente a las orillas del río. A ambos lados del camino el paisaje perdía su carácter agreste para dar paso a una franja poblada de bosques de abedules que despedían pálidos fulgores argentados en medio de matas bajas y brezos desolados. Veía pasar la vegetación de la cuneta en suaves ondulaciones.

Luego, de pronto, el camino se precipitaba campo abajo. Había llegado a la entrada del valle. Jirones de nubes pardas flotaban en la hondonada y cubrían la vista del río que, allá muy abajo, debía de fluir mansamente. El otro lado quedaba obstruido para la vista. El apagó el motor y se dejó ir silenciosamente hasta la barrera que estaba situada en la subida al puente. Una caseta de piedra se levantaba al lado del camino. Un guardia armado se desprendió del muro y, superfluamente, levantó la mano.

El se bajó del auto. Oyó cercano el ruido de agua que caía. Un arroyo invisible buscaba con gran estrépito su camino cuesta abajo. Un soldado joven vino a su encuentro sacudiendo la cabeza. A cortos intervalos se oían en el otro lado del río órdenes confusas e incomprensibles que debían provenir de altavoces instalados en el paisaje. La voz desconocida crepitaba en el viento.

El soldado le lanzó unas palabras que él no entendió, y hacía movimientos negativos con manos y cabeza. No parecía hostil. Había en su voz un tono de disculpa, aunque no estaba claro lo que quería decir. La lluvia se abatía sobre ellos en ráfagas tenues. Sus pantalones y camisa se iban empapando poco a poco; del pelo empezaban a chorrearle sobre la nariz y las mejillas gotas que se agrupaban en la punta del mentón, y de allí caía el agua en su chorrillo.



Más allá de la barrera empezaba el puente ancho y recto.

Un altavoz tronó en la distancia. En lo hondo sonaron voces apagadas por sobre el agua. En el puente crecía la hierba. Por todas partes levantaba la cabeza entre las piedras del piso, creciendo con mayor rapidez en los bordes pero visible por todos lados. El vio la huella medio borrada de llantas oruga; hierba que volvía a enderezarse lentamente. Día y noche avanzaba a rastras, irresistiblemente tomaba posesión del puente. Acomodó de nuevo sus papeles, la tarjeta con su funda de plástico, bajo la camisa. El joven soldado estaba junto a él mirando hacia el otro lado. *Feldgrau*. Ni el menor ruido. En la caseta todo estaba en silencio, aunque él tenía la sensación de que los espían. El soldado hizo un ademán como si quisiera decir algo más, pero en ese momento comprendió que en este caso el hablar era inútil y quedaba descontado debido al mutismo del viajero. Regresó a su puesto bajo el colgadizo. Tras su hombro el fusil se erguía como un signo de admiración.

El viajero se alejó del puente.

Condujo el auto en reversa y le hizo dar vuelta en la dirección de la que había venido. El agua de la lluvia temblaba en cientos de gotas solas sobre la trompa del coche exiladas del río que como miniaturas brillantes yacían dispersas sobre la cubierta.

El auto avanzaba lentamente mientras él buscaba un cigarrillo. El primero de una larga serie. Miró su rostro en el espejo: ojos tenaces, la piel blanca y pálida, y el extraño contraste de una boca triste, las comisuras inclinadas hacia abajo, y una nariz que apuntaba hacia adelante como un pico. Las orejas cubiertas por el pelo que aquí y allá estaba encaneciendo ya y que casi imperceptible le atravesaba la frente, en que una arruga vertical cruzaba naciendo —aún vagas— líneas transversales.

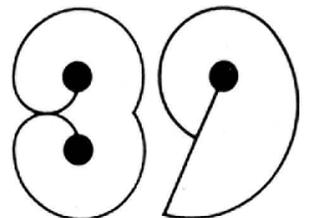
En el tablero se encendió la lucecita roja. El motor tuvo estertores secos. El apagó el contacto y siguió avanzando en un silencio absoluto —hacia abajo por la suave pendiente, a lo largo de brezos y abedules y una vegetación inclasificable en las orillas del camino, hasta que incluso el silbar de las llantas sobre el hombrón mojado enmudeció.

En la distancia, encorvada bajo el viento y la lluvia, cruzó una pastora de ovejas con su rebaño. Reconocible por su sombrero alto de anchas alas, caminaba avanzando su bastón con regularidad —deformada con el andar torpe de sus amigas—, junto al rebaño lanoso manchado de lodo y mierda que atravesaba el camino a tropezones hacia el campo mañanero y recién lavado. Largas trenzas pajizas le colgaban junto al rostro. Eran las cinco de la mañana.

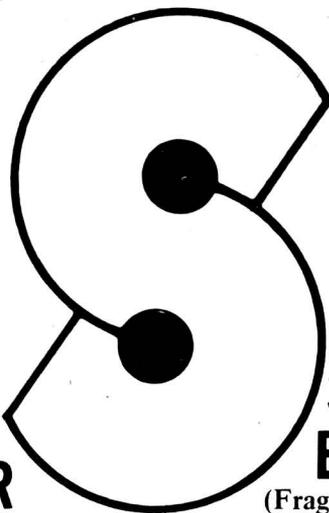
Acaso podría llegar hasta un viejo caserío. Por un angosto camino rural que cruzara la autoestrada; a través de senderos por el bosque tal vez. Su velocidad disminuía a ojos vista. Dio otra fumada y arrojó la ceniza blanca hacia afuera.



El baile



JACQ
FIRMIN
VOGELAAR



E
SOLICITA
ENEMIGO

(Fragmento)

EN ESE MISMO MOMENTO dos hombres dan la vuelta al tupido seto y avanzan hacia él por el sendero dando grandes zancadas, pero al ver que él está precisamente a punto de arrancar se echan en el acto a correr

agitan los brazos como si arrearan ganado, y gritan algo pero él no puede entenderlo —monta en la motocicleta dibujando un arco con la pierna derecha y empieza a pedalear tan rápido como puede pero apenas si avanza y además no está en dirección contraria sino que va derecho hacia ellos

ya están muy cerca —quiero irme— y me agarran por los brazos

uno a cada lado están jadeando junto a él, dos tipos enormes con caras enrojecidas que lo miran

—quieres escaparte, eh

—pero no es tan fácil —interrumpe ceceando el otro, que sin embargo parece más pequeño que el de la derecha y al cual imita en todo.

tengo los pies todavía sobre los pedales y los dos hombres me mantienen en equilibrio —qué quieren de mí— no tengo miedo pero sí que no me toquen —además de que apestan / ustedes apestan y disculpen que lo diga, quítenme las manos de encima—, por un momento ellos se miran un tanto perplejos (yo lo había dicho sin querer realmente) —eres una bestia carajos señor— me duelen los antebrazos pero ellos me tienen agarrado.

El mira con asombro las manos. AY —uno de ellos me ha apretado cruelmente el bíceps y yo quiero zafarme

—creías que era tan fácil huir

debo escapármeles y lo más pronto posible me espantan con sus jetas idiotas debo decir algo rápido hacer algo pronto —pero qué—

—qué haces por estos rumbos, sabemos tus intenciones, qué te creías/

(qué creo)

—aparta tus garras te digo, entre tanto quiero continuar mi camino, estas payasadas han durado ya bastante, suéltame carajos me estoy poniendo enojado/

Las palabras salen a tropezones, probablemente le cuesta trabajo respirar, —los hombres hacen muecas al ver cómo él se retuerce tratando de zafarse,

—bájese un momento jovencito, o a poco necesitas que te enseñemos a manejar.

Mientras el de la izquierda tiene asido el manubrio el otro lo levanta del asiento

(pero qué quieren de mí están jugando a algo conmigo/)

—venga—

Camina por el sendero junto al hombre alto, en dirección a la

granja,

donde en el corral

un enorme perro negro viene corriendo hacia él, tiene un bozal, y le salta encima —las patas delanteras sobre mis hombros como bienvenida— pero lo llaman con un grito brusco y Max se retira contra su voluntad/,

apenas ahora lo ve, un grupo de personas sentadas ante la puerta, apoyadas contra empaques de verduras u otra cosa que, bien abrigadas, con un cigarro o una pipa en los labios, guiñando los ojos (contra el picante sol detrás de él) están mirando en su dirección.

Deben haberlo visto llegar desde lejos, mientras que él no había notado nada, sólo había visto el penacho de humo. Ahora ya no comprende nada cuando nota que algunos de ellos tienen un fusil en las manos (acariciando de vez en cuando la culata parda y pasando la mano por el cañón de un brillo apagado) y una o dos cartucheras al sesgo sobre el pecho —les he interrumpido su partida de caza, o qué sucedía que estaban todos allí sentados tan amenazadores y resueltos, afuera con semejante tiempo de perros.

(estaban, padre y madre, esperando ante la puerta abierta del frente —cuánto tiempo ya— cuando un gendarme me trajo a eso de las ocho de la mañana después de haber debido pasar toda una noche en una celda húmeda y con corrientes de aire porque padre no había querido venir cuando le avisaron que me habían agarrado: atrapado cuando yo junto con otro más, varios años mayor que yo, estaba introduciéndome por una ventana en la oficina de un periódico —olía yo a alcohol, y en la comisaría la había arremetido contra unos gendarmes, y había dado de patadas a derecha e izquierda loco de rabia y había hecho añicos mis propios anteojos al avalanzarme de cabeza contra la pared; me tuvieron detenido toda la noche al no venir nadie a buscarme, exhausto de tanta furia me condujeron por la mañana a mi casa con un no hemos terminado contigo andas buscando tu propia desgracia si continuas así, y con el sudor sobre la frente, pues ese momento es el que yo más temía, y parpadeando contra el sol, tuve que ir hacia ellos caminando con el gendarme teniéndome del brazo —hombro con hombro, mi padre una cabeza mas alto que ella, estaban ante la puerta abierta del frente, como si ya llevaran horas allí—)

Todos ellos tienen la misma expresión sañuda en la cara, con un destello de triunfo en la mirada

veo cuando estamos bastante

cerca y entramos en el corral,

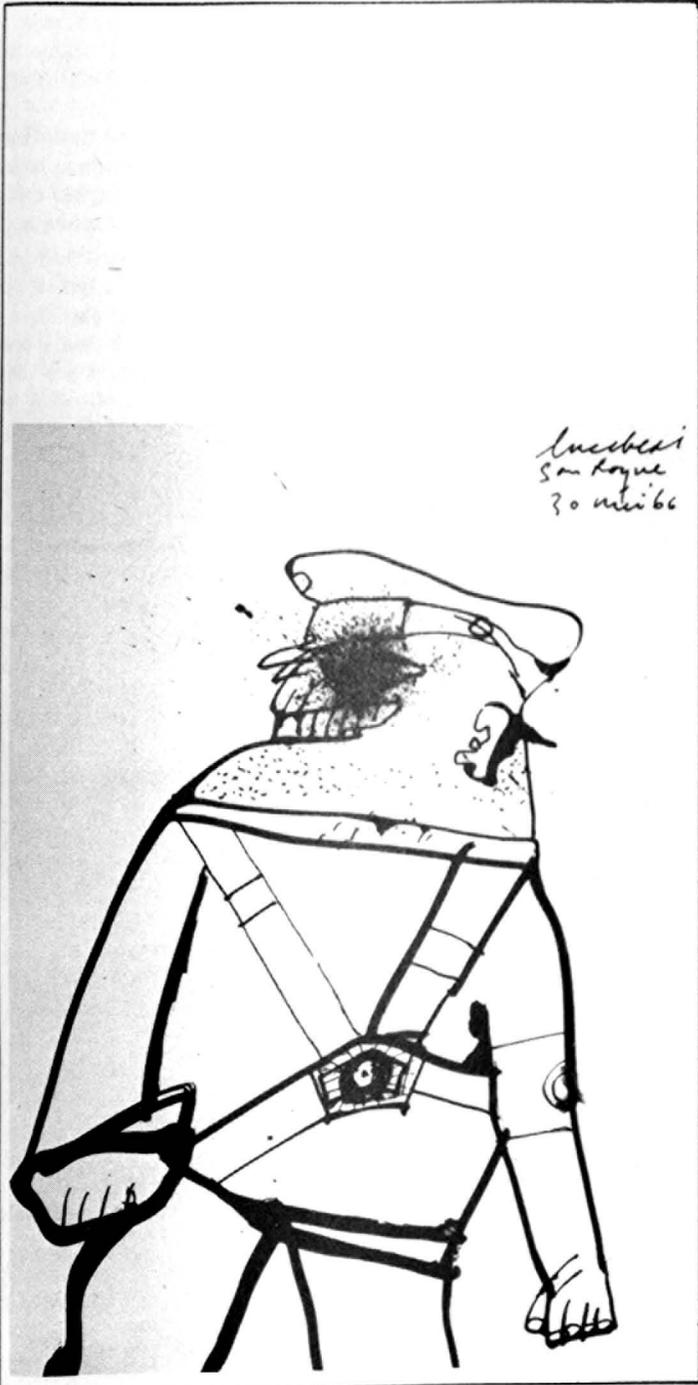
el único lugar que ha sido limpiado totalmente de modo que puede verse el dibujo de los ladrillos cuyas líneas zigzagueantes se unen en el centro.

Un momento de espera.

Me sorprende todo sucede tan rápido —hace un momento apenas

Jacq Firmin Vogelaar (1944) ■ Después de la aparición de su primer libro, *Parterre*, y de *vidrio (poesía, 1965)*, se ha orientado hacia la prosa. Sin tener una influencia directa, su obra podría situarse en un contexto europeo, en la escuela de Samuel Becket y

bajo numerosos aspectos del *nouveau roman francés*. Su obra incluye: *Anatomía de un cuerpo vítreo (novela, 1966)*, *Protocolo (prosa, 1969)* y *El arte como crítica (ensayo, 1970)*. El texto que presentamos es un fragmento de su novela homónima (1967).



en la carretera y ahora de pronto aquí —aprehendido— me agacho a atarme los cordones hago como que pues si no tengo cordones veo en el suelo las botas junto a mí no se mueven / me dan un rodillazo en las nalgas caigo de bruceas extendiendo las manos para cortar la caída así fue pero quedo colgando del fuerte brazo que me sostiene y me endereza,

—nada de bromas, comprendido, si no tendremos que tomar medidas, te estás perjudicando a ti mismo /habla entre dientes le cuesta trabajo pronunciar las palabras como si durante años no tuviera costumbre de hablarle inteligentemente a alguien— ¿qué hablaban entre ellos un dialecto?

De los otros, que siguen allí inmóviles frente a él sentados muy juntos unos de otros (foto de grupo, primera fila tendidos, segunda sentados, tercera de pie, todos con el mismo rostro compuesto ¿qué eres tú?) nadie dice palabra. Por un momento se han mirado (¿una mirada de inteligencia?) vio él al ponerse de nuevo en pie, pero no sabía lo que eso podía significar.

La motocicleta está colocada contra la pared junto a la puerta del establo, falta la mochila. Mira a los lados para ver dónde ha quedado quién la tiene ahora, pero eso le merece en seguida un empellón en la espalda / cuántos hay detrás de mí —pero en fin todo esto es un absurdo una broma idiota ya voy a gritar de pronto o si no a empezar a reír y no hay nada que pueda hacer que quiere decir esto parezco un indio preso pluma blanca ya me aburrí —qué es lo que me miran— podrían

Frente a la casa en el pequeño jardín delantero con una senda de grava en medio hay una especie de gruta construida con toscas piedras cubierta de una hiedra espesa ahora sin hojas alrededor de un espacio que han dejado abierto y hay allí una estatua de Lourdes, bellísima *madonna* probablemente pasatiempo del hijo menor de la familia.

En el silencio (¿una pausa?) se oye desde atrás de las grandes puertas verdes del granero el tintinear de cadenas y pisadas de cascos sobre piedras / es que va a oler otra vez como antes —el estiércol humeante las tortas rancias de linaza el forraje en el silo tocino frito heno—

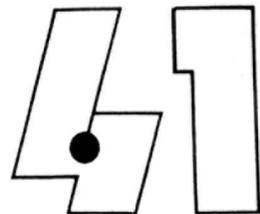
—¿qué venías a buscar aquí?

Se sobresalta, sigue callado porque no sabe quién le ha hablado, hasta duda si realmente alguien dijo algo

—pregunté qué venías a buscar aquí no lo oyes—

Es la voz aguda de un hombrecito un poco viejo en el centro que se quita la cachucha y se alisa la corta melena cerdosa y gris mientras lo mira con unos ojos chiquitos y rojos

—qué significa todo esto, yo simplemente pasaba por aquí y/





E. Elias

—no tienes nada que preguntar aquí soy yo el que hace las preguntas, qué vienes a hacer aquí, además no pasabas simplemente sino que caminabas pegado a esa carcacha vieja para no ser visto de seguro, pero no estamos tan atrasados como tú parece pensar—
—de ninguna manera, cómo/

—nada de evasivas por favor sé muy bien lo que ustedes piensan de nosotros, sobran las explicaciones (suena muy extraño como si hablara de dientes para afuera) guárdalas para dentro de poco (¿dentro de poco?) mejor responde mi pregunta (sí está imitando a alguien ese tono esa manera de interrogar ya la he oído antes) no vamos a esperar eternamente (de alguien que se siente el más fuerte está seguro de salirse con la suya) por última vez, qué tenías que buscar por estos rumbos no viniste aquí porque sí es seguro por la belleza del paisaje, no, cuéntanos, quién te mandó venir a espiar aquí—

—¿de qué está usted hablando, espiar? qué hay aquí que esp/

—nada de bromas eso es lo que yo te pregunto, y todavía tratas de sonsacarnos, caray, para eso tienes que ser más listo

(pues de verdad que ya no sé cuándo me levanté creo que no he visto una cama en días) alguien que lo llama a gritos

—desembucha/

—no tengo nada que decir, yo pasaba por aquí por casualidad, mi motocicleta estaba descompuesta, de verdad que no entiendo qué está pasando aquí, cómo puedo decir algo si no sé nada—

—es lo que yo haría en tu lugar, eso me parece con mucho lo más razonable/

—por supuesto que lo entrenaron para esto—

—estos tipos no sueltan palabra—

—para que abran la boca hay que rompérsela primero—

—parece peligroso—

Luego cuchichean entre ellos.

El hombre con la melena gris en el medio es el cabecilla de seguro, está sentado sobre una lata de leche.

no entiendo lo que dicen—

(cómo vine a dar aquí —cuánto tiempo anduve en moto y caminé desde el pueblo ya no lo sé ni yo mismo tal vez horas— si al menos pudiera ver mi reloj pero está en el bolsillo del pantalón la pulsera se rompió en cierto momento —pero cuándo habrá sucedido anoche cuando me caí en aquel cobertizo tan oscuro— pero me mantuve en la carretera principal ya debía llevar largo tiempo —qué fue lo que falló— no entiendo—)

—está el señor cansado, no puedes mantenerte derecho tanto tiempo/

—anduviste rondando tanto tiempo, sí por eso/

—debimos haberte liquidado en seguida te das cuenta—

alguien coge ya su fusil con más firmeza, lo lleva al hombro— eso te asusta eh,



Lucebert



Gerrit Benner

te cagas en los pantalones si lo piensas, no, que nosotros podríamos aplicar las mismas prácticas sucias que ustedes, ah bueno pues cuenta, sabemos exactamente lo que viniste a hacer aquí—

Cae so

bre el suyo un pie pesado con tachuelas de hierro que atraviesan la piel de gamuza, cada vez con más fuerza—

—iba a visitar a un amigo—

—¿un amigo? un pájaro de mucha cuenta ha de ser— sí mira qué amiguitos tienes/

—¿y así tan sólo?

—pregúntale qué clase de amigo—

—qué clase de personaje importante puede ser ese dizque amigo tuyo, vive acaso en algún lado por estos rumbos—

(no entiendo que no lo conozcan si en un pueblo así cualquier cambio salta a la vista y todo recién llegado de inmediato que no sepan nada de él)

—así que está todo tan bien preparado, así parece/

—espero que no te refieras a ninguno de nosotros, imagínate—

Detrás de la casa se oye ladrar a un perro (el perro negro ha desaparecido o acaso alguien se lo ha llevado) los hombres alzan los ojos, la puerta corrediza se abre y se asoma una cabeza de mujer con una pañoleta sobre el pelo, que lo mira —¿con desprecio? — por un momento

—¿es ése? —

y luego le dice algo a uno de ellos, quien a su vez toca al viejo en el hombro y al parecer le entrega algo.

El viejo se levanta

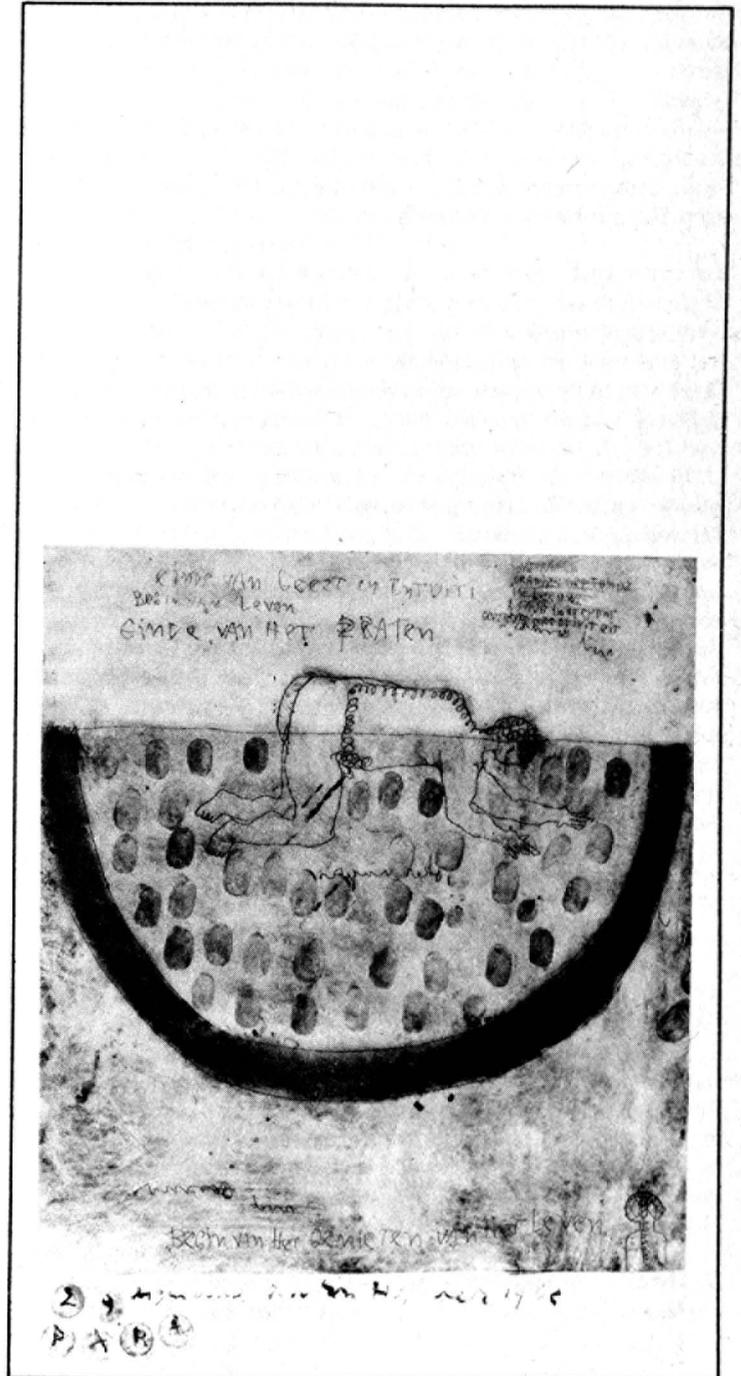
—probablemente él es el único, yo creo, no ha de haber otros, vamos para adentro, aquí me está entrando poquito a poco demasiado frío— entrecruza los brazos varias veces dándose palmadas bajo las axilas, mira otra vez atentamente el camino (en efecto, desde aquí deben haberme visto llegar a varios kilómetros de distancia) y se dirige a la puerta. Los otros lo siguen pero se detienen junto a la puerta esperando hasta que él llega, empujado por el grande que lo ha jalado de la motocicleta y que ahora lo arrastra por entre los demás hacia adentro con una expresión de cazador afortunado. Es como si todos quisieran tocarlo (para ver si yo soy de verdad) siente sus puños en los costados, puntapiés contra sus espinillas y una mano que le araña la cara,

—apúrate no eres el primer ministro—

no tendrán otra cosa que hacer esto sirve tal vez de entretenimiento para pasar el invierno quizás.

Entran en un invernadero donde hay muchas plantas y en el centro una mesa ovalada. Detrás de ésta un banco de jardín de color verde bajo la ventana entre el invernadero y el cuarto trasero —(ha de haber probablemente un cuarto ya que hay también una puerta divisoria).

Cierran tras él la puerta corrediza, por la corriente de aire y para



Anton Heyboer



no darle ninguna oportunidad. Aquí no hace tanto frío como afuera, hay una estufa de petróleo, hasta ahora nota cuánto frío sentía,

—quieto—

—pero empiezan a salirme sabañones en las manos (sólo morderme los labios)

—qué carajos importa, deja en paz tus sabañones, date cuenta que en todo caso estás vivo todavía—

Unos sueltan una risita ante lo que el muchacho flaco se dispone a decirle por sobre el hombro.

Siguen esperando mientras el viejo se ha ido adentro,

—tenemos que apurarnos/

—sí antes que sea demasiado tarde

alguien lo pellizca en la nuca rápida pero penetrantemente con el pulgar y la larga uña del índice, él se retuerce, ellos se vuelven hacia él, ven su rostro crispado les da gusto.

El rubio le da un golpe en la cara con el dorso de la mano, él quiere agachar la cabeza, pero una mano se la levanta de nuevo tomándola por el mentón y se ve forzado a mirar de frente el tosco rostro con ojos oblicuos que lo examinan burlonamente, —tiene que mirar los puntos negros en la nariz redondeada y la costra café sobre los labios que cuelga abiertos.

Surge en él una ira sorda, no poder hacer nada contra ellos, contra tanto. Ponerse a gritar, piensa, pero nada más pega un labio con más fuerza contra el otro —los aprieta por el punzante dolor del sabañón —y trata— por sobre el hombro del hombre que tiene enfrente— no ser cobarde no darles motivo de risa que no vean que me dan miedo —de mirar altivamente. Ellos son aproximadamente siete, se parecen unos a otros —tal vez todos son hermanos.

De pronto el ruido agudo de un radio de transistores procedente del cuarto trasero. Los hombres en su derredor guardan silencio. El que está al frente abre la puerta divisoria para poder oír mejor cuando cesa la música y comienza a hablar una voz de locutor:

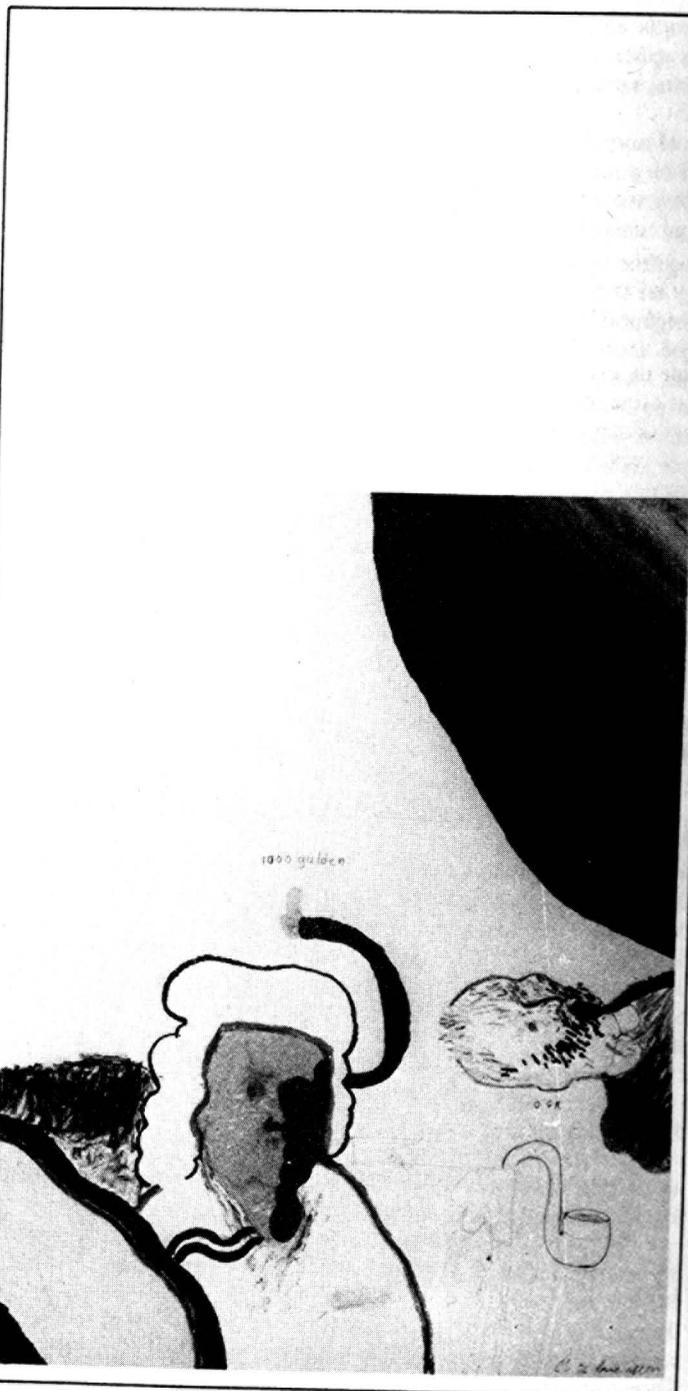
...También hacia las zonas fronterizas se realizan desplazamientos de tropas.

—dónde dijo?

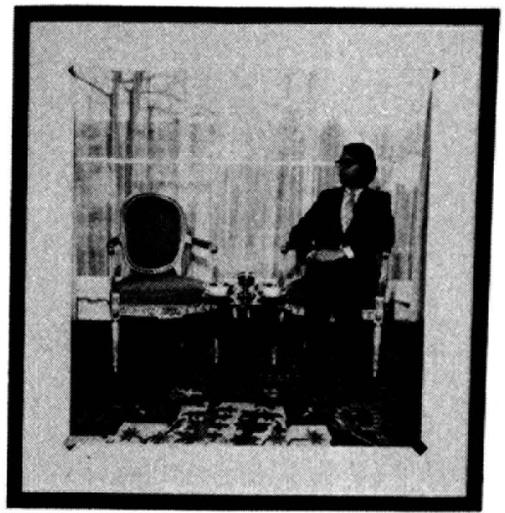
...Han efectuado un golpe de estado las fuerzas armadas. Según la radio del ejército éste se ha efectuado en nombre del rey, pero poco se sabe sobre la actuación del monarca. La radio militar comunica que el rey ha firmado un decreto donde se declara que se ha efectuado la transmisión del poder y que ciertas partes de la constitución han sido anuladas por consideraciones de seguridad. . . —silencio—

... Los militares han arrestado a políticos tanto de izquierda como de derecha, el más importante es el primer ministro cuyo arresto según se dice se efectuó por su propia seguridad. Otros informes/ (¿propia seguridad? —también a mí—)

... No se han registrado irregularidades pero se ha recomendado a



Lucarse



la población de la capital no salir a la calle, y apenas si hay tráfico además de tanques y carros blindados que vigilan todos los puntos estratégicos. Las escuelas y las oficinas de correos siguen cerradas, se ha decretado la prohibición de salir del país, la mayoría de las comunicaciones con el extranjero no funcionan, también como resultado de una huelga de telefonistas. El tráfico aéreo con el extranjero está paralizado. . .

-¿y la electricidad? -

-el radio-

-también allí han de estar-

(de qué están hablando en unos cuantos días)

-eso es siempre lo primero de que intentan apoderarse en un golpe de estado/

-las estaciones de radio por supuesto-

-así tienen el pueblo en su poder-

..Reinan la inquietud, el descontento y la inseguridad en muchas personas; inquietud sobre el funcionamiento de nuestra democracia, inquietud en nuestra generación joven que en su mayoría está plena de ideales y desea colaborar en la edificación de una sociedad nueva, inquietud en los demás sobre el hecho de que muchos de nuestros valores tradicionales se consideran cada vez más discutibles.

(otra voz untuosa:) La declaración me parece realista y da pruebas de sentido de la realidad, lo que a mí me impresiona de ella es que se tienen los ojos abiertos ante los problemas reales del momento pero también ante los problemas estructurales del futuro. . .

...qué está diciendo, por qué aplazar-

...En el centro de la ciudad los desórdenes han durado hasta altas horas de la noche debido a las acciones de grupos de jóvenes. Empezaron en el consulado griego, donde fueron arrojadas piedras contra algunos cristales de ventanas, y después se. . .

-y eso para qué sirve, si el ejército/

-que dejen que los soldados acaben con eso-

..La policía los persiguió y efectuó arrestos. . .

-habrá habido pelea--seguro pero eso no lo dicen, tratan de embaucarnos con hablaturías inofensivas-

...En el mercado del trabajo. . .

-y según yo es además otro locutor, es una voz completamente diferente no crees-

-siempre ha de pagarlas el campo-

-ponen a uno de esos picos de oro a decir pendejadas sobre música clásica o si no sobre los pronósticos del tiempo/

-en los que nunca dan en el blanco-

(no se apartan un solo momento de su rifle -qué es lo que están escuchando- yo ya lo he oído todo)

o que este o aquel de los grandes señorones anda estrenando un empaste nuevo ji ji-

-una amiguita nueva querrás decir/

...También habrá una nueva constitución. El régimen militar ha anunciado medidas. . .

-para hacer como si no sucediera absolutamente nada-

...Persiste la oposición. La semana pasada Nigeria Oriental en su lucha. . .

-pero es que no puedes callarte la boca ni un momento, pronto podrás machacar todo lo que quieras/

...Apoderado de diversas instalaciones federales, por ejemplo portuarias y ferroviarias. . .

-ésas también ya/

...La gira de Kennedy. . .

-si cada quien sigue su propio camino ellos tienen la vía libre, puedes jurarlo, así pasa siempre eh, por qué/

...En Pekín una muchedumbre de aproximadamente un millón de chinos han recorrido jubilosos la ciudad con motivo del establecimiento del Comité Municipal Revolucionario efectuado ayer.

-ya es algo eh, cinco millones/

...Dicho que falta aún mucho para concluir la gran revolución. . .

-pues si los hubieras visto manos a la obra esta misma semana en la tele, no entenderías, cómo es posible/

bah, es lo mismo en todas partes, yo diría/

...La Academia Real Flamenca de Ciencias Letras y Bellas Artes, contra la propuesta nueva ortografía de las palabras bastardas neerlandesas. . .

-¿palabras bastardas?

ah a esos no se les puede creer si fueras a aceptar todo lo que escriben-

Qué es lo que sucede en el otro cuarto -qué es ese murmullo en el fondo- por qué dura tanto y tiene que estar allí esperando todo ese tiempo, y sobre todo para qué.

están jugando a algo conmigo/

me toman por algún otro/

no hay modo de convencerlos/

tengo sed de nuevo/

por qué precisamente a mí siempre/

no lo busqué no le he/

quiero irme irme irme/

creen que soy peligroso soy yo peligroso/

yo no intentaba cómo se les ocurre -simplemente un extraño/

pues no sé si me traje las llaves de la casa/

en realidad yo podría ser un peligro para ellos/

si quisieran si tengo la ocasión si ah cómo los detesto/

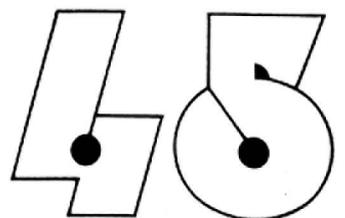
uno camina tranquilamente y entonces/

por supuesto ellos no me conocen él no ha/

quién puede haberles dicho no él no puede hacer eso/

a los otros no les está permitido entrar qué está complotando él está telefonado o algo así/

pero entonces primero tengo que salir de aquí-



FONDO DE CULTURA ECONOMICA NOVEDADES Y REIMPRESIONES



Azuela, Mariano:
PAGINAS AUTOBIOGRAFICAS
276 pp. \$ 20.00

Carballido, Emilio:
LA CAJA VACIA
131 pp. \$ 25.00

Mendoza T., Vicente:
EL CORRIDO MEXICANO
467 pp. \$ 35.00

García Riera, Emilio:
EL CINE Y SU PUBLICO
64 pp. \$ 15.00

Guiraud, Pierre:
LA SEMANTICA
115 pp. \$ 35.00

Villaurrutia, Xavier:
OBRAS
(Poesía, ensayo, teatro,
crítica)
1096 pp. \$ 200.00

Montes de Oca, Marco Antonio:
EL SURCO Y LA BRASA
446 pp. \$ 125.00

Von Ranke, Leopold:
HISTORIA DE LOS PAPAS
628 pp. \$ 150.00

Cottrell, L.:
EL TORO DE MINOS
301 pp. \$ 50.00

C. Warren, Howard:
DICCIONARIO DE PSICOLOGIA
383 pp. \$ 90.00

Weber, Alfred:
HISTORIA DE LA CULTURA
360 pp. \$ 80.00

Abbagnano, N. y Visalberghi, A.:
HISTORIA DE LA PEDAGOGIA
714 pp. \$ 150.00

PIDALOS EN LAS LIBRERIAS DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Y EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS Y TIENDAS DE AUTOSERVICIO
LLAMENOS AL TEL. 524-49-24



13
CANAL
TELEVISION

EN SU DEBER DE DIFUNDIR LO MEJOR
DE LA CREACION LITERARIA NACIONAL,
ES EL MARCO DE LOS GRANDES DE LAS LETRAS MEXICANAS.

A TRAVES DE AUTORES COMO:

USIGLI, VILLAUURUTIA, REVUELTAS, RULFO,
SOLANA, AZUELA, MAGDALENO, ROJAS GONZALEZ,
BASURTO, CARBALLIDO, BAEZ, LEÑERO,
CANTON, WILEBALDO LOPEZ,
GONZALEZ CABALLERO

EXPONE TEMAS DE CONTENIDO SOCIAL,
COSTUMBRISTAS Y HUMANOS.

EN SUS PRESTIGIADAS SERIES
"LOS LUNES... TEATRO" Y

"CANASTA DE CUENTOS MEXICANOS"

CUADERNOS POLITICOS

Revista trimestral de Ediciones Era

2

II Manifiesto ► El nuevo carácter de la crisis (●) Andre Gunder Frank y Samir Amin ► Sobre la crisis (●) Rolando Cordera ► Los límites del reformismo: la crisis del capitalismo en México (●) Fernando Rello y Rosa Elena Montes de Oca ► Acumulación de capital en el campo mexicano (●) Arnaldo Córdova ► Los maestros rurales en el cardenismo (●) Carlos Blanco Aguinaga ► Fuentes y la nueva novela hispanoamericana

Precio del ejemplar: \$ 25.00 M. N. / US. Dls. 2.50
Suscripción por cuatro números:
México, correo ordinario: \$ 80.00 M. N.
México, correo aéreo: \$ 100.00 M. N.
Centroamérica, EUA y Canadá: US. Dls 11.00
Sudamérica y Europa: US. Dls. 12.00

(●) EDICIONES ERA/AVENA 102/MEXICO 13, D.F. ☎ 582-03-44

 **JOAQUIN MORTIZ** 
libros recientes

Iván Illich
ALTERNATIVAS

Leopoldo Zea
DEPENDENCIA Y LIBERACION EN LA
CULTURA LATINOAMERICANA

Gabriel Careaga
MITOS Y FANTASIAS DE LA CLASE MEDIA
EN MEXICO

Daniel Cosío Villegas
EL ESTILO PERSONAL DE GOBERNAR
(5a. edición)

Daniel Cosío Villegas
EL SISTEMA POLITICO MEXICANO
LAS POSIBILIDADES DE CAMBIO
(7a. edición)

 En todas las librerías y en
Tabasco 106, México 7, D.F.
Teléfonos 533-12-50 y 533-12-51 



NOVEDADES

CARPENTIER, A.
Concierto Barroco.
96 pp. \$ 50.00

COLL, J. O. de
La resistencia indígena ante la conquista
288 pp.+ 5 despleables. \$ 40.00

SILVA HERZOG, J.
Una historia de la Universidad de México y
sus problemas
\$ 30.00

BRUNHOFF, S.
La política monetaria
192 pp. \$ 40.00

REEDICIONES

GALEANO, E.
Las venas abiertas de América Latina
9a. edición
436 pp. \$ 48.00

BIRMINGHAM, W.
Introducción a la economía
5a. edición
C.M. 2
144 pp. \$ 11.00

CHOMSKY, N.
El pacifismo revolucionario
2a. edición
128 pp. \$ 22.00

CLEAVER, E.
Pantera Negra
4a. edición
240 pp. \$ 34.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A. - AV. CERRO DEL AGUA 248
MEXICO 20, D. F. - TELEFONO 550-25-71

 **PLURAL**
Crítica / Arte / Literatura

Plural No. 39, diciembre de 1974

Homenaje a Joseph Cornell: *Dore Ashton, Octavio Paz, Jones Mekos*

Poemas: *John Asberry, Stanley Kunitz, Richard Howard*

Angel Rama: *Cuatro poetas venezolanos*

Rubén Bonifaz: *Poemas de Propercio*

Yese Amory: *Textos*

Jorge Ruffinelli: *Entrevista a Juan García Ponce*

Esther Seligson: *Cuento*

Suplemento artístico:

Fermín Fevre: *Sobre Roberto Aizenberg*

Suplemento literario:

Tomás Segovia e Inés Arredondo: *Gilberto Owen*

Director: Octavio Paz

Jefe de Redacción: Kazuya Sakai

Reforma 12-505, México 1, D. F.

COMEDIA

ERASMO DE ROTTERDAM



Elogio de la locura

Y donde verdaderamente el amor propio lo puede todo es en los artistas. Este orgulloso amor propio es tan innato en ellos, que antes serían capaces de renunciar a la herencia de sus mayores que a ser tenidos por genios. Sobre todo los cómicos, los músicos, los oradores y los poetas llevan su jactancia y su egolatría a tales extremos, que con frecuencia ocurre que el más loco es el más orgulloso y el que trata con más desprecio a los demás; esto no es obstáculo para que encuentren quien los admire, y cuanto más tontos son, mayor número de imbéciles se pasan ante ellos, porque ya hemos dicho que la mayoría rinde siempre vasallaje a la locura. Por lo tanto, si los estúpidos son los que están más satisfechos de sí mismos y a los que más admira la gente, ¿no será una manifiesta torpeza preferir la verdadera sabiduría, que cuesta tanto trabajo y que convierte al que la adquiere en un ser tímido y apocado y que, por último, no satisface sino a contadísimas personas?



